

Escola de formació de Nou Barris



Textos de suport a la 3^a Sessió:
La Comuna i la primera Internacional

ESPAIMARX

I N D E X

- 1.- Historia del movimiento obrero. Edouard Dolléans.**
- 2.- Ideologías y tendencias en La Comuna de París. Heinrich Koechlin.**
- 3.- Historia de La Comuna de 1871. H.P.O. Lissagaray.**
- 4.- La significación de la comuna. Henri Lefebvre.**
- 5.- Las Internacionales obreras. Annie Kriegel.**
- 6.- Història del Socialisme. Jacques Droz**

Historia del movimiento obrero

Edouard Dolléans.

la Internacional¹, prepara mal el congreso que debía reunirse en La Haya, en septiembre: este folleto no podía menos que romper la unidad; atiza pasiones que arden ya. Así, del 2 al 7 de septiembre, el congreso es absorbido por discusiones entre las fracciones antagónicas de una asociación cuyos trozos se separaban por sí mismos. El Congreso vota el traslado del Consejo General a Nueva York. La mayoría pronuncia la exclusión de Bakunin y de James Guillaume, declarados heréticos. Pero cualesquiera que hayan sido las repercusiones de las querellas personales sobre la Internacional, la causa primera de su destrucción fue la guerra: la guerra franco-alemana rompió la armazón de la Internacional y quebrantó en Francia el impulso constructivo del movimiento obrero.

Edouard Deltéans
Historia del movimiento
obrero.
1^{er} Volumen: 1830-1871
Zero, SA
Algorita/Madrid, 1969



¹ L'Alliance de la démocratie socialiste et l'Association des Travailleurs. Informe y documentos publicados por orden del Congreso de La Haya, Londres y Hamburgo, 1873. Y *Les prétendues scissions de l'Internationale*, circular privada del Consejo general, 5 de marzo de 1872, Ginebra.

Epilogo

LA COMUNA.

"Qué honor, nuestro ejército vengó sus desastres con una victoria inestimable."

Les Débats, mayo de 1871.

"Podéis contar con mi palabra, yo no falté nunca a ella... El París de la Comuna no es más que un puñado de desalmados... Si se dispararon algunos cañonazos, no fué obra del ejército de Versalles, sino de algunos insurrectos, para hacer creer que se batían, cuando no se atreven ni a asomarse... Los generales que condujeron la entrada a París son grandes militares... Yo seré despiadado; la expiación será completa y la justicia inflexible... Hemos alcanzado el objetivo. El orden, la justicia, la civilización obtuvieron al fin la victoria... El suelo está cubierto de sus cadáveres; ese espectáculo horroroso servirá de lección."

THIERS, 22 de mayo de 1871.

"La Comuna gana cada día adeptos que rinden homenaje a una integridad con que pocos gobiernos engalanaron su existencia. El gobierno comunista fue un poder de una moderación y de una probidad ejemplares."

LUCIEN DESCAGES.

I

El 4 de septiembre de 1870, es proclamada la República en el Ayuntamiento, sin resistencia de parte de un gobierno que, como dice Charles Seignobos, "no era más que un grupo de funcionarios superpuesto a la nación sin formar parte de ella, sin autoridad moral". Así, el día de la crisis, "el pueblo se aparta de aquellos que había aceptado por debilidad, y, privado de su sostén natural, el ejército, la institución imperial se derrumbó casi por sí misma, como un castillo de naipes bajo el papirotazo de un niño ¹".

Casi a diario, un año antes, en el Congreso de Basilea, al invitar a la Internacional a celebrar su congreso en París, los delegados parisienses dijeron el 5 de septiembre: "En un año, el Imperio habrá dejado de existir."

La noche del 4 de septiembre, los delegados de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras y los delegados de las secciones de la Internacional se reúnen en la Corderie du Temple para redactar un llamado al pueblo alemán, publicado al día siguiente en alemán y en francés: "La Francia republicana te invita, en nombre de la justicia, a retirar tus ejércitos; si no, nos será preciso combatir hasta el último hombre y derramar ríos de tu sangre y de la nuestra. Te repetimos lo que declaramos a la Europa coligada en 1793: el pueblo francés no hace la paz con un enemigo que ocupa su territorio. Vuelve a cruzar el Rhin. Desde las dos orillas del río disputado, Alemania y Francia, tendámonos la mano. Olvidemos los crímenes militares que los déspotas nos hicieron cometer unos con-

1 RENÉ ARNAUD, *Histoire du second Empire*, pág. 338. París, Hachette, 1929.

tra otros... con nuestra alianza, fundemos los Estados Unidos de Europa.”

Y el 5 de septiembre, el Comité Central del Partido de la Democracia Socialista, conocido con el nombre de comité de Brunswick, publica un manifiesto que contiene frases como éstas:

Es deber del pueblo alemán asegurar una paz honorable con la República francesa... Corresponde a los trabajadores alemanes declarar que, en interés de Francia y Alemania, están decididos a no tolerar una injuria hecha al pueblo francés... Juramos combatir lealmente y trabajar con nuestros hermanos obreros de todos los países por la causa común del proletariado.

Pero la guerra ha destrozado ya a la Internacional. Las decepciones y los padecimientos de un largo asedio acabaron por agotar las energías y los recursos de los obreros parisienses. En vano, algunos militantes —Varlin, Theisz, el obrero joyero Léo Frankel, Avrial, Combault— se esfuerzan por reconstruir las secciones desorganizadas. En las sesiones¹ que, de enero a marzo de 1871, celebra el Consejo Federal de la Internacional parisiense, aparece a menudo la confesión de su impotencia.

El 5 de enero, Varlin comprueba que, desde el 4 de septiembre, la Internacional carece de dinero: “las contribuciones de las secciones no se recuperan más”. El Consejo Federal quisiera un periódico “bien suyo, suyo sólo y cuya redacción estuviese en sus manos”. Léo Frankel señala que es triste ver... “que la Internacional, con todas sus secciones reunidas, no puede, en su totalidad, hallar bastante fuerza para crear un órgano general”.

El 12 de enero, Varlin declara que “las corporaciones obreras no están en actividad... los broncistas están dispersos en las compañías de guerra, no pueden cotizar, no se les puede exigir, hay una razón de fuerza mayor... Los ebanistas están en dispersión...”. El 19 de enero Varlin, que acaba de visitar los centros obreros, comprueba: “Cuando fuí a provincias, vi centros enteros castrados por una miseria atroz.”

Esta miseria atroz de las poblaciones obreras y la desocupación provocada por la guerra explican la declinación de las organizaciones obreras. En vano, en esa misma sesión del 19, critica Lacord la política de la Internacional: “La Internacional comprendió mal su papel, los trabajadores debían adueñarse del poder el 4 de septiembre, hay que hacerlo hoy... Todo está desorganizado hoy y sin embargo... la Internacional ignora su fuerza real, que es grande: el público la cree rica y unida.” A lo que Rouelle objeta: “Al cri-

¹ *Procès-verbaux des séances officielles de l'Internationale à Paris pendant la guerre et pendant la Commune* (5 de enero al 20 de mayo de 1871). E. Lachaud, 1872.

ticar a la Internacional, se olvida que las secciones están arruinadas, que sus miembros están dispersos...”.

Léo Frankel, en la sesión del 19 de febrero, reconoce que “desde el 4 de septiembre los acontecimientos dispersaron a la Internacional. Es urgente reconstruir las secciones para que vuelvan a encontrar la fuerza que les es indispensable. Tenemos una fuerza moral, si no en Francia, al menos en París; la fuerza material nos falta, por carencia de organización... Nos hace falta una organización viril, secciones disciplinadas, con su propio reglamento, que participen en nuestros trabajos por medio de sus propios delegados... En estas condiciones, estaremos prontos y poderosamente constituidos el día de la acción, por imprevista que sea su llegada”. Avrial observa que será difícil reconstruir la Internacional: “La falta de trabajo ha creado la miseria, y nos hacen falta cotizaciones fielmente pagadas para publicar periódicos, folletos e ir a los centros de provincias.” Pero Theisz propone emprender, sin embargo, esa reorganización: “Las sociedades obreras se agrupan difícilmente hoy; las secciones de la Internacional se constituyen más fácilmente; las sociedades obreras están fatalmente consagradas a la lucha cotidiana del salario: sabemos lo ruda que es esta tarea, obstaculada en mil detalles, absorbente.”

En la sesión del 26 de enero, Varlin anunció que los dos periódicos en los cuales los militantes obreros podían exponer su punto de vista, *La Lutte à outrance* y *La République des travailleurs*, no aparecerán más, y agrega: “Al no tener periódico, podríamos reunirnos con algunos grupos republicanos para publicar un folleto que haga conocer la verdad sobre los hechos del 22 de enero. Frente a la capitulación, la Internacional cumplió con su deber.”

El 28 de enero, J. Favre firma un armisticio con Bismarck después de cinco meses de asedio soportados valerosamente. El armisticio es a los ojos de la población parisiense una capitulación vergonzosa; algunos piensan en una traición. La Asamblea Nacional, reunida el 12 de febrero en Burdeos, es favorable a la concertación de la paz. Nombra a Thiers jefe del poder ejecutivo; éste firma, el 26 de febrero, los preliminares de la paz, que son ratificados el 19 de marzo por la Asamblea Nacional. Los preliminares conceden al ejército prusiano el derecho de entrar en París; cuerpos alemanes, a partir del 3 de marzo, deben ocupar ciertos barrios. Esas condiciones exasperan a la población parisiense.

La rebelión crece en el corazón de aquellos que, en la fiebre de la defensa, concibieron ilusiones. Las clases medias y obreras sufren por la paralización de los negocios y del trabajo, que les priva de sus recursos cotidianos: pequeños comerciantes arruinados por la suspensión de las transacciones comerciales, pequeños rentistas para

los cuales se plantea la cuestión de los alquileres, artesanos y obreros de todas las profesiones, reducidos a la miseria, y de los cuales muchos deben contentarse con 1,50 fr. por día, concedidos a los guardias nacionales solamente.

Los historiadores reconocen que la causa primera del movimiento fue ese estado de ánimo de la población: decepción y rebelión. Hasta el 15 de marzo, París está indignado por la capitulación y la actitud del gobierno de Thiers y de la Asamblea Nacional. Ante la comisión de investigación, Jules Ferry insiste en "la cólera extraordinaria que siguió a la decepción final": "Entre las causas secundarias y determinantes de la insurrección¹ pondré, ante todo, un estado moral de la población parisiense que calificaría de buena gana así: la locura del asedio... Cinco meses de esa existencia nueva, con el trabajo interrumpido, con todos los espíritus vueltos hacia la guerra y esa lucha de cinco meses que condujo a una inmensa decepción, a una población entera que cayó desde la cima de las ilusiones más grandes que se hayan concebido jamás..."

Y Jules Ferry insiste también en "esa voluntad expresada por los prusianos de entrar en París y de ocupar uno de sus barrios. Considero que ése es un elemento de extraordinaria importancia y que decidió la violencia de la crisis y la forma particular que revistió".

Desde el 15, se piensa en federar los batallones de los guardias nacionales, y se nombra una comisión compuesta de hombres desconocidos, que no se mezclaron en la política, para redactar los estatutos de la nueva organización. Esos estatutos prevén la creación de un comité central formado por delegados de las compañías y de los comandantes elegidos. La Asamblea general, que se reúne el 24 de febrero para aprobarlos, se compromete "a la primera señal de entrada del ejército prusiano en París, a ir inmediatamente en armas al lugar de la reunión y a proceder luego contra el enemigo invasor".

Los días siguientes hubo manifestaciones callejeras.

El 27 de febrero, los batallones de la guardia nacional vuelven a tomar los 227 cañones y ametralladoras pagados por París y que habían sido encerrados en los parques de Passy y de la plaza Wa-

¹ *Enquête parlementaire sur l'insurrection du 18 mars*, 3 vol., Versailles, 1872. t. II, págs. 60 a 78, *Journal officiel (19 mars - 24 mai)*, V. Bunel, ed. 1871; *Procès-verbaux de la Commune*, ed. Bourgin y Henriot, t. I, marzo-abril, 1871, París, Leroux, 1924. Ver G. BOURGIN: *Histoire de la Commune*, París, 1907; *Les premières journées de la Commune*, París, s. d.; ver *L'Homme Réel*, marzo, 1934; y *La Commune* (ilustrada), 432 págs., Les Éditions Nationales, 1938; M. DONMANGET, *Blanqui, la guerre et la Commune*, París, Domat, 1946; *Hommes et choses de la Commune*, Marsella, 1937; LENIN, *La Commune de Paris*, París, 1931. KARL MARX, *La Commune de Paris*; M. VUILLEUME, *Mes cahiers rouges*, París, 1913-1914.

gram. Del 19 al 3 de marzo, 30.000 hombres del ejército alemán entran en París. El Comité Central, que no existe todavía más que de hecho, impide, con su intervención moderadora, que se produzca la resistencia preconizada por la asamblea del 24. El 3 y el 4 de marzo, se aprueban los estatutos; una comisión ejecutiva establece la misión que debe tener el Comité Central: "Su deber es velar sobre la ciudad, velar sobre las calamidades que le preparan en las sombras los partidarios de los príncipes, los generales de los golpes de Estado, los ambiciosos ávidos y desvergonzados de toda especie."

El comité tiene su asiento en la plaza de la Corderie du Temple, en el local que ocupan el Consejo Federal de la Internacional parisiense y la Federación de las Cámaras Sindicales. Pero los internacionalistas parisienses, al comienzo, muestran alguna reserva con respecto al Comité Central, vacilan en mezclarse en su acción. El Consejo Federal se reúne el 19 de marzo; Varlin prevé los acontecimientos que van a desencadenarse, no quiere que la Internacional quede al margen de ellos. Pide que los internacionalistas hagan lo posible para hacerse nombrar delegados en su compañía y para concurrir al Comité Central. Varlin agrega: "No vayamos allí como internacionalistas, sino como guardias nacionales, y trabajemos por apoderarnos del espíritu de esa asamblea." Pero Frankel y Pindy ven en ello el riesgo de comprometer a la Internacional.

El Consejo federal de la Internacional está, pues, vacilante. Si decide delegar una comisión de cuatro miembros ante el Comité Central de la Guardia Nacional establece que su acción será puramente individual. Sólo Varlin, entre los internacionalistas, es miembro del Comité Central. Pero en la sesión de la noche del 23-24 de marzo el Consejo Federal decidió manifestar su simpatía.

El 10 de marzo, nueva injuria a París: la Asamblea declara que no sesionará en París. Thiers se instala en el Quai d'Orsay.

El 13, 215 batallones se constituyeron en federaciones, con un Comité Central de 26 miembros.

El 18 de marzo, Thiers da orden a las tropas regulares de ocupar las Buttes-Chaumont, Belleville, el Temple, la Bastilla, el Ayuntamiento, Montmartre, el Luxemburgo, los Inválidos. Las tropas recibieron orden de volver a tomar los cañones; la guardia nacional reacciona con energía. Estando dispersos los miembros del Comité Central, son los grupos locales, es la muchedumbre, la que obra espontáneamente. Y sin orden suya son muertos los generales Lecomte y Clément Thomas.

Thiers da orden de evacuar París, de evacuar los fuertes del sur entregados por los alemanes, e inclusive de evacuar el Mont-

Valérien. En la tarde del 18, Jules Ferry, alcalde de París, protesta contra la orden de replegarse sobre Versalles, dada a las tropas; a las 7,40 de la tarde, envía un despacho al jefe del ejecutivo: "¿Vamos a entregar los archivos del Ayuntamiento? Exijo una orden positiva para cometer tal deserción y un acto semejante de locura." Thiers le remite la orden positiva que pide.

Thiers parte. Cuando los alcaldes de París insisten en hacer aceptar al gobierno un compromiso, las elecciones municipales inmediatas y el mantenimiento de la guardia nacional, Jules Favre les responde: "No trato con asesinos." Él obedece a las intenciones del jefe del gobierno. Thiers quiere su batalla de París.

Los hombres más opuestos en ideas, y entre ellos los realistas, como el conde d'Hérison, oficial de enlace de Trochu¹, están de acuerdo en pensar que, al dar a sus ministros la orden de huir de París, Thiers previó, quiso, la insurrección comunista. Armand Dayot² estima que las negociaciones (con respecto a los cañones) debían culminar felizmente en algunos días. "La incalificable agresión del 18 de marzo puso fin a todas las conversaciones." Apelar a la fuerza en lugar de la persuasión era, en el estado de sobreexcitación de los espíritus, provocar una oposición a mano armada.

Al abandonar París, Thiers tiene la intención de dejar que crezca el movimiento revolucionario. En abril de 1834, ¿no había suscitado, por medio de agentes provocadores, la sublevación en París, en el momento mismo en que era aplastada en Lyon? "Era, por otra parte, consecuente consigo mismo, dice Paul Cambon³, se lo oí contar, y lo repitió varias veces, que el 24 de febrero de 1848 había aconsejado al rey Luis Felipe abandonar la capital con el ejército, rehacer sus tropas y volver por la fuerza. No había que asombrarse de que, en una situación peor que la de 1848, no vacilase en evacuar París."

Thiers prefiere provocar a París con una actitud que oculta mal su voluntad firme de suscitar la violencia. ¿Qué otra intención se puede atribuir a palabras como estas: "París nos dio el derecho de preferir Francia a la capital"? De parte de un hombre fecundo en argucias y de un político tan hábil, ¿se puede hablar de equívocación? ¿No hay que reconocer que la situación revolucionaria que siguió al 18 de marzo fue creada, deseada por él?

La psicología de Thiers, su pasado, testimonian acerca de sus intenciones secretas el 18 de marzo; obedece a la tradición que si-

¹ CONDE D'HERISSON, *Nouveau Journal d'un officier d'ordonnance, La Commune*, Ollendorf, 1889, págs. 68 y sigs.: Thiers, quiso la Comuna (cap. 4).

² *La Revue*, 1º de octubre de 1901.

³ PAUL CAMBON, "Souvenirs du 18 mars 1871", *Revue de Paris*, 1º de abril de 1935.

guió siempre en el poder: provocar el levantamiento a fin de poderlo reprimir salvajemente.

Cuatro veces repitió Thiers la misma táctica: en 1834, promovió el levantamiento de abril, en París; en 1840, como presidente del consejo, trató de descalificar las huelgas corporativas a fin de distraer la opinión pública francesa irritada por el fracaso diplomático que sus negociaciones secretas hicieron sufrir a Francia; en 1848, su influencia sobre la Asamblea estimuló y llevó al combate "a los que querían acabar" con la República de febrero; y el brusco despido de 110.000 obreros de los Talleres Nacionales permitió dar una lección a *esa vil muchedumbre...*

En 1871, Thiers, que se cree un gran militar, encuentra al fin la ocasión para dirigir una campaña contra civiles, es verdad, y librar batalla contra franceses.

Lissagaray resume así el 18 de marzo: "¿Qué es el 18 de marzo, si no la respuesta instintiva de un pueblo abofeteado? ¿Dónde hay rastros de complot, de secta, de agitadores? ¿Qué otro pensamiento que ¡viva la República! ¿Qué otra preocupación que erigir una municipalidad republicana contra una asamblea realista? El reconocimiento de la República, el voto de una buena ley municipal lo hubiesen pacificado todo." Esta definición de un comunero refleja el estado de ánimo de los parisienses que no lo eran. El autor de las *Réveries d'un païen mystique*, Louis Ménard, escribe a un amigo: "A pesar mío, me inclino hacia los pobres, hacia los vencidos, los insurrectos, soy ante todo republicano, y creo que se está en vías de matar a la pobre República."

La Comuna quiso defender la República que creía en peligro. Fue el acontecimiento que impidió "el escamoteo de la República que preparaban los príncipes de Orleans y su encargado de negocios, el señor Thiers". Jules Vallès tiene derecho de escribir, en *L'Insurgé*: "Hemos afianzado la República con nuestros fusiles de insurrectos."

II

El 19 de marzo por la mañana, en ausencia de un gobierno que huyó a Versalles, el Comité Central se encuentra solo en París.

Los hombres oscuros que lo componen son sorprendidos por el acontecimiento; pero aceptan sencillamente la responsabilidad que eso les impone. Jules Vallès nos los describe en la mañana del 19:

No conozco a ninguno. Se me dice sus nombres, que no oí nunca. Son delegados de los batallones populares solamente en sus barrios. Tuvieron sus éxitos de hombres de palabra y de hombres de acción en las asambleas, con frecuencia tumultuosas, de las que salió la organización federal... No son todavía más

que seis o siete, en este momento, en esa gran sala en que el Imperio, en uniforme dorado y en traje de gala, danzaba no hace mucho tiempo. Hoy, una media docena de mozos de grandes zapatos, con un quepis de filetes de lana, sin charreteras, sin cordones; bajo este cielo raso adornado con flores de lis, son el gobierno¹.

El primer acto del Comité Central es devolver al pueblo de París la elección de la Comuna: "Nos habéis encargado de organizar la defensa de París y de vuestros derechos; tenemos conciencia de haber cumplido esa misión; ayudados por vuestro valor generoso, expulsamos a ese gobierno que nos traicionaba. En este momento, nuestro mandato ha expirado, y os lo devolvemos, porque no pretendemos tomar el puesto de aquellos a quienes el soplo popular acaba de derribar."

El 21, el Comité Central declara que "París no tiene de ningún modo la intención de separarse de Francia; lejos de eso. Soportó el Imperio por ella, el gobierno de la defensa nacional, todas sus traiciones y todas sus cobardías. No es ciertamente para abandonarla hoy, sino solamente para decirle, en calidad de hermana mayor: "Sostente a ti misma, como yo me sostuve; oponte a la opresión como yo me opuse."

El mismo día, el Comité Central suspende la venta de los objetos empeñados en el Monte de Piedad, prorroga por un mes los vencimientos, impide a los propietarios desalojar a los locatarios hasta nueva orden.

Al mismo tiempo que fija las elecciones comunales para el 26 de marzo, el Comité Central toma las medidas provisionales para asegurar los servicios abandonados por sus titulares.

Salvo Varlin, miembro del Comité Central, los internacionalistas parisienses mantuvieron hasta allí una gran reserva. El 23 de marzo, se efectuó una reunión mixta de la Internacional parisiense y de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras: "Frankel reclama la redacción de un manifiesto que debe, dice, reforzar el Comité Central con toda nuestra fuerza moral."

Es nombrada una comisión compuesta por Frankel, Theisz y Demay y, en la sesión de la noche (23-24 de marzo), a la que asiste Émile Aubry, el manifiesto es adoptado a la vez por los delegados de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras y por los delegados de las secciones parisienses de la Internacional.

En el curso de la discusión, Émile Aubry advierte que los diarios de toda Francia citan a la Internacional como habiendo tomado el poder: "Yo creo que se coordinaría el movimiento invitando al Comité Central a adherirse a la Internacional."

Los internacionalistas se deciden a obrar, para deslindar la res-

¹ JULES VALLÈS, *L'Insurgé*, pág. 268.

ponsabilidad de la Internacional parisiense en los acontecimientos que acaban de producirse. Comprometen su responsabilidad personal:

Trabajadores:

Una larga sucesión de reveses, una catástrofe que parece que va a llevar a la ruina completa a nuestro país, tal es el balance de la situación creada en Francia por los gobiernos que le han dado...

¿Hemos perdido las cualidades necesarias para volvernos a levantar de esta humillación?

Los últimos acontecimientos demostraron la fuerza del pueblo de París; estamos convencidos de que un entendimiento fraternal demostrará bien pronto su prudencia.

El principio de autoridad es en lo sucesivo impotente para restablecer el orden en la calle, para hacer renacer el trabajo en el taller, y esta impotencia es su negación.

La división de los intereses creó la ruina general, engendró la guerra social. Es a la libertad, a la igualdad, a la solidaridad a las que hay que pedir que aseguren el orden sobre nuevas bases, que reorganicen el trabajo que es su condición primera.

Trabajadores:

La revolución comunal afirma sus principios, suprime toda causa de conflicto en el porvenir. ¿Vacilaréis en darle vuestra sanción definitiva?

La independencia de la Comuna es la garantía de un contrato cuyas cláusulas libremente debatidas harán cesar el antagonismo de las clases y asegurarán la igualdad social.

Hemos reivindicado la emancipación de los trabajadores y la delegación comunal es la garantía, porque debe proporcionar a cada ciudadano los medios para defender sus derechos, controlar de una manera eficaz los actos de sus mandatarios encargados de la gestión de sus intereses y determinar la aplicación progresiva de las reformas sociales.

La autonomía de cada comuna priva de todo carácter opresivo a sus reivindicaciones y afirma la República en su más alta expresión.

Hemos combatido, hemos aprendido a sufrir por nuestro principio igualitario, no podríamos retroceder cuando podemos ayudar a colocar la primera piedra del edificio social.

¿Qué hemos pedido? La organización del crédito, del cambio, de la asociación, a fin de asegurar al trabajador el valor integral de su trabajo.

La instrucción gratuita, laica e integral.

El derecho de reunión y asociación, la libertad absoluta de la prensa y la del ciudadano.

La organización desde el punto de vista municipal de los servicios de policía, de la fuerza armada, de la higiene, de la estadística, etc...

Hemos sido juguetes de nuestros gobernantes, nos hemos dejado incorporar a su juego, cuando acariciaban sucesivamente a todas las facciones cuyos antagonismos aseguraban su existencia.

Hoy, el pueblo de París es clarividente, rehúsa ese papel de niño dirigido por el preceptor, y en las elecciones municipales, producto de un movimiento

del que él mismo es autor, recordó que el principio que preside la organización de un grupo, de una asociación, es el mismo que debe regir la sociedad entera, y, como rechazó todo administrador, presidente impuesto por un poder, fuera de su seno, rechazará todo alcalde, todo prefecto impuesto por un gobierno extraño a sus aspiraciones.

Un entendimiento fraternal demostrará la sabiduría de París... el principio de autoridad es en lo sucesivo impotente... El trabajo es la condición primera del orden... la independencia de la Comuna es la garantía de un contrato cuyas cláusulas, libremente debatidas, harán cesar el antagonismo de las clases y asegurarán la igualdad social... La delegación comunal es la garantía de la emancipación de los trabajadores... la garantía para el trabajador del valor integral de su trabajo... La organización del crédito, del cambio, de la instrucción.

Tales eran los principios que desarrollaba el manifiesto. Los internacionalistas tratan de dar al movimiento comunalista un programa, líneas directrices. La Internacional parisiense no estuvo en modo alguno en el origen del movimiento; temió inclusive comprometerse en él; pero el 23 de marzo los internacionalistas intentan inclinarlo en el sentido de sus creencias. En la medida en que el tumulto de las circunstancias se lo permite, quieren colorear con un tinte más preciso y claramente socialista los matices bastante inseguros del arco iris que creó la diversidad de las tendencias entre los hombres de la Comuna.

¿En qué medida podrán los internacionalistas parisienses influir sobre la actitud y los destinos de la Comuna? ¿Qué papel desempeñaron aquellos de sus elegidos el 26 de marzo? Convertidos en administradores, ¿tuvieron tiempo de aplicar el programa que esbozaron en el manifiesto del 23-24 de marzo? ¿La Comuna fue, como afirma Marx, "todo un gobierno de la clase obrera, la forma política hallada al fin, bajo la cual era posible realizar la emancipación del trabajo"?

La derrota de la Comuna ¿fue en realidad, como dijo Benoît Malon, "la tercera derrota del proletariado francés"?

III

Las elecciones se efectuaron el 26 de marzo, en una atmósfera de primavera parisiense: "Este sol tibio y claro que dora la boca de los cañones, este olor de ramilletes de flores, el ondear de las banderas, el murmullo de esta revolución que pasa, tranquila y hermosa, como un río azul; esos estremecimientos, esos resplandores,

esas fanfarrias de cobre, esos reflejos de bronce, esas llamaradas de esperanza, ese perfume de honor, hay con qué embriagarse de orgullo y de alegría... "Este París que, al adoptar la palabra misma de Comuna, vinculaba a la vez por instinto su patriotismo dolorido y su esperanza en una ciudad justa." (Georges Duveau.)

El escrutinio de las elecciones del 26 de marzo da, el 28, los resultados siguientes:

Sobre 80 miembros nombrados, hay 25 obreros. Los internacionalistas parisienses no son más que una minoría de un tercio a lo sumo, si se tiene en cuenta que un cierto número de los elegidos del 26 de marzo no quisieron ocupar su puesto. Entre los internacionalistas elegidos se encuentran aquellos que organizaron sólidamente el movimiento obrero entre 1868 y 1870: Varlin, Theisz, Avrial, Assi, Langevin, Champy, Duval, Chalain, Camélinat, B. Malon, Amouroux, Pindy, Léo Frankel, Dereure, V. Clément, E. Gérardin, A. Arnaud, A. Clémence, Demay, Descamps, C. Dupont, J. Durand³; por sus tendencias se aproximan a ellos Beslay, Jourde, Vaillant, J. Vallès, Vermorel, Lefrançais, Charles Longuet, Courbet y Eugène Pottier. Serán "los moderados de ese extraño gobierno." Frente a ellos, una mayoría compuesta de hombres de tendencias muy diversas, de blanquistas puros y blanquistas disidentes, de oradores y periodistas radicales, de elegidos por los clubes rojos, y otros individualistas de tendencias barrocas o indefinibles.

Sólo los miembros de la Internacional y de las sociedades obreras parisienses tienen una doctrina económica y social definida. Valerosos, honrados y realizadores, inmediatamente aceptan el cargo de los servicios que dejó desorganizados la fuga de los ministros y de una parte del alto personal; cada uno de ellos, al cumplirlos, a conciencia, se vio pronto absorbido por esa tarea. Su carácter les lleva a entregarse por completo, porque saben la importancia que tiene. Sin su gestión recta, la Comuna no habría podido hacer tanto tiempo frente a los ataques con que Thiers, desde el comienzo de abril, hostigará a París.

Thiers vació a París de todos sus órganos administrativos. Los militantes obreros comprenden que la tarea inmediata que se les impone es hacer funcionar normalmente los servicios de una administración desmantelada. Y se ponen animosamente a la tarea: Varlin y Jourde en las finanzas, Theisz en correos, Avrial en la direc-

1 JULES VALLÈS, *l'Insurgé*, pág. 273.

2 Sobre 485.569 inscritos votan 229.167 electores, una proporción un poco mayor que la que eligió los alcaldes en noviembre de 1870.

3 Después de las elecciones del 16 de abril, Johannard, uno de los militantes obreros incluidos en el tercer proceso de la Internacional, se asoció a la mayoría jacobina.

ción del material de armamento. Camélinat en la moneda, Combault y Faillet en el servicio de las contribuciones directas e indirectas, Alavoine en la Imprenta Nacional, Léo Frankel, en la comisión del intercambio y del trabajo. Varlin, igual a sí mismo, hace frente a tareas múltiples: se le encuentra en los consejos de la Comuna tal como estuvo en las luchas del fin del Imperio: "infatigable, modesto, hablando muy poco, siempre en el momento justo, y esclareciendo entonces con una palabra, la discusión confusa ¹".

Desde el 19 de marzo, Varlin es encargado, con Jourde, de las finanzas. Cuando llegan al ministerio, se encuentran en presencia del jefe de la oficina del ordenamiento de pagos y del material, único representante del Estado y del personal. 300.000 personas sin trabajo, sin recursos, esperan los 1,50 francos cotidianos de que viven desde hace siete meses. En el ministerio de finanzas, hay 4.600.000 francos en las cajas. Los delegados piden a Rothschild la apertura de un crédito de 500.000. La Banca de Francia pone un millón a disposición de Varlin y de Jourde. A las 10 de la noche la paga de los soldados es distribuida en todos los distritos.

Varlin pasa de las finanzas a los abastecimientos, de los abastecimientos a la intendencia: en todas partes su presencia asegura el orden y la disciplina del trabajo. Su autoridad se basa en la simpatía y la sencillez.

Gracias a él, a Jourde y a los otros internacionalistas, la máquina administrativa de París puede funcionar con 10.000 empleados, cuando antes exigía 60.000. Varlin tiene la vista en todo, no soporta ningún derroche. Dejó las finanzas en manos de alguien de quien está seguro: Jourde. Ese joven contador, reveló una destreza extrema; muy fino, entusiasta, conquistó la amistad de Varlin: posee una serenidad tranquila y un autodomínio que concuerdan con la virtud simple y estoica de Varlin. Jourde conservará esas cualidades de autodomínio hasta en las jornadas tumultuosas y desordenadas durante las cuales París y la Comuna se debaten contra el ejército de Versalles.

Jourde hizo frente a una pesada tarea: puso en ella su lucidez tranquila de "buen contador" (G. Bourgin). Es preciso cada mañana alimentar a 300.000 personas. Sobre 600.000 obreros que trabajaban con un patrón, solamente 114.000 están ocupados, de ellos 62.500 mujeres ². Es preciso también alimentar los diversos servicios. Versalles dejó en las cajas 4.658.000 francos. Jourde quiere conservar intactos los 214 millones de títulos hallados en el ministerio de hacienda.

¹ LISSAGARAY, *Histoire de la Commune de 1871*, París, Dentu, 1896, pág. 390. "Conservo el sentido revolucionario que se enerva en los obreros instruidos."

² AUDIGANNE, *Revue des Deux Mondes*, 15 de mayo de 1871.

Jourde tiene, pues, por todo recurso, los ingresos de las administraciones: correos, telégrafos, contribuciones directas e indirectas, concesiones, aduanas, depósitos y mercados, tabacos, registro y timbres, caja municipal, ferrocarriles.

Del Banco de Francia, el gobierno comunalista recibe 9.400.000 francos pertenecientes a la ciudad y un anticipo de 7.292.000 francos. Los gastos del 20 de marzo al 30 de abril suman 26 millones. Durante las tres semanas de mayo, los gastos se elevan a 20 millones. En las nueve semanas de su existencia, la Comuna gastó 46 millones de francos, de los cuales 16.694.000 fueron proporcionados por el Banco de Francia y el resto por los diversos servicios. Y durante ese período, el Banco de Francia aceptó cerca de 260 millones de letras giradas sobre él por el gobierno de Versalles para combatir a París.

En correos, Theisz, el organizador de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras, encontró el servicio desorganizado, las oficinas divisionarias cerradas, los sellos ocultos o desaparecidos, el material (sellos, coches) sustraídos, la caja vacía. Indicaciones fijadas en las salas y en los patios ordenan a los empleados trasladarse a Versalles bajo pena de despido. Gracias a la ayuda de algunos empleados socialistas, Theisz reorganiza, en cuarenta y ocho horas, la recepción y distribución de las cartas para París ¹.

Estos esfuerzos son la condición de existencia de la Comuna, prueban la energía, el valor organizador de los militantes obreros; pero éstos son absorbidos por sus funciones de administradores. Respondió a uno de los miembros de la Internacional parisiense, Léo Frankel, de origen húngaro, ocupar el único puesto que permitía hacer obra socialista; la comisión del intercambio y del trabajo. Esa comisión tenía un vasto programa: "el estudio de todas las reformas por introducir en las relaciones de los trabajadores —hombres y mujeres— con sus patrones, la revisión del código de comercio, las tarifas aduaneras, la transformación de todos los impuestos directos e indirectos, el establecimiento de una estadística del trabajo".

Una comisión de iniciativa, compuesta por trabajadores, ayuda a Léo Frankel.

Léo Frankel, el 29 de marzo, en la reunión del Consejo Federal de la Internacional parisiense, declaró: "Queremos fundar el derecho de los trabajadores, y ese derecho no se establece más que por la fuerza moral." Miembro de la comisión del intercambio y del trabajo, después delegado único, desde el 20 de abril, se esfuerza por aplicar las ideas socialistas de la Internacional parisiense, y las

¹ LISSAGARAY, *op. cit.*, págs. 499-503. Apéndice, nota dirigida por Theisz a Lissagaray. BENOÎT LAURENT: *La Commune de 1871: "Les ballons et les télégraphes"*, prefacio de Lucien Descaves, Dorbon, 1934.

medidas que tomará se inspiran en las ideas que dominaron al movimiento obrero desde 1866: autonomía obrera y sindicalista.

El decreto del 16 de abril trata de remediar las consecuencias de los talleres abandonados por los que los dirigían; a causa de las deserciones en muchos trabajos esenciales en la vida comunal, Léo Frankel se dirige, naturalmente, a las cámaras sindicales obreras: les hace realizar la estadística de los talleres abandonados y el inventario de los instrumentos de trabajo; la comisión obrera de investigación deberá también hacer proposiciones prácticas con miras a poner esos talleres abandonados en funcionamiento, por la constitución de sociedades cooperativas obreras. Un jurado arbitral decidirá la indemnización que se pagará a los patrones a su regreso.

Las cámaras sindicales tienen un local a su disposición en el ministerio de trabajos públicos; pero la comisión de investigación no pudo realizar más que dos sesiones, el 10 y el 18 de mayo.

Léo Frankel vuelve a la tradición de 1848 como uno de los precursores de la legislación moderna del trabajo.

En su sesión del 19 de enero, el Consejo federal discutió la cuestión del trabajo nocturno de los panaderos. "El trabajo nocturno, había dicho el panadero Tabouret, nos separa de la sociedad y de la familia; durmiendo durante el día, vivimos como separados del mundo..." Léo Frankel obtuvo, el 20 de abril, la prohibición del trabajo nocturno de los panaderos bajo pena de confiscación de los panes de los patrones contraventores.

Los mercados de la intendencia eran causa de reducciones injustificadas de los salarios, y las reducciones que pesaban sobre la mano de obra eran la consecuencia del sometimiento al precio que fijaban los empresarios. La comisión pide que los pliegos de condiciones indiquen el precio de la mano de obra, que esos mercados sean confiados con preferencia a las corporaciones obreras, y que los precios se fijen por un acuerdo entre la intendencia, la Cámara Sindical obrera y el delegado del trabajo.

Por iniciativa de Léo Frankel la Comuna nombra en mayo una comisión superior de contabilidad, encargada de verificar las cuentas de sus diversas delegaciones.

Léo Frankel organiza registros de informaciones en los distritos, para las ofertas y demandas de trabajo, y prepara el proyecto de liquidación del Monte de Piedad.

El 27 de abril, un decreto impide las multas y retenciones sobre sueldos y salarios en las administraciones públicas y privadas y restituye las que se hubiesen hecho desde el 18 de marzo.

En la sesión del 12 de mayo, Léo Frankel comprueba que los precios de adjudicación, de provisiones militares tuvieron por consecuencia una reducción de los salarios. A propuesta de Jourde, la

comisión del intercambio y del trabajo es autorizada a revisar los negocios concertados y, para el futuro, a dar preferencia a las asociaciones obreras. En lo sucesivo los pliegos de condiciones deben establecerse por acuerdo de la intendencia, de las cámaras sindicales y del delegado de la comisión del trabajo, y deben imponer a los empresarios un salario mínimo por jornada o por pieza.

Ya el 3 de abril, Avrial, director del material de artillería, aprobó el reglamento de los obreros de los talleres del Louvre, que fijaba la jornada de trabajo en 10 horas.

El movimiento de las sociedades obreras, que disminuyó desde julio de 1870, reanuda su actividad durante la Comuna. La comisión del intercambio y del trabajo comprueba la existencia de 34 cámaras sindicales, 43 asociaciones de producción, 4 grupos de la Marmite, 7 sociedades de alimentación. Los fundidores de hierro y los fabricantes de estearina forman una cámara sindical y una asociación cooperativa. La comisión del intercambio y del trabajo confía a Elisabeth Dimitrieff la organización del trabajo de las mujeres en París, y las obreras se reúnen para nombrar sus delegadas, a fin de crear cámaras sindicales vinculadas por una cámara federal.

En la introducción de 1891 a *La Commune de Paris*, Engels dice que los miembros de la Comuna se dividen en una mayoría de blanquistas y una minoría de proudhonianos, miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores. "La responsabilidad de todos los decretos, buenos o malos, corresponde a los proudhonianos, como la responsabilidad de los actos políticos a los blanquistas." Pero Engels comete aquí un error, porque la gran mayoría de los internacionalistas, desde 1868, eran comunistas no autoritarios, y no mutualistas.

En *La Commune de Paris*¹, Karl Marx, que fue tan duro para esos "asnos proudhonianos infatuados", quiso ser más justo para los comunalistas, cuya obra juzga con simpatía. Y, una vez, Karl Marx se encuentra con su viejo adversario, Mijaíl Bakunin. Uno y otro ven en la Comuna una "negación audaz, muy acentuada, del Estado"².

La Comuna, episodio trágico de la historia de Francia, es un acontecimiento histórico que señala la ruptura entre dos épocas.

El Consejo de la Comuna fue una asamblea compuesta de hombres opuestos por su temperamento. Los más puros fueron esos obre-

¹ KARL MARX, *La Commune de Paris*. Trad. de Ch. Longuet, París, 1901. Marx escribió esta obra con espíritu táctico, renunciando a sus planteos de política realista, que había sostenido al comienzo de los acontecimientos.

² "Arrasada, ahogada en sangre... la Comuna no dejó, por eso, de volverse más viva, más poderosa en el alma del proletariado de Europa." MIJAIL BAKUNIN, "La Commune de Paris et la notion de l'Etat", *Les Temps Nouveaux*, París, 1899, pág. 23.

ros socialistas que intentaron la tarea difícil de ser honestos administradores y tratar de aplicar, aunque fuera de modo parcial, sus principios. Su obra fragmentaria es importante.

La Comuna fue grande por el ímpetu de sus primeras horas. La represión despiadada, de que fue objeto, tanto como su breve y brillante historia, crearon una mística.

La Comuna de París, en la tradición del socialismo revolucionario, aparece con un papel prefigurativo. Los revolucionarios subrayaron a menudo su papel. Y entre ellos, Lenin.

La Comuna dice, debió ante todo pensar en defenderse... [Y sin embargo, pese a esa necesidad y a los pocos días que le fueron acordados, los comunistas esbozan toda una organización]. En resumen, a pesar de las condiciones tan desfavorables, a pesar de la brevedad de su existencia, la Comuna logra adoptar algunas medidas que caracterizan suficientemente su sentido verdadero y sus objetivos... El recuerdo de los combatientes de la Comuna no sólo es venerado por los obreros franceses, sino por el proletariado de todos los países... El cuadro de su vida y de su muerte... el espectáculo de la lucha heroica del proletariado y de sus sufrimientos después de la derrota, todo eso, elevó la moral de millones de obreros, despertó sus esperanzas y ganó simpatías al socialismo... He ahí por qué la obra de la Comuna no ha muerto: vive todavía en cada uno de nosotros¹.

IV

El 26 de marzo, la revolución era, según la palabra de Jules Vallès, "tranquila y bella como un río azul", pero Thiers va a colorarla.

Instalados en Versalles, el gobierno y la Asamblea, era posible encontrar una base de negociaciones, un compromiso. Se habría podido apaciguar el conflicto gracias a la revisión de la ley municipal, concediendo a París la independencia municipal, y a la Comuna la seguridad de que sus militantes quedarían a salvo.

Durante las semanas de abril y mayo, se ofrecen negociadores que se esfuerzan por persuadir al gobierno de Versalles para que se preste a ese compromiso. La Comuna acoge esos ofrecimientos con buena voluntad; es conciliadora, a pesar de la salvaje brutalidad con que son tratados (desde los primeros combates) los federados prisioneros.

El 5 de abril de 1871, Barrère, el futuro embajador de Francia en Roma, escribe a los miembros de la Comuna:

¹ Artículo de la *Gaceta obrera*, nos. 4-5, 28-15 de abril de 1911. Ver también *El Estado y la revolución* (1917). *Informe al congreso panruso de los soviets* (enero de 1918). *Carta a los obreros de Europa y de América*, artículo de *La gaceta del extranjero* (2-23 de marzo de 1908), etcétera.

Llego de Versalles, todavía enteramente conmovido e indignado por las cosas horribles que he visto con mis propios ojos. Los prisioneros son recibidos, en Versalles, de una manera atroz. Son golpeados sin piedad. Los vi ensangrentados, con orejas arrancadas, con el rostro y el cuello destrozados como por garras de bestias feroces. Un tribunal prebostal funciona ante los ojos del gobierno. Es decir que la muerte siega a nuestros conciudadanos hechos prisioneros. Los sótanos en donde se les arroja son cuchitriles horribles confiados a los cuidados de los gendarmes.

Los alcaldes y los diputados de Francia envían una delegación a Versalles para tratar de disipar el malentendido y proponer elecciones municipales inmediatas. Jules Favre les responde: "¿Los generales han sido asesinados? Entonces, señores, ¿qué venís a hacer aquí? ¿Traéis proposiciones, decís? No se discute con asesinos." Jules Favre es el portavoz de Thiers.

Las cámaras sindicales tratan de impedir el choque definiendo en una declaración el carácter de la Comuna: "París hizo una revolución tan aceptable como muchas otras; y para muchos espíritus, es la más grande que se haya hecho jamás; es la afirmación de la República y la voluntad de defenderla." (*Illustration* del 8 de abril de 1871.)

Pero estas palabras no pueden conmovir a Thiers. Como no ha elegido aún entre la realeza y la República, reservándose tomar el partido más favorable a su ambición, no tiene todavía más que una voluntad: poner la Comuna a sus pies.

Thiers trata primeramente de aislar a París y comprometerlo a los ojos de las provincias: "En París, telegrafía Thiers, la Comuna ya dividida, mientras trata de sembrar en todas partes falsas noticias, y saquea las cajas públicas, se agita impotente, y los parisienses, horrorizados, esperan con impaciencia el momento de su liberación... Los internacionalistas vacían las principales casas para ponerlas en venta."

Ahora bien, Thiers miente a conciencia, porque sabe que la Comuna no tocó el Banco de Francia: "Todas las insurrecciones comenzaron por confiscar la caja, la Comuna es la única que rehusó hacerlo, dice Lissagaray, y hay que agregar: todas las insurrecciones, cualesquiera que fuesen sus colores."

El 2 de abril, Thiers anuncia oficialmente que acaba de organizar uno de los ejércitos más hermosos que haya poseído jamás Francia: "Los buenos ciudadanos pueden estar seguros y esperar el fin de la lucha, que será dolorosa, pero breve."

El 4 de abril, *Le Temps* sugiere la idea de un compromiso realizado por la dimisión simultánea de la Asamblea y de la Comuna.

El 6, la Unión Nacional de las Cámaras Sindicales, en representación de 7.000 comerciantes e industriales de París, se decide a inter-

venir. Mientras que un grupo de diputados, Corbon, Laurent, Pichat, Floquet, Lockroy y Clemenceau forman la Unión Republicana para defender los derechos de París. A su lado, los masones de París envían, el 11 de abril, delegados a Versalles. Los unos y los otros tropiezan con una negativa sistemática. El 21 de abril, los masones van a ver a Thiers y le plantean esta cuestión: "Pero al fin, ¿usted está resuelto a sacrificar a París?" Thiers, con desenvoltura, les responde: "Habrá algunas casas agujereadas, algunas personas muertas, pero la ley quedará en vigor."

El 22 de abril, la Unión Nacional de las Cámaras Sindicales, la Liga de los Derechos de París y la masonería deciden unir sus esfuerzos; paralelamente, los delegados de las ciudades anuncian su intención de reunirse en Burdeos. Pero, en presencia de la actitud de las municipalidades provinciales, el 23, el ministro de justicia, Dufaure, espera impedir el movimiento por una circular a los procuradores generales, dándoles orden de perseguir a los "apóstoles de una conciliación que ponen en la misma línea la Asamblea surgida del sufragio universal y la pretendida Comuna de París". Sin embargo, el 30 de abril, la Alianza Republicana de los Departamentos trata de apoyar la obra de conciliación.

Thiers rechaza las proposiciones de la Liga de los Derechos de París; hace detener, el 13, a los delegados de la Liga que se dirigen a Burdeos, impide la reunión de Lyon, a la que dieciséis departamentos enviaron delegados.

Finalmente, el 20 de mayo, Thiers se las arregla para hacer recibir por Barthélémy Saint-Hilaire a los delegados de la Unión Nacional, y les hace responder que no está visible el domingo; el lunes partió ya para París: "Los apóstoles de la conciliación no merecen más que una negativa."

Desde las primeras hostilidades, desde el 2 de abril, las tropas versallesas fusilan a los federados hechos prisioneros. La Comuna se conmueve y, el 5 de abril, publica un decreto por el cual espera proteger a los soldados federados "contra los que desconocían las condiciones habituales de la guerra entre los pueblos civilizados".

Los arrestos hechos a consecuencia de este decreto tienen por efecto, si no detener las crueldades excesivas sufridas por los federados prisioneros, al menos las ejecuciones sumarias. Los rehenes quedan detenidos en Mazas y en la Roquette durante toda la Comuna, hasta el 24 de mayo. Durante esas seis semanas, París ofrece a Thiers cambiar todos los prisioneros por Blanqui.

En las notas confiadas por él a Edmond de Pressensé¹, maître

¹ EDMOND DE PRESSENSÉ, "Le 18 mars, Paris sous la Commune", *Revue des Deux Mondes*, 15 de junio de 1871.

Rousse, defensor de los rehenes, cuenta que vio en abril a Raoul Rigault, que le hizo esta confidencia: "Puesto que estamos solos, le diré que hemos comenzado negociaciones con Versalles para un cambio de prisioneros y espero que lo lograremos."

El cambio de los rehenes, tal es la intención constante de la Comuna, que emplea todos los caminos para llegar a él. El arzobispo de París escribe una carta a Thiers y le habla del cambio de rehenes: éste no responde. Flotte habla a Thiers del cambio y, para decidirlo, insiste en el peligro que puede correr el arzobispo. Thiers sigue silencioso. Se decide entonces enviar a Versalles al vicario general Lagarde; éste remite a Thiers una carta en que el arzobispo le pide que consienta en el cambio... Thiers responde, no a esta segunda carta, sino a la primera: "Los hechos sobre los cuales llama mi atención son absolutamente falsos, y estoy verdaderamente sorprendido de que un prelado tan ilustrado como usted haya podido creer en ellos. Jamás fusilaron nuestros soldados a prisioneros ni trataron de ultimar a los heridos..." El abad Lagarde¹ queda en Versalles. Thiers lo retiene, gana tiempo. Espera que los acontecimientos provoquen el crimen deseado por él; cuenta con servirse de él como de una justificación. En el tumulto y la desesperación, el 24 de mayo, seis rehenes son ejecutados, pagando con su vida las matanzas salvajes a que se entregan los versalleses contra las más inocentes víctimas².

V

El 22 de mayo, Thiers declara en la Asamblea Nacional: "Somos gentes honestas; se hará justicia por las leyes ordinarias. No recurriremos más que a la ley."

París habría podido ser tomada en una jornada, pero el combate se prolonga en las calles durante ocho días:

[La matanza] fue ciertamente deseada por los generales bonapartistas y por Thiers... Se prolongó deliberadamente. En esa lenta invasión de París que

¹ CONDE D'HÉRISON, *op. cit.*, pág. 218 y sigs. "El abate Lagarde fue encargado por el arzobispo de ir a Versalles a negociar un cambio... Es preciso preguntarse primeramente por qué fracasó esa misión. La respuesta es simple. Fracasó porque el señor Thiers no quiso admitir siquiera la idea de negociación de ninguna clase con los insurrectos... En esa negativa estalla también la ferocidad del alma burguesa y baja que animaba al vencedor de la Comuna."

² *Le National* dirá: "basta de ejecuciones, basta de sangre, basta de víctimas". MAURICE GARÇON, *La Justice contemporaine*: "Durante toda una semana, París fue teatro de una abominable parodia de justicia que facilitó todas las cobardías y autorizó todas las crueldades."

permitió a la resistencia organizarse, se hizo ocho o diez veces más prisioneros que combatientes había, se fusiló más hombres de los que había tras las barricadas, mientras que el ejército tuvo solamente 600 muertos y 7.000 heridos.¹ Oponer esa frialdad odiosa de las tropas versallesas a los sobresaltos de cólera de los batallones federados, ¿no es determinar de qué lado existió la premeditación?

Thiers se aseguró la complicidad del ejército prusiano, obtuvo la anulación del artículo del tratado de Francfort que impedía al gobierno francés reunir más de 40.000 hombres alrededor de París. Y durante la lucha, el ejército prusiano entregó a los versalleses los comunales que intentaban fugarse.

Las tropas versallesas —130.000 hombres— provistas de víveres, de armas y de material de sitio, no tienen frente a ellas más que los batallones desorganizados de la Comuna que defienden palmo a palmo los barrios de París. He aquí a Varlin, Varlin que es el ídolo de los barrios, y ante quien todo callaba al entrar; helo allí en la encrucijada de la Croix-Rouge, a Malon y Jaclard en las Batignoles, a La Cecilia en Montmartre, a Wroblewski, que rechaza cuatro veces a los versalleses, en la Butte-aux-Cailles, oponiendo al asalto a París una resistencia desesperada. El 24 la Comuna llama “a todo el mundo a las barricadas”. París no lucha, se deshace. Un supremo esfuerzo: Varlin, Léo Frankel, Brunel, Delescluze, organizan barricadas en la Bastilla, en el boulevard Voltaire, en el faubourg del Temple. “Muy a menudo las barricadas se levantan en medio de un sombrío silencio. No se oye más que el ruido sordo de los adoquines que caen unos sobre otros y la voz grave de los federados que dicen a los transeúntes: ‘Una ayuda, ciudadanos, vamos a morir por vuestra libertad.’”

Y he aquí la represión prometida por Thiers, en nombre de las leyes, por las leyes, con las leyes: “Nuestros valientes soldados se comportan de manera que inspira la más alta estimación, la mayor admiración del extranjero.”

Cuando no se los fusila en el lugar, se lleva a los federados a Versalles en un largo cortejo, bajo la mirada vigilante del general Galliffet.

Los corresponsales extranjeros de los diarios (*Daily News*, 8 de junio, *Times*, 29 y 31 de mayo de 1871) describen así las ejecuciones: “Los cautivos, ya formados en larga cadena, o ya libres como en junio de 1848, atados por cuerdas de modo de formar un solo bloque, son encaminados hacia Versalles. El que rehúsa marchar

¹ GEORGES BOURGUIN, *op. cit.*, pág. 168.

es obligado a bayonetazos y, si resiste, fusilado en el lugar o atado a la cola de un caballo...”

Galliffet les esperaba en la Muette; allí recorría las filas y con su cara de lobo flaco:

—Usted tiene aire inteligente —decía a alguno—, salga de las filas.

—Usted tiene un reloj —decía a otro—, ha debido ser un funcionario de la Comuna —y lo ponía aparte.

Luego de escoger el general así a un centenar de prisioneros, se formó un pelotón de ejecución. Algunos minutos después, oímos tras de nosotros descargas que duraron un cuarto de hora. Era la ejecución sumaria de los desdichados¹.

El domingo 28 de mayo, Galliffet dice: “Que aquellos que tengan cabello gris salgan de las filas: Habéis visto junio de 1848, sois más culpables que los otros”, y hace rodar sus cadáveres en los fosos de las fortificaciones.

Niños de 12 a 16 años, y mujeres: “He visto, dice el corresponsal de *Times* (29 de mayo), a una muchacha vestida de guardia nacional marchar con la cabeza erguida entre prisioneros que llevaban los ojos bajos. Esa mujer alta, con largos cabellos rubios sobre los hombros, desafiaba a todo el mundo con la mirada. La muchedumbre la abrumaba con sus ultrajes, pero ella no pestañeaba y hacía ruborizar a los hombres con su estoicismo.”

A la entrada de Versalles, los prisioneros eran esperados, paseados como espectáculo por las calles de la ciudad, expuestos en la plaza de armas: “Se ve, dice *Le Siècle*, del 30 de mayo, a prostitutas insultar a los prisioneros e, inclusive, golpearlos con sus sombrillas.”

¡Con qué refinamiento está organizada la ejecución de los vencidos! Thiers ha querido esa carnicería; telegrafía a los prefectos: “El suelo está cubierto con sus cadáveres, este espectáculo horroroso servirá de lección.” Y a la Asamblea: “La causa de la justicia, del orden, de la civilización ha triunfado.”

399.823 denuncias y solamente 38.568 arrestos; 20.000 mujeres y niños muertos durante la batalla o después de la resistencia (en París y en provincias).

3.000 muertos en los depósitos, en pontones, en bosques, en prisiones, en Nueva Caledonia, en el destierro...

13.700 condenados a penas que, para algunos, duraron 9 años.

70.000 mujeres, niños y ancianos privados de su sostén natural o arrojados de Francia.

107.000 víctimas, he ahí el balance².

¹ *Daily News*, 8 de junio de 1871. y *Times* del 31 de mayo de 1871, citados por Lissagaray, *op. cit.*, pág. 396.

² LISSAGARAY, *op. cit.*, pág. 486.

La clase obrera contribuyó ampliamente a llenar la lista de las víctimas. Una estadística aproximada del general Appert reparte así las víctimas entre las diversas profesiones: 2.901 jornaleros, 2.664 cerrajeros mecánicos, 2.293 albañiles, 1.569 carpinteros, 1.598 empleados de comercio, 1.491 zapateros, 1.065 dependientes, 863 pintores de la construcción, 819 tipógrafos, 766 picapedreros, 681 sastres, 636 ebanistas, 528 joyeros, 382 carpinteros de obra, 347 torneros, 283 tallistas, 227 hojalateros, 224 fundidores, 210 sombrereros, 206 costureros, 193 pasamaneros, 182 grabadores, 172 relojeros, 172 doradores, 159 impresores en papel pintado, 157 matriceros, 106 maestros, 106 encuadernadores y 98 fabricantes de instrumentos.

El domingo 28 de mayo, después de haber combatido en los distritos 6º, en el 3º, en el 10º, en el 11º, "cuando no queda ya ninguna barricada, Varlin abandona su vida al azar".

Agotado, se sienta en un banco en la plaza Cadet. Un transeúnte lo reconoce, queda un momento vacilante, después lo señala a la patrulla que pasa. Los soldados lo toman a culatazos. Se le arrojan suciedades y lodo. Varlin contempla con serenidad a la muchedumbre cuya emancipación quiere.

Eugène Varlin arriesgó su vida para salvar los rehenes y sin embargo se grita a su alrededor: "¡A Montmartre, a Montmartre, que se le fusile en el mismo lugar que a Clément Thomas!"

El teniente Sicre conduce a Varlin, maniatado, a los montículos donde estaba el general Laveaucoupet.

Por las calles escarpadas de Montmartre, Varlin es arrastrado durante una larga hora. "Bajo la granizada de los golpes, su joven cabeza meditativa, que no había tenido jamás sino pensamientos fraternales, se convierte en un jigote de carnes, con un ojo colgando fuera de la órbita." (Lissagaray.) Cuando llega a la rue des Rosiers, no marcha ya, se lo lleva. Se lo sienta para fusilarlo. Los soldados destrozan su cadáver a culatazos. Sicre lo despoja, distribuye a los soldados el dinero hallado en sus bolsillos y retiene el pequeño reloj que le habían ofrecido los encuadernadores en septiembre de 1864.

Eugène Varlin, Thiers: dos hombres, dos razas, y sin embargo de un mismo país. Pero encarnan las dos corrientes humanas que chocan a lo largo de la historia: la lucha de los vivientes contra los sobrevivientes.

Thiers ganó su cuarta batalla, pero no contra un ejército enemigo. General de guerra civil, su apoteosis comienza; se convierte en héroe nacional.

¹ E. FAULLET, *Biographie de Varlin*, pág. 61, in 8º, París; Perreaux; 1885.

La sombra se extiende sobre Francia, después... la noche. Una noche profunda que se prolonga. Pero luego, llegará la luz del día.

N. B. — El autor de esta historia quiere señalar particularmente dos obras aparecidas después de la primera edición: *Trade-unionisme et syndicalisme*, por ANDRÉ PHILIP (Librairie Mouton, 1936), y *Le mouvement syndical en France*, por GEORGES LEFRANG (Librairie Syndicale, 1937). Además, *La Commune*, de GEORGES BOURGÍN (Éditions Nationales, 1938), por su calidad y su amplitud, representa la obra de una vida.

Ideologías y tendencias en La Comuna de París

Heinrich Koechlin.

3

Heinrich Koechlin
Ideologías y tendencias
en la Comuna de París
Editorial Proyección
BBAA, 1965

III. CORRIENTES SOCIALISTAS DURANTE LA COMUNA

La parte principal de nuestra obra ha sido consagrada a confrontar los puntos de vista, tan diferentes, que sostuvieron los comunales acerca de los problemas de la forma de organización política, de la esencia de la revolución y de las relaciones que mantiene la idea con la realidad. En nuestro último capítulo procuraremos interpretar esos puntos de vista como partes integrantes de ideologías socialistas más o menos completas.

Para obtener una visión panorámica del pensamiento socialista de 1871, dividiremos al socialismo emergente de la literatura comunales en cuatro grupos. Damos al primero el nombre de "blanquismo", al segundo el de "positivismo", al tercero el de "mutualismo" y al cuarto el de "colectivismo federalista".

Esta clasificación tiene sus deficiencias, ya que no abarca la variedad y las múltiples diferenciaciones de puntos de vista individuales, en los que siempre fue tan rico el pensamiento político-social de Francia. A ello se agrega el hecho de que los términos que empleamos poseen, en parte, otros significados y matices, cuando se los separa de la literatura que nos ocupa y se los relaciona con agrupamientos políticos o tendencias revolucionarias o filosóficas anteriores o posteriores a 1871. El significado de dichos términos ha cambiado; su aplicación ha sufrido desplazamientos, se han estrechado o ampliado.

Así, por ejemplo, el término "colectivismo" lo adoptó para sí, por el año 1880, una corriente anarquista que, en oposición a la "anarco-comunista", quería mantener el sistema salarial. Por otra parte, esa misma palabra es empleada hasta hoy para designar a todo tipo de concepción social opuesta al individualismo. No la utilizaremos en ninguno de esos dos sentidos, sino que lo empleamos, lo mismo que a los términos "blanquismo", "mutualismo" y "positivismo político", en el sentido que tenía durante la época de la Comuna de París. En el centro de nuestro interés aparece siempre la revolución del 18 de marzo. Nuevamente, el objeto de nuestras observaciones está dado por las ideas de los hombres que participan en forma activa en las luchas de la Comuna. Sin embargo, como aquí se trata de describir ideologías completas, estamos supeditados a lo producido durante la época de la emigración, por cuanto los revolucionarios combatientes no gozaban del tiempo libre necesario para volcar sus impresiones, en forma ordenada, sobre el papel.

1. EL BLANQUISMO

Cuando hablábamos hasta ahora del blanquismo, lo concebíamos como una doctrina revolucionaria, política, pero no socialista. Esto estaba justificado, ya que en 1871 (y también más tarde) los blanquistas no veían en el levantamiento de la Comuna una revolución socialista, sino el intento de implantar la tradicional dictadura revolucionaria de París para salvar a la república y a la patria. Su posición, en consecuencia, fue puramente política. Aun así, sería erróneo ver en los blanquistas tan sólo jacobinos revolucionarios. Blanqui y sus discípulos poseían una concepción integral definitivamente socialista, dentro de la cual el jacobinismo sólo ocupa, en teoría, un lugar muy modesto. Como doctrina socialista, el blanquismo constituye una extraña mezcla de ideas extremadamente libertarias y extremadamente autoritarias.¹

Muchas de las ideas filosóficas y también económicas de Blanqui han sido tomadas por éste de Proudhon, a quien tenía

en muy alta estima personal. El revolucionario, que pasó la mayor parte de su vida entre los muros de las prisiones, fue un hombre para quien, al igual que para el clásico doctrinario de la anarquía, la libertad del espíritu ocupaba el primer lugar en su pensamiento y en su obra. Por tal razón, el revolucionario no puede imaginar a la sociedad socialista del futuro más que como el reino absoluto de la libertad filosófica, política y económica. De la otra parte, sin embargo, presta su reconocimiento a la violencia y, por ende, al autoritarismo violento como medio de liberación. Quiere decir que no sólo la reconoce, sino que la valora en tan alto grado como para no querer admitir que lleva en su seno peligros susceptibles de dañar el objetivo previsto. Por lo tanto, no quiere verla constreñida por limitaciones sustanciales. La esencia del blanquismo reside en que considera al socialismo como el producto final de una lentísima evolución en cuyos comienzos se halla la acción, violenta e inescrupulosamente autoritaria, de una minoría ilustrada.²

De ahí que Da Costa defina al socialismo, esencialmente, en forma negativa. Tres elementos, expresa, son los que desde 1789 sirven de base al orden burgués: la familia, la propiedad y la religión. Todos los gobiernos hasta el presente, añade, tuvieron la misión de apuntalar estos pilares de la autoridad. Esto ha sido reconocido, dice luego, por dos grandes revolucionarios: P. J. Proudhon y Auguste Blanqui. Ambos emitieron conceptos que, en el fondo, son idénticos: "Dios es el mal — la propiedad es el robo" (Proudhon) y "Ni Dios, ni amo" (Blanqui). Da Costa toca aquí un aspecto en el cual los dos socialistas, que podrían ser considerados como los polos más opuestos en lo que se refiere a la elección de los métodos y a la valoración del Estado, parecen efectivamente encontrarse. El punto de partida de ambos está constituido por el antiautoritarismo filosófico de la tradición revolucionaria antijacobina representada por la Comuna de 1793.

El contraste entre ambos radica, empero, en que Proudhon ve en el socialismo el producto de un proceso transformador siempre renovado, mientras que Blanqui quiere crear

primeramente las condiciones de ese proceso, con la sola ayuda de la acción negativa.

Da Costa, discípulo de Blanqui, opina, por lo tanto, que la destrucción violenta de las bases espirituales y materiales del orden burgués sería suficiente para garantizar un pacífico desarrollo hacia el ideal socialista. En un principio, escribe, se trata sólo de ser nihilistas; después será posible entregarse a la marcha de la evolución. El acto primordial, decisivo de la Revolución está dado, en consecuencia, por la conmoción violenta de las bases de la sociedad burguesa. Dicha conmoción sólo puede ser producida por una minoría que no vacile en apoderarse de todos los resortes del poder. Solamente después de esta toma del poder puede tener lugar, según la hipótesis blanquista, el desarrollo hacia la libertad. Y es aquí donde el ex ayudante de policía de la Comuna de París conecta a las comunas en su edificio mental.

Escribe que las mismas, en su condición de únicos conglomerados naturales que forman los seres humanos, constituyen con exclusividad el medio en el cual puede surgir el socialismo. Es en el seno de la comuna donde debemos encarar el trastocamiento de las relaciones de propiedad, la supresión de la religión y la reforma de la familia. El catastro y la parroquia tienen que desaparecer de la vida comunitaria local. La familia, libre de las ataduras de la Iglesia y de la propiedad privada, quedará constituida sobre nuevas bases. La "familia burguesa" se convertirá en la "familia comunal".³

La comuna de que habla aquí el blanquista es mucho más que un mero instrumento para la conquista del poder político. Sus objetivos ya no son republicanos, sino socialistas. Ya no es la comuna revolucionaria de 1793, sino que se asemeja, aunque aparezca revestida de un ropaje autoritario, a la comuna socialista que soñaron los federalistas de 1871.⁴

2. EL POSITIVISMO POLÍTICO

La ideología socialista de fines del siglo XIX se encuentra impregnada con la filosofía positivista de Auguste Comte. La

época que siguió a la desilusión de 1848 se caracteriza por una apatencia universal de hechos. La gente estaba harta de las construcciones mentales elaboradas por los utopistas puros, y daba la espalda a los anuncios de los profetas republicanos y socialistas. En el estudio de los datos reales se pensaba encontrar una base "científica" incommovible que cimentara las esperanzas en una renovación de las condiciones sociales. Una parte de los comunistas se declara partidaria de la filosofía del positivismo. Sin embargo, si sólo vemos en el positivismo una "filosofía de los hechos", deberíamos extrañarnos de que una doctrina de esa especie haya ejercido tan poderosa atracción sobre ciertos revolucionarios capaces de sacrificar su existencia en aras de causas perdidas. No tenemos que olvidar, sin embargo, que la filosofía de Comte parte de una raíz decididamente ética. La ciencia no constituía para el filósofo un fin por sí misma, sino tan sólo un medio. Nos hartamos de obrar, escribe; nos hartamos de pensar; pero jamás nos cansamos de amar. Por eso debemos amar para pensar, y pensar para actuar.¹

El fundador de la teoría positivista del conocimiento tenía una íntima vinculación con el pensamiento socialista. Al principio de su carrera filosófica fue Comte secretario de Claude Henri de Saint-Simon. Una vez fallecido el utopista, perteneció al círculo de sus discípulos, hasta que se separó de éstos después de la Revolución de Julio, emprendiendo entonces su propio camino. En sociología enseñaba Comte un saintsimonismo moderado. Lo mismo que su maestro, preconiza la aristocracia de los mejores. Exige que el rico traspase sus bienes al más capaz, y a éste, por su parte, le asigna el deber de utilizar el capital, que ha sido creado por la sociedad, en beneficio de esa misma sociedad. La sociedad tiene el derecho de oponerse a quienes dilapidan su fortuna. Comte modifica el derecho sucesorio, en el sentido de conceder a cada uno la facultad de transmitir sus bienes a quien parezca ofrecerle las mejores garantías morales.²

Al progreso social tiene que precederle, en consecuencia, según Comte, un progreso moral. El positivista parece identificar el progreso moral con el de los conocimientos cientí-

ficos. Por eso, a sus ojos la cuestión social es casi exclusivamente un problema pedagógico, y este último un problema científico. Tanto la moral individual cuanto la moral social ("sociología"), constituyen para él partes integrantes de la ciencia universal. Ellas deberán ser, junto con la biología, las matemáticas y la física, materias de educación general para todas las clases sociales. El ordenamiento social del positivismo se basa, por consiguiente, sobre la difusión general de la ciencia.

El aspecto pedagógico del edificio doctrinario de Comte, no ha impresionado menos a los socialistas revolucionarios que su aspecto epistemológico. En las reuniones públicas habidas en París durante la década de 1860 a 1870, como así también en los congresos de la Internacional, fueron acaloradamente discutidas las cuestiones pedagógicas. El positivismo encontró aquí su reflejo en la exigencia de una "instrucción integral", compartida por los socialistas de todas las tendencias. Un programa de estudios fielmente ceñido a la doctrina positivista, tendría que posibilitar a cada ser humano el conocimiento amplio de todas las ramas de la ciencia.³

La educación pública también fue, por ende, objeto de especial preocupación para la Comuna de 1871. En los programas y declaraciones de su "comisión de enseñanza", como asimismo en los de las comisiones administrativas de los distritos, no menos activas en este terreno que aquélla, se refleja la unánime voluntad de la revolución comunal en el sentido de implantar en su territorio una enseñanza pública, integral y laica. Los representantes comunales ponen especial empeño en lograr una síntesis entre la cultura espiritual y la instrucción profesional práctica, buscando un término medio entre el derecho del niño a la educación y la libertad de los padres de familia. El norte de esta educación no debía de ser un ateísmo dogmático, sino la autonomía de la conciencia.⁴

A diferencia de las cuestiones políticas, el tema de la pedagogía no suscitó divergencias fundamentales de opinión entre los comunistas. Por consiguiente, la reforma educativa se halla entre las escasas innovaciones sociales que, no

obstante la guerra y el asedio, fueron llevadas a la práctica, a tal punto que el antiguo maestro Gustave Lefrançais, que encontraba más cosas criticables que dignas de aplauso en lo que a la tarea de las comisiones de la Comuna se refiere, pudo exclamar: "Rindamos honor a la Comuna, que por ese solo hecho merecería por lo menos la estimación de todos aquellos para quienes los derechos de la razón no son una fórmula vacía".⁵

Lo que hemos dicho del aspecto filosófico y pedagógico de la doctrina positivista, no es posible extenderlo a sus aspectos políticos y económicos. El auténtico positivismo político no encontró, ni entre la burguesía ni por parte de la clase trabajadora, una adhesión digna de ser registrada. El grupo de positivistas políticos que se formó en 1857, después de la muerte del maestro, fue siempre una pequeña secta. Algunos positivistas políticos defendían sus puntos de vista en el seno de la Asociación Internacional de los Trabajadores, pero la inmensa mayoría dentro de esta organización no compartía las doctrinas sociológicas de Comte.⁶

En 1871, los positivistas políticos estuvieron fuera del auténtico movimiento revolucionario. Los vemos al margen de la Comuna, como solitarios que persiguen sus propios objetivos, y se hallan en oposición a todas las facciones o bien procuran averirlas. Gentes de la más variada condición espiritual invocan a Comte, como por ejemplo el nacionalista revolucionario Jean Larocque y los federalistas moderados Paul Lanjalley y Paul Corriez. Una enorme diferencia de temperamentos hace que dichos autores interpreten el positivismo de manera tan divergente, que el lector deba afanarse para encontrar entre ellos un rasgo que les sea común. Esos rasgos existen, sin embargo; sólo que uno los desarrolla dinámica, combativamente, mientras los otros lo hacen en tono pacífico, apaciguador. Los tres evidencian un apego a la "política realista", en lo que son fieles al "realismo" comteano. Los tres comparten la sobrevaloración saintsimoniana de la cultura. El concepto excesivamente elevado en que tienen al hombre que ha gozado de una educación científica, hace que nuestros positivistas tiendan a acordar a la aristocracia del espíritu ma-

yor número de derechos en la sociedad que al resto de las personas. Este autoritarismo de la ciencia está en contradicción con la tendencia libertaria del federalismo político y económico, que ellos al mismo tiempo preconizan.

El periodista Henri Fouquier describe al porfiado revolucionario Jean Larocque como "discípulo indisciplinado de la escuela positivista".⁷ Larocque demuestra en sus ideas, efectivamente, más temperamento que disciplina. Nuestro positivista es enemigo encarnizado tanto de los federalistas de la "Internacional", cuanto de los blanquistas y jacobinos. Sin embargo, reúne en sí mismo elementos provenientes de las tres tendencias. Tiene en común con los proudhonistas el federalismo, con los jacobinos y los blanquistas el autoritarismo y el nacionalismo. A todo ello se añade en él la idea positivista de la jerarquía espiritual. La teoría sociológica de Larocque es tan genial como paradójica. Defensor de la libertad individual, el revolucionario se alza contra todo tipo de socialismo de Estado. En la década del 60 propone, ante una asamblea de trabajadores, un "código individualista" en el cual postula la autonomía y la desestatización de todas las fuerzas e instituciones que contribuyen a formar la sociedad. Exige no sólo la separación entre la Iglesia y el Estado, sino también la separación de la familia, de la educación y de la moral de ese mismo Estado, como punto de partida para todo progreso y toda subsiguiente reforma social.⁸ Igualmente propugna el positivista una descentralización territorial, lo más amplia posible, de todas las autoridades políticas. Quería que los oficios se organizaran en corporaciones y crearan, mediante convenios recíprocos, el equilibrio social. Pero con la federación no procura establecer la igualdad social, sino que en el marco de aquélla, cada estamento ocupará la posición jerárquica que corresponda a su grado de cultura. En la cúspide habrá un tribunal arbitral ("*arbitrage supérieur*"), que resuelve en última instancia todos los litigios.⁹ En este último postulado se transparenta claramente la intención de conservar, con la ayuda de una instancia autoritaria, una gradación social tenida por justa de una vez para siempre. De tal manera que el sistema del positivista se asemeja más al Estado

corporativo, que habría de ser preconizado durante el siglo xx por los círculos de derecha, que al mutualismo igualitario y anárquico de P. J. Proudhon, aunque Larocque toma de éste numerosas ideas y formulaciones libertarias. Su despreocupada e intencional falta de claridad, sus paradojas, su predilección por los métodos violentos y autoritarios,¹⁰ y por último su nacionalismo agresivo, lo hacen aparecer con mayor razón como precursor de la ideología fascista. Resulta significativo que el positivista no dé término a su libro con un llamado a la liberación social, sino con la incitación a la guerra revanquista contra Alemania: "Es la hora para la guerra, para decirle al mandamás de Berlín: «Me has llamado. Yo soy la Revolución: ¿qué quieres de mí?»"¹¹

Mucho más inofensivo se nos aparece el positivismo político en la *Historia de la Revolución del 18 de Marzo* de Lanjalley y Corriez. Mientras que el temperamento luchador y polemista de Larocque le hace buscar con preferencia lo que divide, lo provocativo, creyendo encontrar la vía hacia una sociedad nueva en el fragor de la guerra nacional, aquéllos eligen, en cambio, todo lo que une, todo lo conciliador, creyendo haber encontrado definitivamente el camino del progreso, por la senda de la expansión pacífica del saber positivo. En esto se hallan Lanjalley y Corriez más cerca que el chauvinista, del espíritu humanitario que poseyó a Saint-Simoni y a Comte. Pero les falta la fantasía creadora, capaz de ver más allá de las condiciones presentes y de forjar nuevos mundos con la multiplicidad de datos que ofrece la vida. Los autores aceptan, como municipalistas moderados, las exigencias de París tendientes a obtener una vida cultural propia y la autarquía administrativa. Ni siquiera les falta comprensión para los más extremados planes de autonomía y federalización elaborados por Pierre Denis. Sin embargo, discrepan con los comunialistas propiamente dichos en su idea acerca de la revolución social.

A sus ojos, el bando socialista está enfermo, como ellos dicen, de idealismo "jacobino". Dicho idealismo mide a la sociedad de acuerdo con una tabla nacida de la fantasía, pretendiendo revolucionarla para que se adapte a dicho molde.

Nuestros positivistas están convencidos de que no es bueno construir ideales, sino que se deben estudiar los datos de la realidad y las leyes subyacentes en lo social. Una vez que se ha comprendido la estructura de la sociedad y cuáles son las reglas que la gobiernan, sólo entonces se estará en condiciones de mejorar, con un trabajo lento y paciente, las condiciones de vida de los hombres.¹² Todo intento de implantar un cambio repentino en las relaciones de propiedad, repugna a Lanjalley y Corriez. Es así como polemizan en contra de todos los ataques del proletariado dirigidos a la propiedad privada burguesa. Consideran incluso excesivo los escasos y tímidos intentos de reforma llevados a cabo por el Concejo Comunal de París. Aceptan, como único medio de renovación social, la elevación de la moral pública. En su opinión, la causa de todas las inmoralidades reside en la ignorancia. Las masas, dicen, son tontas, e ignoran que es imposible un mejoramiento repentino de sus condiciones de vida, y que su suerte sólo podrá ser aliviada mediante la experimentación y el análisis científico. Los otros, los pudientes, no ven en dichos experimentos y análisis más que tentativas en contra de un estado de cosas cuya dureza no sienten y que les es favorable. La disminución de la ignorancia, opinan los positivistas, demostrará a los unos que sólo alcanzarán su meta mediante la búsqueda paciente e ininterrumpida de las leyes de la sociología, y ayudará a comprender a los otros que es su deber colaborar en dicha tarea, para el bien de todo el pueblo. "Lo que hace falta que cada uno posea es, siguiendo la expresión de Molière, la comprensión del todo".¹³ Por eso es que la panacea se llama: educación integral. Extender la escuela primaria a todas las capas de la población lograría, siempre en la opinión de los positivistas, unir a los hombres de todas las clases con un lazo indestructible. No se enseñarían solamente los conocimientos elementales, sino la ciencia en la distribución y en el orden jerárquico que surge de la teoría del conocimiento y de la ética positivistas. Dado que, a sus ojos, lo verdadero es ya de por sí lo bueno, creen los autores que ese tipo de educación no sólo difundirá el saber general, sino que mejorará la moral social en forma insospechada. Y la moral, según Paul Corriez,

tendrá como secuela la justicia y el bienestar para cada uno.¹⁴

Pero el socialista pregunta al positivista: ¿de dónde sacará el obrero, en las presentes condiciones, el tiempo y la fuerza necesarios para aprender las seis ciencias "abstractas" de Comte? Corriez salva este escollo llamando en su auxilio, una vez más, a la ciencia positiva. Y consuela al trabajador diciéndole que el progreso de la técnica le deparará en breve el necesario tiempo libre. Su trabajo será cada vez más productivo, y con el andar del tiempo tendrá la oportunidad de desarrollar su inteligencia después de las horas de labor.¹⁵ Según la doctrina positivista, las ramas de la ciencia se iluminan la una a la otra, y la identificación del saber moral y natural conducirá a la sociedad hacia su meta.

Corriez califica a todas las luchas que persigan el establecimiento inmediato de un ordenamiento social más justo, como interferencias infructuosas en el camino de una necesaria evolución. Quien se rebela en contra de la injusticia, pone tan sólo de manifiesto, a su entender, que es demasiado ignorante para admitir que su situación constituye el reflejo necesario de una determinada etapa del saber humano.

De esa manera se comprime a la vida dentro de los moldes de una filosofía científica ante la cual el amor, que según Auguste Comte es el fundamento y el objeto de todo conocimiento, se queda rezagado.

3. EL MUTUALISMO

El presente capítulo nos devolverá al centro mismo de la Comuna.

Con el término de "mutualismo" designa P. J. Proudhon el sistema social de la reciprocidad por él concebido. Entre los socialistas franceses se llamaban mutualistas aquellos que, después de la muerte del maestro, conservaron o creyeron conservar una fidelidad incondicional al ideario filosófico, político y social de aquél. Estaríamos errados si quisiéramos ver

en el mutualismo programático de los proudhonistas ortodoxos la única o tan siquiera la más valiosa continuación del pensamiento de Proudhon. Muy a menudo, los discípulos directos asimilan más la letra que el espíritu de las obras del maestro, y permanecen detenidos, incapaces de continuar en el camino por él emprendido, allí donde aquél tuvo que interrumpirlo.

De igual modo que la filosofía de Auguste Comte, también el pensamiento socialista libertario de Proudhon ha impregnado todo el comunismo de 1871 y fecundado las más variadas corrientes socialistas de aquel tiempo.

Los proudhonistas ortodoxos, apegados a la letra, se encontraban en 1871, tanto en la sección francesa de la Asociación Internacional de Trabajadores, cuanto en el Concejo Comunal de París, en franca minoría.¹ Sin embargo, la influencia que ejercieron sobre la marcha de los acontecimientos resultó muy superior a su importancia numérica, por haber contado con hombres dotados de aptitudes prácticas, en las que sobresalían por encima de los revolucionarios de otros campos del socialismo.

¿En qué se diferencia el proudhonismo ortodoxo de otras escuelas federalistas socialistas? Resumiremos lo esencial en tres puntos:

El primer punto se refiere a su posición ante el feminismo. Siguiendo a Proudhon, los mutualistas opinan que la mujer es intelectualmente inferior al hombre. Lo mismo que su maestro, pretenden, en consecuencia, prohibir al sexo femenino todo papel activo fuera de las paredes hogareñas ya que Proudhon había dicho que a la mujer no le queda otra elección que la de ser "ama de casa" o "cortesana".² Esta pronunciada "masculinidad" del proudhonismo se refleja en una cierta carencia de sentimiento en su teoría social.

Con esto arribamos al segundo punto: la posición del mutualismo ante la idea asociacionista.

Proudhon había rechazado y combatido a la idea del asociacionismo, a la que encontrara entre los utopistas de su tiempo bajo la forma de una ilusoria y religiosa tendencia a la fraternidad, y en el socialista de Estado Louis Blanc bajo el aspecto de un principio organizativo autoritario. Sólo justifi-

caba la comunidad, casi como un mal necesario, allí donde la naturaleza impone un esfuerzo unificado y común de los hombres. En lugar de la "solidaridad" coloca Proudhon la "reciprocidad", a la que considera la fórmula científica capaz de solucionar el problema social.³

Los discípulos, a quienes muchas veces faltaba el genio del maestro, genio que en última instancia se nutría de los sentimientos, veían en el mutualismo, muy a menudo, tan sólo un árido intercambio de intereses materiales susceptibles de ser calculados mercantilmente. Con ellos corrían peligro de perder de vista al ideal, a la utopía.

En tercer término se distingue el mutualismo del restante socialismo federalista, en que rechazaba el cambio violento de las relaciones sociales del poder. También en esto se apoyaba en Proudhon, quien había considerado a la violencia como una siempre renovada amenaza para la libertad, y por lo tanto había prevenido en contra de los intentos revolucionarios basados en la fuerza. Sin embargo, aquello que en Proudhon resultaba el producto de una firme línea revolucionaria, fue interpretado y adoptado por algunos de sus discípulos como un retroceso conservadorista ante la idea de la revolución.

Es así como la burguesía francesa le debe en gran medida al proudhonismo ortodoxo la circunstancia de que el principal bastión de aquélla, el Banco de Francia, saliera indemne de la revolución comunista. Charles Beslay, el presidente decano del Concejo Comunal y delegado ante el Banco de Francia, que fue responsable de esta actitud conciliadora, tenía todos los rasgos de un epígono de P. J. Proudhon. Como hombre y como político procede Beslay del liberalismo burgués, y aun como socialista continuó siendo en gran parte un político y comerciante de mentalidad burguesa. Según su propio testimonio, Beslay heredó de su padre dos ideales en la vida: el de la libertad individual y el de la libertad económica. En consecuencia, la respetabilidad ganada en el ejercicio eficaz de una profesión y el provecho debido a la habilidad comercial, constituyen para él los más preciados bienes terrenales. Ambos ideales aparecen y se superponen asimismo en la filosofía del mundo y de la vida que sostiene el presidente decano de la Comuna.⁴ Charles

Beslay se hace socialista impresionado por la revolución de 1848 e influido por Proudhon. Pero el nuevo ideal de justicia social no consigue desalojar de su alma a los otros dos ideales. El socialismo de Beslay, como el de Proudhon, se encuentra impregnado con la idea de la libertad personal, y, contrariamente al de Proudhon, imbuido de la filosofía del empresario burgués.⁵

El principio de la reciprocidad es interpretado por él en forma harto comercial. Estamos tentados de afirmar que Beslay contempla al socialismo con ojos de tenedor de libros. En verdad, el que otrora fuera aprendiz de comerciante en Rennes todavía describe, en la época en que redactó sus memorias, a la "Ciencia del debe y del haber" como la más alta de las ciencias, y acusa a la universidad de incompreensión por no haber reconocido que la contaduría podría ejercer sobre la vida una influencia más benéfica que, por ejemplo, el análisis de problemas psicológicos.⁶

El socialismo de este proudhonista es libertario, pero la concepción de la libertad que sostiene Charles Beslay es antes liberal que socialista. Está contaminado con ese autoritarismo de que hace gala el pequeño burgués de mejor posición y que se cree más inteligente que la gran masa del pueblo. El papel que desempeñó Beslay durante la Revolución de Julio nos demuestra que éste, no obstante el odio que profesó a los jesuitas, no se fijó demasiado en la elección de sus métodos. Por el año 1830 se encontraba dirigiendo una empresa que construía el canal de comunicación entre Nantes y Brest. Sus obreros, por lo general antiguos penitenciarios, vagabundos capturados, etc., tenían que ser mantenidos bajo rigurosa vigilancia. Como espíritu progresista que era, procuró Beslay aliviar la suerte de sus subordinados y aumentar al mismo tiempo las ganancias de su compañía, mediante la concesión de derechos e incentivos salariales, el apoyo a iniciativas de auto-administración, etc., como premio para aquellos que demostraran un rendimiento extra en el trabajo. Al estallar la revolución, también se rebelaron estos trabajadores forzados de Glomel. Como Beslay gozaba de popularidad entre ellos, lo eligieron su jefe. Pero éste, amante del orden, utilizó la confianza que le había sido dispensada para llevar a los insurrectos

hacia un trampa y quitarles en el mayor secreto toda peligrosidad. Creyó con ello haber prestado un servicio tanto a la sociedad en general como a sus propios obreros.⁷

El autoritarismo burgués de la propiedad tampoco fue abandonado por Beslay cuando se hizo miembro de la Comuna de París. En efecto: bregó eficazmente, con todos los medios, para resguardar al Banco de Francia de la ocupación por los revolucionarios. Por supuesto, explica posteriormente esta actitud a sus antiguos correligionarios como el producto de una necesidad práctica. Se defiende diciendo que, después de una ocupación del Banco de Francia, hubiera desaparecido la confianza en el valor de compra del dinero de que París disponía. La Comuna, opina, ya no hubiera estado en condiciones de pagar su sueldo a los guardias nacionales, ni de lograr el abastecimiento de comestibles para la ciudad, y hubiera sucumbido sin remedio.⁸ Sin embargo, la política bancaria de Beslay no estuvo dictada tan sólo por razones de índole oportunista: lo decisivo en ella residió en su íntima y fundamental convicción. Es así como, en una polémica contra Lissagaray, califica de robo a toda expropiación por la fuerza. La propiedad burguesa es para él sagrada. Le es tan importante proteger a las relaciones de propiedad vigentes contra ataques violentos, como procurar la paulatina transformación del orden social hacia la justicia comunitaria.⁹

La realización del nuevo orden social se le representa, en consecuencia, a este proudhonista anclado en lo existente, como un lento proceso de transformación. Piensa que la burguesía y el proletariado tendrían que colaborar entre ellos para dar cima a esta obra de justicia. Lo mismo que Beslay preconiza, como federalista, no la autonomía absoluta, sino un lento incremento de la libertad sobre la base de un pacto concertado con el centralismo, de igual modo pugna en su carácter de socialista, como objetivo más inmediato, por la concertación de un convenio entre el capital y el trabajo, concebido de tal manera que ofrezca a este último la posibilidad de lograr su paulatina emancipación. El mutualista es un convencido de que todo intento de revolución violenta y apresurada conducirá hacia el comunismo absoluto. Y rechaza a este último, lo mismo

que Proudhon, como una forma social de tipo "religioso" y, por lo tanto, incompatible con las exigencias de la libertad personal.¹⁰

4. EL COLECTIVISMO FEDERALISTA

La mayor parte de los comunistas que escriben sobre la revolución del 18 de marzo de 1871, aceptan los principios del colectivismo federalista.

Con ello se hacen partidarios de una doctrina socialista, surgida hacia 1860 de la combinación de elementos provenientes de distintos campos filosóficos. El colectivismo federalista conquista la Asociación Internacional de Trabajadores, y después de la dispersión de ésta en el Congreso de La Haya de 1874, encontró posibilidades de propagación entre diversas agrupaciones del socialismo anárquico. Relegado muy a segundo término por el marxismo, vuelve sin embargo a experimentar una etapa de florecimiento, a fines del siglo pasado, con el sindicalismo revolucionario francés; habiéndose mantenido hasta el día de hoy en agrupaciones aisladas, pero primordialmente en el anarcosindicalismo español.

En la evolución del colectivismo federalista, desde la etapa en que era un visionario ideal de futuro hasta que llegó a ser un movimiento revolucionario consciente de sí mismo, la Comuna de París tiene una influencia preponderante.

El marco que nos hemos asignado en esta obra nos permite, en primer término, echar una mirada sobre la historia de los orígenes del colectivismo libertario, cosa que haremos llevados de la mano por la biografía de uno de los más característicos representantes del comunismo federalista. Acto seguido y guiados por la literatura comunista, juzgaremos acerca de la formación y concreción de aquella teoría, tal como se llevó a efecto bajo la influencia de los acontecimientos de 1871.

Al observador de la literatura socialista de alrededor de 1860, el colectivismo federalista se le aparece como una síntesis

sis de dos corrientes socialistas, sentimental y racionalmente contrapuestas hasta cierto punto.

Caracterizamos a una de estas dos corrientes como visionaria, imaginativa y religiosa. Se trata del socialismo utópico, que se mueve en el universo de ideas de Saint-Simon y que ha encontrado, a buen seguro, en "la humanidad" de Pierre Leroux, su más acusada y pura expresión.¹ Su punto de partida reside en la idea de la Humanidad. Considera al amor como la base indispensable de su futuro orden social, amor que llevará a todos los hombres a identificarse como hermanos. He aquí la idea de asociación; a ella va adherida la exigencia de la emancipación de la mujer y de una completa revisión de las relaciones entre ambos sexos. Este socialismo es de tono sentimental; su base es mística. En él, la libertad individual se ve ensombrecida por la idea de la comunidad, y por esa razón la corriente asociacionista-religiosa cristaliza fácilmente en formas rígidas, autoritarias, dentro de las cuales el espíritu socialista se ve amenazado de muerte.

La otra corriente, no obstante su contenido constructivo en materia social, es pronunciadamente individualista y anti-religiosa. Nos referimos a la doctrina social federalista de Pierre-Joseph Proudhon. Su punto de partida y de llegada es la exigencia de autonomía personal, la que habrá de ser posible gracias a la justicia social. Para Proudhon, el amor es sinónimo de autoridad; por eso es partidario del principio de autoridad allí donde reconoce el reinado del amor: en la familia. Proudhon es enemigo de la emancipación de la mujer y aprueba el poder absoluto de mando del padre de familia. Fuera de ésta, en cambio, debe reinar la libertad y no haber lugar para el amor ni para la autoridad. Aquí no existe peligro alguno para el individuo, de sucumbir como víctima de la comunidad; pero la idea socialista queda amenazada de verse reducida a un árido y mercantilista juego de intereses.

El colectivismo federalista surgió de la combinación entre el socialismo religioso, asociacionista, y el socialismo racionalista, autonomista. Ve en el amor y en la libertad la misma cosa, y trata de realizarlos a los dos por medio de la recíproca relación entre ambos.

La confluencia de estas dos corrientes puede ser muy bien observada en la formación de la conciencia socialista de Gustave Lefrançais. Sus *Recuerdos de un revolucionario* no son otra cosa, en el fondo, que una descripción viviente de esta síntesis, aunque el propio autor no parece haberse percatado de ello.

El 24 de febrero de 1848 arrastró al ex maestro de escuela y posterior zapatero, barrendero y limpiaalcancarrillas, hacia la política revolucionaria. Se ve atraído por el entusiasmo unánime e idealista de las primeras jornadas. Al mismo tiempo, se siente repelido por la crudeza llena de limitaciones de la conciencia revolucionaria autoritaria. La consigna de "¡Muerte a los ladrones!", aprobada también por Louis Blanc, y a consecuencia de la cual se lincha en plena calle a pequeños rateros, empuja a Lefrançais hacia la oposición en contra de los republicanos oficialistas y de los socialistas centralistas. Pronto, el joven revolucionario encuentra trabajo en uno de los nuevos "talleres nacionales". Pero le repele la organización militar de estas empresas, capitaneadas por jóvenes estudiantes. Un viejo obrero republicano le explica a Lefrançais que la nueva constitución estatal ha sido creada para privar nuevamente al pueblo de su derecho natural a la autodeterminación. Esta primera enseñanza anarquista la encuentra confirmada el futuro comunista en las masacres de junio. Salvándose a duras penas de la muerte y de la deportación, adhiere Lefrançais a la "asociación de los docentes". Se trata de un organismo destinado a mejorar los métodos de la educación y de la enseñanza, pero que en secreto persigue objetivos revolucionarios y socialistas. A ella pertenece Pierre Leroux, el "Socialista de la Humanidad", como así también un pariente muy cercano a aquél, el médico Guépin, de Nantes, autor de la obra místico-federalista titulada *Filosofía del socialismo*. A este círculo pertenece, asimismo, Paulina Rolland, una socialista de temperamento religioso a quien por sobre todo le interesan la emancipación de la mujer y la reforma educativa.² Esta mujer se gana la amistad y la veneración de Lefrançais. El programa de la "asociación de los docentes" se ciñe, en gran medida, al libro de Pierre Leroux titulado *De la humanidad*. Sus postulados:

la creencia en Dios y en la unidad del género humano. Sus aspiraciones: la igualdad entre los sexos y entre todos los miembros de la familia humana; el derecho a la vida para todos y el deber de trabajar extendido universalmente, de acuerdo a las aptitudes y capacidad de cada uno; desarrollo armonioso de todas las facultades individuales; educación integral. Lefrançais ensalza al "verdadero humanismo" que encuentra su expresión en estos principios, pero rechaza decididamente la fe en Dios. Refiriéndose a Pierre Leroux, expresa el revolucionario que este hombre de genio, con quien siempre disputó acerca de la cuestión religiosa, no se decidió un buen día, como Louis Blanc, a hacerse socialista, sino que lo fue por propia naturaleza. Es que Lefrançais, de quien Da Costa dice con justicia que era "materialista por razonamiento" y "espiritualista por temperamento", estuvo más próximo de lo que quiere admitirlo, del espíritu religioso que anima al "socialismo humanitarista".³

De la otra parte, lo impresiona la claridad del pensamiento de P. J. Proudhon, a quien conoce en la cárcel. En comparación con los rostros de los socialistas sentimentales que integran la "asociación de docentes", la fisonomía de Proudhon se le aparece poderosa, ruda y casi brutal. Quizá se necesite algún tiempo —escribe Lefrançais— para llegar a sentir hacia él una simpatía personal. Sin embargo, el antiestatismo de Proudhon no deja de tener influencia sobre el futuro comunista. Después de su regreso de Inglaterra, Lefrançais colabora con Proudhon en asuntos de índole política. Líganlo lazos de amistad con Georges Duchêne, el discípulo de Proudhon y futuro redactor de *La Commune* (1871). Propagan juntos, durante el Imperio, la estricta abstención en las elecciones y en los plebiscitos. Los inducen a ello no sólo motivos de oportunismo político, sino principios antiparlamentarios y antiestatistas.

El juicio de Lefrançais sobre Proudhon, que fallece el 22 de enero de 1865, consiste en señalar que si bien éste combatió al comunismo en forma a veces odiosa, los socialistas de todas las escuelas hacen mal en no perdonárselo. Sus méritos han sido incalculables, y residen en el hecho de haber purificado a la revolución social de todos sus dogmas, haber destrozado

todos los esquemas rígidos y escolásticos, y, sobre todo, haber abierto una brecha en medio del autoritarismo revolucionario.

A partir de junio de 1868, Gustave Lefrançais preconiza, en debates públicos, un comunismo libertario cuyos puntos fundamentales son: completa igualdad de derechos para la mujer, comunidad conyugal libre (o "unión libre"), propiedad colectiva de los medios de producción, principio distributivo comunista ("a cada uno según sus necesidades; de cada uno según su capacidad"). Con la misma intransigencia y la reciedumbre que le es propia, lucha contra los proudhonistas ortodoxos, partidarios del "justo intercambio", y contra los comunistas autoritarios, portavoces de la dictadura igualitaria de Babeuf y Buonarrotti o de la utopía socialista-estatal de Cabet. Hacia ambos lados, el de la libertad y el de la comunidad, llega Lefrançais hasta el punto más extremo. No puede imaginarse la existencia de la una sin la de la otra.

Según lo anota el comunista libertario, lo que más se aproximó a su ideal fue la utopía de Charles Fourier. Sin embargo, de la otra parte, el antipoliticismo de Proudhon le resulta más orientador que la indiferencia política de Fourier. Durante el primer asedio de París, Lefrançais, a la sazón la más poderosa personalidad dentro del Comité Central de los 20 distritos parisenses, incita al derrocamiento violento del gobierno provisional republicano y a la erección de la Comuna autónoma. Señala como causa principal del fracaso del intento revolucionario producido el 30 de octubre de 1870, en el cual él mismo tuvo relevante actuación, a las vacilaciones de los blanquistas y al coqueteo de éstos con la política nacionalista del gobierno y con la dictadura revolucionaria. Sin embargo, aún le falta una idea clara acerca de la forma concreta que asumirá la sociedad socialista libertaria con que sueña. Le ayudarán a completar esa idea las experiencias positivas y negativas que recoge en la revolución del 18 de marzo. Después de las sangrientas jornadas de mayo de 1871, Lefrançais ya no se titula "comunista" sino "comunista".

La misma trayectoria de Gustave Lefrançais ha sido recorrida, dentro y fuera de Francia, por numerosos socialistas. En forma separada el uno del otro, M. Bakunin y E. Reclus, pro-

venientes ambos de un medio en que reinaba una sensibilidad religiosa de tipo místico, arribaron bajo la influencia del federalismo proudhoniano a las ideas del colectivismo libertario.⁴

En la época de la revolución de 1871, la sección parisiense de la Internacional estaba integrada por una mayoría de tendencia colectivista. Las palabras "asociación" y "federación" aparecen juntas, como lema, en la portada del periódico de la Cámara Sindical parisiense y de las corporaciones de trabajo.⁵ Dichos términos, que en el léxico de Louis Blanc y de P. J. Proudhon poseían un significado totalmente opuesto el uno al otro, constituían para los gremialistas colectivistas de la época de la Comuna una pareja de conceptos inseparables. La entrega de las empresas abandonadas por sus dueños en manos de las corporaciones del trabajo, dispuesta por el Concejo de la Comuna, tiene que ser considerada como el fruto de la conciencia colectivista.

Entre los que escriben acerca del levantamiento comunal se encuentran también en el terreno del colectivismo, además de Gustave Lefrançais, Benoît Malon y Arthur Arnould.

Benoît Malon, que de los tres es el único en pertenecer a la Internacional, define su concepción del mundo socialista-libertario como "positivismo", "federalismo" y "colectivismo". En lo filosófico, escribe, los comunales reconocen la ciencia experimental; en lo político, anhelan la comuna federalista; en lo económico, quieren la propiedad colectiva de los medios de producción.⁶ Las tres caras de este socialismo, la proudhonista libertaria, la científicamente positivista, y la del solidarismo utópico, no pueden ser descritas por él en términos más claros. La base religiosa en que se apoyaba el utopismo de la primera mitad del siglo XIX, ha sido abandonada por la gran mayoría de los socialistas del tiempo de la Comuna. Inclusive los colectivistas, que más próximos se hallan de la utopía, apelan con muy escasas excepciones a los conocimientos de la ciencia. El alejamiento de las representaciones religiosas y románticas queda bien de manifiesto en los comentarios de nuestros autores sobre su maestro Pierre Leroux, muerto en París durante las luchas de la Comuna. En concordancia con el comunicado oficial del Concejo de la Comuna, elogian al autor de la "Pluto-

cracia" y de la "Humanidad" como el inventor de las palabras "socialismo" y "solidaridad", y como un valiente defensor de las víctimas de junio de 1848; se separan, en cambio, de las concepciones místicas sustentadas por el filósofo humanitarista.⁷ Sin embargo, el colectivismo federalista no puede renegar de su ascendencia religiosa, por cuanto basa sus postulados sobre conceptos pertenecientes antes al reino de la fe que al de las ciencias exactas, y que una y otra vez vuelven a remitir al lector hacia el mundo de ideas y sentimientos que rige en las comunidades religiosas.⁸

El colectivista libertario afirma que la emancipación del pueblo de todo tipo de opresión, sólo puede ser el fruto de una unión fraternal, directa y voluntaria, que forme la comunidad social. Como consecuencia de ello, rechaza toda autoridad política e incluso revolucionaria, y preconiza la inmediata organización económica basada en la propiedad colectiva. Estos objetivos son resumidos por Lefrançais en la siguiente frase: "A los trabajadores, pues, les incumbe la noble pero difícil tarea de llevar a buen término la revolución social, de concentrar los esfuerzos de sus inteligencias hacia este objetivo: sustituir con el Derecho a la Autoridad. En política, por medio de la soberanía directa, que sólo puede ser garantizada por la federación de las comunas; en economía social, por medio de la desaparición del proletariado y la propiedad colectiva de los instrumentos de producción, estableciendo de tal manera en el presente y en el porvenir, la verdadera libertad de trabajo sin la cual son imposibles el orden y la paz dentro de la sociedad".⁹

Siendo que las aspiraciones de los colectivistas se fundan más en las ideas que viven en su intimidad que en las circunstancias del mundo exterior, la mayoría de ellos no se contentan con el autonomismo relativo que surge del "principio federativo". Casi todos ellos exigen que la autonomía de la comuna sea absoluta, y quieren eliminar todo tipo de función política, por inútil y perjudicial. Por sobre todas las cosas, son enemigos de cualquier intervención proveniente de instancias políticas, aunque éstas sean federalistas y revolucionarias, en el campo de la vida social y económica. Así, por ejemplo, la

prohibición del trabajo nocturno en las panaderías, establecida por la Comuna, es comentada por Lefrançais de la siguiente manera: la conquista de condiciones laborales higiénicas y dignas del ser humano, dice, es un asunto que incumbe a los propios obreros panaderos; los medios adecuados para la consecución de dicho fin son la organización y la huelga. Si los obreros panaderos, opina el comunalista, hubieran conquistado su reforma por vías directas, la misma habría subsistido incluso más allá de la derrota de la Comuna.¹⁰

La única influencia sobre la vida comunitaria que el colectivista federalista consiente al organismo comunal, estriba en privar al capitalismo del respaldo del aparato estatal centralizado, creando de este modo un equilibrio social dentro del cual, necesariamente, el obrero tiene que resultar vencedor. Opina Arthur Arnould que la emancipación de la clase obrera sólo será posible en el marco de la autonomía del grupo, por cuanto solamente ella podrá proteger al progreso social de los ataques de la centralización, la que siempre se apoya sobre la masa retardataria. Como lo sostiene este mismo autor, el socialismo necesita también del federalismo, por la sola razón de que solamente éste puede garantizar la libertad de la persona, es decir la única posibilidad concreta de un nuevo orden socialista.¹¹

Pero así como el socialismo, en la conciencia del comunalista, presupone al federalismo, recíprocamente el federalismo necesita del socialismo, y de un socialismo colectivista, o sea de la propiedad común de los medios productivos. Tan sólo la solidaridad emergente de una comunidad socialista, afirma Arthur Arnould, colocará al hombre en condiciones de gozar realmente de la libertad que existirá en un orden federalista. Las confederaciones capitalistas, como los Estados Unidos y Suiza, demuestran bien a las claras que el federalismo político, cuando mantiene las jerarquías de la propiedad, no hace otra cosa que dividir a la sociedad y permitir que el Estado centralista vuelva a entronizarse en cada municipio.¹²

¿De qué manera se imaginan los colectivistas federalistas las formas de organización que habrán de conducir hacia la emancipación social? De lo ya dicho se desprende que todos

ellos descartan por anticipado cualquier tipo de agrupación encaminada a la conquista del poder político, como ser partidos, grupos subversivos, etc. El más consecuente de los comunalistas es Gustave Lefrançais. No quiere saber nada de cooperativas ni de sindicatos. La única forma justa y posible de organización socialista, el único marco natural de la vida socioeconómica comunitaria, le parece ser la comuna idealmente concebida, no política, sino de base social, es decir, un agrupamiento local estructurado federativamente de abajo hacia arriba y totalmente privado de instrumentos de poder centralista.¹³

Arthur Arnould, en cambio, como la mayoría de los colectivistas que pertenecieron a la Asociación Internacional de Trabajadores, es partidario de un sindicalismo libertario. Su proyecto, dirigido a los obreros, preconiza la organización de sindicatos federalistas que habrán de tomar posesión de las empresas en forma colectiva. Así como la comuna será el organismo político del futuro, la federación sindical será su organismo económico. El Estado y el capital, exponentes de esclavitud y desigualdad, tendrán que ser absorbidos en el curso de la revolución social, opina, por los órganos de la libertad y de la igualdad: la comuna y el grupo de producción.¹⁴

En esta dicotomía, que Gustave Lefrançais no comparte, se oculta sin lugar a dudas un resabio autoritario.¹⁵ Sin embargo, el sindicalismo de los colectivistas federalistas no es dogmático. Ha sido ideado tan sólo como un proyecto, y no excluye a otros ensayos de solución ni a otras formas organizativas. Tampoco ven en el colectivismo una ley suprema intangible, sino más bien un ideal orientador, un camino hacia la consolidación definitiva de la libertad individual, que sin embargo sólo podrá alcanzar esa libertad si apunta directamente hacia ella y si no se deja apartar de su objetivo por la influencia de métodos violentos y autoritarios. La gran mayoría de los socialistas, escribe Arnould, no quiere una dictadura que los obligue a transitar un camino unitario perfectamente definido; saben que no podría existir tiranía más insoportable que aquella que implantara el comunismo, el colectivismo u otra forma de solucionar la cuestión social. Esto ya surge del hecho, expresa, de que el hombre no exista para la sociedad, sino ésta para el hombre.¹⁶

Historia de La Comuna de 1871

H.P.O. Lissagaray

lía de cometer su crimen, decía: «Se necesita tener profundas convicciones políticas para condenar en estos asuntos.» Con tales colaboradores, Espivent pudo satisfacer todos sus odios. Pidió al tribunal de Versalles que le cediese al miembro de la Comuna Amouroux, que había sido delegado momentáneamente en Marsella. «Le persigo, escribió Espivent, por reclutamiento, crimen castigado con la pena de muerte, y estoy persuadido de que se le aplicará esa pena.»

El consejo de guerra de Lyon no estuvo muy por debajo. Persiguió a cuarenta y cuatro personas por los sucesos del 22 de marzo, y condenó a treinta y dos de ellas a penas que oscilaban la deportación y la cárcel. La insurrección del 30 de abril dió setenta acusados, detenidos al azar en Lyon, ni más ni menos que en Versalles. El alcalde de la Guillotière, Crestin, llamado a declarar como testigo, no reconoció a ninguno de los que había visto ese día en la alcaldía.—Presidentes de los consejos: los coroneles Marion y Rebillot.

En Limoges, Dubois y Roubeyrol, demócratas estimados por toda la ciudad, fueron condenados a muerte por contumacia y como principales autores de la jornada del 4 de abril; dos, condenados a veinte años, por haberse vanagloriado de conocer a los que habían disparado contra el coronel Billet. A otro lo condenaron a diez años de cárcel por haber distribuido municiones.

Las sentencias del jurado variaban. El de los Bajos Pirineos absolvió el 8 de agosto a Duportal y a las cuatro o cinco personas acusadas del movimiento de Tolosa. Absolución en Rodez, ante cuyos tribunales comparecieron Digeon y los acusados de Narbona, tras una detención de ocho meses. Un público simpaticante llenaba la sala y las inmediateces del tribunal, y aclamó a la salida a los acusados.

El jurado de Riom condenó por los sucesos de Saint-Etienne a veintidós acusados; uno de ellos, un miembro de la Comuna, Amouroux, que se había limitado a enviar desde Lyon dos delegados a presidio.

El jurado de Orleans fué severo con los acusados de Montargis, a los que condenó a la cárcel, y atroz con los de Corne y Neuvy-sur-Loire, donde no se había hecho ninguna resistencia. Eran veintitrés, entre ellos tres mujeres. Todo su crimen consistía en haber paseado una bandera roja y haber gritado: «¡Viva París! ¡Abajo

Versalles!» Maladier, antiguo representante del pueblo, que había llegado la víspera de la manifestación, en la que no tomó parte alguna, fué condenado a quince años. Ningún acusado fué absuelto. Los propietarios del Loiret vengaban los terrores de sus hermanos del Nièvre.

Las agitaciones de Coulommiers, Nimes, Dordives y Voiron dieron lugar a algunas condenas.

Balance judicial.

En el mes de junio del 72 había terminado la parte más importante de la obra de represión. De los 36.309 prisioneros, hombres, mujeres y niños, sin contar los 5.000 militares que los versalleses habían confesado, habían muerto a sus manos, según ellos, 1.179; 22.326 fueron libertados en el 72, después de largos meses de invierno en los pontones, en los fuertes y cárceles; 10.488, denunciados ante los consejos de guerra, que condenaron a 8.525. Las persecuciones no cesaron. Al advenimiento de Mac-Mahon, el 24 de mayo del 73, hubo un recrudescimiento de ellas. El 1.º de enero del 75, el resumen general de la justicia versallesa anunciaba 10.137 condenas contradictorias y 3.313 en rebeldía. Las penas dictadas se repartían así:

Pena de muerte.	270	—de ellas,	8	mujeres.
Trabajos forzados.	410	>	>	29 >
Deportación a un recinto fortificado.	3.989	>	>	20 >
Simple deportación.	3.507	>	>	16 >
Detención.	1.269	>	>	8 >
Reclusión.	64	>	>	10 >
Trabajos públicos.	29			
Encarcelamiento por menos de tres meses.	432			
Encarcelamiento de tres meses a un año.	1.622	>	>	50 >
Encarcelamiento de más de un año.	1.344	>	>	15 >
Presidio.	322			
Sometidos a la vigilancia de la policía.	117	>	>	1 >
Multas.	9			
Niños menores de dieciséis años enviados a una casa correccional.	56			
TOTAL.	13.450	>	>	157 >
				6 >

(3)

H. P. O. Lissagaray
 Historia de la Comuna de 1871
 Artiacl editorial, Madrid, 1970

La significación de la comuna

Henri Lefebvre.

La significación de la comuna

Henri Lefebvre

La insurrección del 18 de marzo y los grandes días de la Comuna que siguieron, suponen la apertura ilimitada hacia el porvenir y lo posible, sin prestar atención a los obstáculos y a las imposibilidades que pueden atajar el camino. Una espontaneidad fundamental separa los sedimentos depositados por los siglos: el Estado, la burocracia, las instituciones, la cultura muerta. Una efervescencia volcánica alza las escorias acumuladas. En ese movimiento suscitado por los elementos negativos -por lo tanto creadores, de la sociedad existente: el proletariado- la práctica social se quiere y se hace libre, liberada de las cargas que pesan sobre ella. Se metamorfosea de un salto en comunidad, en comunión, en el seno de la cual el trabajo, la alegría, el ocio, la satisfacción de las necesidades -y ante todo de las necesidades sociales y de las necesidades de sociabilidad- no se separarán más. La cotidianeidad se transforma en fiesta perpetua.

¿La Comuna? Fue una fiesta, la más grande del siglo y de los tiempos modernos. El análisis más frío descubre allí la impresión y la voluntad de los insurgentes de volverse los dueños de su vida y de su historia, no solamente en lo que concierne a las decisiones políticas sino al nivel de la cotidianeidad. Es en ese sentido como comprendemos a Marx: *“La más grande medida social de La Comuna era su propia existencia en acto... París todo verdad, Versalles, todo mentira.”*

Ese acto revolucionario total, que se realizó históricamente, bastó para mostrar que la tesis marxista de un fin de la prehistoria humana, de una supresión de las alienaciones humanas, de la inauguración de una historia conscientemente vivida y dominada por los hombres, no tiene que ver como se ha dicho a menudo con la escatología, con la visión apocalíptica, con la vana construcción utópica. Esa utopía, ese pretendido mito, durante algunos días, entró en los hechos y en la vida. En ese sentido, la Comuna se confunde con la idea misma de la revolución, entendida no como una idealidad abstracta sino como la idea concreta de la libertad. Esa idea contiene el sentido de la historia, o más bien de la prehistoria del hombre, en tanto que ella desemboca en su verdadera historia y en la historia de su verdad.

La experiencia de la Comuna va pues mucho más lejos que un conjunto de imágenes revolucionarias de enseñanzas políticas. Gustosamente la llamaremos transhistórica, o aún filosófica y *“ontológica”* (en un sentido renovado de esos términos). La Comuna anticipó, en acto, lo posible y lo imposible. De suerte que incluso sus proyectos y decisiones

inaplicables, que quedaron en estado de intenciones políticas, como el proyecto federativo, guardan un sentido profundo.

En nombre de la Comuna y de las iniciativas del pueblo parisiense, comprendidas las del comité central, la doctrina marxista sobre el Estado y la política tomó forma. En la confusión efervescente, Marx ha percibido y elegido lo que podía proyectarse hacia el porvenir. Los gérmenes de una crítica radical del Estado y de la política, contenidos en la obra de Marx desde la Crítica del Estado hegeliano han tomado cuerpo. La misión histórica del proletariado no es solamente proseguir el desarrollo de las fuerzas productivas, es también poner fin al Estado y a la política. El Estado de nuevo tipo creado por la clase obrera en el poder no puede ser y no debe ser sino un Estado en desaparición, consagrado a desaparecer, en la vía del debilitamiento y de la superación, liberado de las cargas del ejército permanente, de la burocracia, de la policía, de la magistratura establecida; para abreviar, de todos los “*aparatos*” estatales y gubernamentales instalados en el curso de la historia en las sociedades de clases. Y por consiguiente más democrático que ninguna otra forma de gobierno.

La Comuna fue la conquista del poder político por la clase obrera (Marx) pero ella ha cambiado radicalmente la forma y el sentido del poder político, poniendo lo social y la sociedad por encima de lo político, rebajando esto último y llevándolo a su fin.

“Gracias al combate librado por París, la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y su Estado ha entrado en una fase nueva. Cualquiera sea la salida, hemos obtenido un nuevo punto de partida de una importancia universal”, escribe Marx a Kugelmann el 17 de abril de 1871. No omitamos subrayar el término “*universal*” o “*histórico mundial*” empleado por Marx, término que muestra que encaraba ya desarrollos teóricos y no un simple inventario de las iniciativas creadoras del pueblo parisiense y de la clase obrera al nivel del empirismo político.

La fórmula de Marx y de Engels: “*Observen la Comuna de París. Era la dictadura del proletariado*”, esa fórmula debe tomarse como punto de partida para mostrar lo que es la dictadura del proletariado, pero también lo que no es. En particular, esa experiencia de la Comuna y esas fórmulas de Marx y de Engels aportan piezas esenciales al proceso del estalinismo, en tanto que desviación de la dictadura del proletariado cuya teoría fue construida por Marx, Engels y Lenin a partir precisamente de la Comuna. Los historiadores estalinistas llegan a deformar la historia de la Comuna porque continúan pasando por debajo de la mesa la verdadera teoría de la dictadura del proletariado, idéntica a la de la desaparición del Estado.

De los soviets, Lenin escribió que su poder tuvo las mismas características que el de la Comuna. La fuente de poder se sitúa “*en la iniciativa venida de abajo, directa y local, de las masas populares...*” La policía y el ejército, en tanto que instituciones separadas del pueblo y opuestas a él “*son reemplazadas por el armamento directo del pueblo entero... Es el pueblo en armas quien vela por el orden público*”. Finalmente, la burocracia es reemplazada por el poder directo del pueblo, o al menos colocada bajo su control. Los funcionarios “*no son solamente elegidos sino también revocables*” y devueltos al status de simples apoderados.

Muchos historiadores, principalmente entre los marxistas, han sabido criticar las incoherencias de la Comuna y la falta manifiesta de un “*aparato*” político (partido, personal gubernamental). Tenemos hoy oportunidad de pensar que el problema de los aparatos es mucho más complejo de lo que pretenden los estalinistas, probados o vergonzantes.

Ya es tiempo pues de no considerar a la Comuna como el ejemplo típico de un primitivismo revolucionario del cual se superan los errores, sino como una inmensa experiencia negativa y positiva de la cual no se ha encontrado ni realizado todavía toda la verdad.

En la insurrección del 18 de marzo y de la Comuna hasta su fin dramático, los héroes y los genios fueron colectivos. La Comuna no tuvo grandes jefes. Los guías oficiales del movimiento de 1871 -tanto los teóricos como los hombres de acción, tanto los miembros del Comité central como los del consejo comunal- carecen de amplitud, de genio y aún de competencia. Así se explica hasta cierto punto el enredo paradójico de éxitos y de fracasos del movimiento. Sin embargo, debemos tomar en cuenta que los actos más espontáneos y los más “*irresponsables*” deben también y sobre todo reivindicarse para la continuación del movimiento revolucionario de nuestro tiempo. Por ejemplo, el haberse hecho cargo de los grandes organismos públicos hombres de buen sentido y de experiencia cotidiana. Por ejemplo, la intervención incesante de la “*base*” en los asuntos generalmente tratados “*en la cima*”.

La importancia del armamento del pueblo se manifestó desde el comienzo del movimiento hasta su término. En el conjunto, el pueblo parisiense y sus apoderados no han abdicado en favor de destacamentos especializados -voluntarios, tropas de élite o de choque, formaciones de marcha y de ataque el derecho de imponer la voluntad común. Es cierto que esa actitud colectiva y espontánea engendró dificultades, contradicciones y conflictos. El valor ejemplar del armamento general del pueblo tiene su reverso: la falta de coordinación en las ofensivas militares, el hecho de que la lucha contra Versalles no llevó nunca la fuerza popular al grado de la eficacia militar. Sin embargo, no

olvidemos que la revolución española fue vencida, a pesar de la sólida organización de un ejército republicano. Por otra parte, la Comuna de París fue vencida menos por la fuerza de las armas que por la fuerza de la costumbre, fuerza sin embargo sacudida por la espontaneidad fundamental, pero reconstituida por ciertos dirigentes en nombre de su ideología (los proudhonianos, de los cuales es el lado nefasto). Que el Banco de Francia siguiera siendo un enclave versallesco en París así como la Bolsa, los bancos en general, la Caja de depósitos y consignaciones, es un asombro para el historiador y un escándalo. Otras costumbres ideológicas fueron ruinosas y contienen ciertas razones del fracaso: las resurgencias del jacobinismo, los recuerdos del 89 (tan bien denunciados por Marx), la estrategia defensiva y por consiguiente derrotista de las barricadas por barrios en recuerdo de 1848, etc. Es necesario evidentemente reprochar a los hombres de la Comuna no haber osado responder al terror totalitario del poder establecido con la totalidad del empleo de sus medios y de sus armas.

La Comuna y su derrota muestran cómo los defensores del viejo mundo se benefician con la complicidad de los revolucionarios, de aquellos que piensan o pretenden pensar la revolución. Ellos revisten las auténticas creaciones revolucionarias con vestimentas antiguas que las ahogan. El viejo mundo guarda así puntos de apoyo: ideología, lenguaje, costumbres, gustos, ritos sospechosos, imágenes consagradas, viejos símbolos -hasta entre sus enemigos-. Se sirve de ello para recuperar el terreno perdido. Sólo se le escapa para siempre la espontaneidad fundamental, la capacidad creadora, el pensamiento, acción inherente al proletariado y al pueblo revolucionario. La *“quinta columna”* yace demasiado a menudo en el corazón, el alma y el espíritu de los revolucionarios mismos. Incontestablemente, en la única ideología que ha animado a los hombres de la Comuna, la doctrina proudhoniana, el blanquismo y el jacobinismo siendo sobre todo actitudes de acción, el reformismo y el proyecto revolucionario se mezclaban en una confusión y un conflicto inextricables.

La anécdota de los incendiarios venidos para destruir Nôtre-Dame y que chocan con el batallón de los artistas de la Comuna propone un tema de meditación singular. De un lado, hay hombres -artistas- que defienden una gran obra de arte en nombre de valores estéticos permanentes. Del otro, hay hombres que quieren acceder ese día a la expresión traduciendo con su acto destructivo su desafío total a una sociedad que los rechaza por la derrota en la nada y el silencio. Así Hércules, símbolo del héroe colectivo, manifiesta su naturaleza heroica, a la vez vital, humana y sobrehumana, encendiendo la hoguera que va a consumirlo.

La Comuna representa hasta nosotros la única tentativa de un urbanismo revolucionario, atacando sobre el terreno los signos

petrificados de la vieja organización, captando las fuentes de la sociabilidad -en ese momento el barrio- reconociendo el espacio social en términos políticos y no creyendo que un monumento pueda ser inocente (demolición de la columna Vendôme, ocupación de las iglesias por los clubes, etc.). Aquellos que relacionan tales actos con el nihilismo y la barbarie deben confesar que en contrapartida ellos se disponen a conservar todo lo que consideran como “positivo”, es decir todos los resultados de la historia, todas las obras de la sociedad dominante, todas las tradiciones: todo lo adquirido, comprendida la muerte y el congelamiento.

La masa de los actos bosquejados de la Comuna permite que sean catalogadas de “atrocidades” tal acción particular, que quedó inacabada y en estado de intención espontánea.

Los historiadores que restituyen la historia colocándose, conscientemente o no, en el punto de vista de una providencia divina o de un determinismo subyacente (lo que viene a ser casi lo mismo) no tienen ninguna pena en mostrar que la Comuna estaba objetivamente condenada. Presa en sus propias contradicciones, no podía superar esas contradicciones. Pero es necesario no olvidar que para aquellos que han vivido el acontecimiento, la superación estaba allí, próxima, en marcha, en el movimiento mismo.

La audacia y la invención del movimiento revolucionario en 1871 no pueden evidentemente medirse con relación a nuestra época, sino con relación a las trivialidades reinantes entonces en la vida cultural, política, moral y cotidiana. El movimiento revolucionario ha quebrado esas trivialidades. Si consideramos la suma de las trivialidades actualmente en curso, podemos imaginar la invención que resultaría de una explosión análoga en el mundo llamado moderno. Explosión espontánea que no es actualmente posible, pero que nada relega para el porvenir más lejano al imposible absoluto, porque razones de rebelión, de descontento, de frustración, se acumulan.

La gran lucha de la cual la Comuna es un momento dura siempre (bien que sus condiciones hayan cambiado). Para lo que es “*volver conscientes las tendencias inconscientes de la Comuna*” (Engels), la última palabra está lejos de haber sido dicha. Retomando aquí integralmente el pensamiento de Marx sobre la Comuna hemos visto en ella la gran tentativa de destrucción del poder jerarquizado, la praxis enteramente subversiva develando para destruirlo el mundo existente, sustituyéndole por otro mundo, un mundo nuevo, tangible, sensible y transparente. Momento único hasta aquí de la revolución total.

La victoria inicial de la Comuna anunciaba y preparaba -especialmente por las formas espontáneamente adoptadas de estructura y de organización- la victoria de la Revolución de Octubre.

Al mismo tiempo, el fracaso de la Comuna y su aplastamiento anunciaban un largo período de estancamiento revolucionario (de 1871 a 1917), de desarrollo relativamente pacífico del capitalismo, de reformismo, así como el fracaso del movimiento revolucionario durante mucho tiempo en los países industriales avanzados y el desplazamiento de la revolución mundial hacia los países predominantemente agrarios: la deriva de la historia.

Si la Comuna dio un impulso nuevo a escala internacional o socialista "*anexando a Francia al trabajador del mundo entero*" (Marx), la gran sangría no debilitó menos al proletariado francés. Sufrió inevitablemente al soportar una serie de grandes derrotas históricas (1848, 1871 y, después hasta cierto punto, 1920, por no hablar de 1945 y de la "*Liberación*").

Ella tiene pues un doble sentido y un doble alcance: resumen y símbolo de un período hoy cerrado, anuncio de un período que se abre.

Desde hace mucho tiempo en Francia, liberales, cristianos de izquierda y estalinistas se ponen de acuerdo para reducir las significaciones de la Comuna. En recuerdo del "*frente nacional*" ponen el acento sobre lo que hubo en la Comuna de desarrollo patriótico. Describen un patriotismo profundo, poco a poco teñido de preocupaciones sociales. La Comuna sería el pueblo francés pidiendo ser bien gobernado, reclamando por petición un gobierno "*barato*", dirigentes "*honestos*" y enseguida empujado a la desesperación por la derecha burguesa y apátrida. Trivialidades positivistas.

Hemos descubierto infinitamente más en el movimiento de la Comuna: la contestación radical y en acción de lo existente, el proyecto de una superación total. Contra las interpretaciones restrictivas, nos hemos esforzado en encontrar la grandeza perdida del drama.

En estas apreciaciones descuidamos y desdeñamos deliberadamente las objeciones que no dejarán de sobrevenir, la acusación de extremismo, de izquierdismo y de anarquismo (por haber justificado la espontaneidad y ciertos actos generalmente calificados de errores y de crímenes) y la acusación de oportunismo derechizante (por haber parcialmente rehabilitado la ideología proudhoniana en tanto que proyecto descentralizador).

Acercándonos ahora a la historia y la política “positivas” podemos afirmar que la Comuna salvó a la República y permitió el desarrollo ulterior de una democracia burguesa relativamente avanzada.

La insurrección del 18 de marzo paralizó la voluntad política de la Asamblea versallesca y de su mayoría de rurales monárquicos (por otra parte, como se sabe, dividida). En un sentido, la Comuna permitió el éxito de las intrigas tortuosas del señor Thiers que quería una república burguesa y se sirvió de París para neutralizar a la derecha monárquica.

Durante la agonía de la Comuna, y a pesar del aplastamiento de las insurrecciones en provincias, el movimiento republicano se rehacía. Las elecciones municipales lo muestran, y más aún las elecciones de julio de 1871. 44 departamentos dan entonces una enorme mayoría a los republicanos; en París mismo, y a pesar del terror, cuatro diputados solamente son monárquicos sobre 21 nuevos electos. Sobre cien diputados nuevos, uno sólo es legitimista. Durante los años siguientes, la lucha política se desarrolló en gran parte alrededor de la Comuna, de la rehabilitación de los comuneros y de la amnistía. Los legalistas (Clemenceau), los republicanos centralistas (Gambetta), los conciliadores (francmasonería), los centristas y oportunistas se beneficiaron de la coyuntura, es decir del sacrificio de los comuneros, pero no es sino un aspecto menor de la historia. La república burguesa consolidada el 30 de enero de 1875 y después en febrero de 1876 por las elecciones generales, al principio conservadora, recibirá lentamente un cierto contenido democrático.

La mayor parte de las medidas preconizadas por la Comuna y por las cuales se le rinde a justo título homenaje, podían adoptarse en una democracia burguesa. Lenin lo comprueba: en un período normal de la historia, una república burguesa hubiera fácilmente resuelto los problemas planteados en la Comuna. *“Cuando la burguesía lo rehúsa, es el proletariado el que resuelve esos mismos problemas violentamente por una revolución, y la Comuna era una”*.

De hecho, la Comuna proporcionó y momentáneamente realizó el programa que a la democracia burguesa debía llevarle más de treinta años cumplir incompletamente: separación de la Iglesia y del Estado; enseñanza laica y obligatoria; legalización de los sindicatos y asociaciones obreras; legislación del trabajo, etc.

El éxito de los comuneros hubiera podido consistir en una conciliación y en un compromiso con Versalles, acelerando el desarrollo de esa república democrática y social. Pero un “éxito” semejante hubiera velado lo esencial: ¿no hubiera sido el más grande de los fracasos?

¿La Comuna podía triunfar?

Cuestión algo académica, embrollada por hipótesis, postulados y analogías históricas más o menos fundadas. Interesa a los historiadores que quieren comprender el pasado partiendo de variantes imaginarias.

Si la Comuna no hubiera cometido tal falta política, si hubiera habido un partido comunista, si los comuneros hubieran sido marxistas, si el Comité Central hubiera marchado inmediatamente sobre Versalles, si se hubiera apropiado de fondos (el Banco de Francia y los bancos, la Caja de Depósitos y Consignaciones, la Bolsa, etc.), la Comuna hubiera podido vencer. Si las negociaciones hubieran sido mejor llevadas, más enérgicamente, después de haberse apoderado de esos fondos, un compromiso hubiera podido lograrse... etc.

Se pueden así multiplicar las variantes sin responder a la cuestión planteada. Que haya una cierta analogía entre la insurrección de 1871 y la Revolución de Octubre (formación espontánea de los soviets después de una guerra larga y desastrosa, revolución proletaria en un país relativamente poco industrializado algunos meses después de una revolución en provecho de la burguesía, etc.), es incontestable. La analogía no debe borrar las diferencias. Sin lo cual los análisis y las teorías leninistas sobre el imperialismo no tendrían ni objeto ni sentido. En 1917, las condiciones y la época histórica habían cambiado. Es pues vano razonar como si la Comuna hubiera podido, desde 1871, realizar con más de medio siglo de anticipación, y si ella hubiera sabido vencer, la Revolución de Octubre y sus objetivos políticos; como si solamente le hubieran faltado un partido o un genio político...

Y ante todo, ¿qué se quiere decir cuando se afirma que la Comuna hubiera podido triunfar? Para los comuneros, la victoria, es decir el cumplimiento de sus designios, era la realización del proyecto descentralizador y federalista: la transformación radical de la sociedad en un conjunto de libres asociaciones. Ahora bien, hemos debido subrayar la falta de madurez tanto del proyecto como de sus condiciones. Hemos indicado sus ambigüedades y su aspecto “*pasatista*”: resurgencias de la Edad Media, regionalismo, espíritu de campanario, girondismo.

Para ciertos historiadores de la Comuna, la victoria hubiera sido posible a causa de los prusianos. Frente a la revolución victoriosa, Bismarck hubiera dicho: “*¿Y mis millones? Quién me los pagará?*” Hubiera sido necesaria una garantía: París, el Banco, un gobierno ultrarreaccionario manteniendo a Francia en un estado de rebajamiento material y social. Los prusianos hubieran vuelto a comenzar la guerra, ocupado París y todas las provincias. En el juego del señor Thiers, había esa carta maestra: el ejército alemán. Si se cree a A. Arnould, esa posibilidad de

la intervención alemana habría dominado todas las preocupaciones del Comité Central, pesado sobre las decisiones de la Comuna. Ella explicaría las vacilaciones, las fluctuaciones, las divisiones.

Tal apreciación deja de lado un cierto número de hechos. Primero, los hombres del Comité Central y de la Comuna supieron no sin habilidad cubrirse del lado prusiano. Les ha sido muy reprochado, siendo que actuaban como debía actuar Lenin imponiendo a los bolcheviques la paz de Brest-Litovsk. Eligiendo esta táctica diplomática, consideraban a Versalles como el adversario principal, el enemigo de clase. Por otra parte, Bismarck no tenía las manos enteramente libres; las dificultades políticas se acumulaban para él en Alemania; la solidaridad del movimiento obrero comenzaba a jugar eficazmente en favor de los comuneros. La partida no estaba pues perdida de antemano; si había riesgo que correr, se lo podía poner a la par con las posibilidades de ganar. El Comité Central, sobre ese punto, jugó bien su partida.

Otros historiadores han sostenido la tesis contraria, la de una posibilidad de victoria total: “Sin la preocupación, honorable pero impolítica, de transformarse en gobierno regular, sin esa impaciencia de la sanción del sufragio universal, el Comité Central hubiera actuado como poder provisorio, insurreccional; no se hubiera detenido en los juguetes electorales; hubiera evitado la emboscada de las negociaciones donde los alcaldes, inconscientes o pérfidos, los atrajeron, hubiera ordenado, preparado esa salida torrencial, tanto y tan vanamente reclamada por Trochu. Hubiera lanzado, desde el 19 de marzo, todo el ejército parisiense llevado por la victoria sobre Versalles sorprendida, apenas defendida, privada entonces de su guardián invencible, el Mont-Valérien. La capital de la reacción se hubiera rendido con armas, bagajes, asamblea, ministros. París victorioso se volvía dueño de sus destinos y de los de Francia.

Las dos objeciones de la retirada de la Asamblea a otra ciudad, Fontainebleau, Le Mans, Burdeos, y la de la intervención de los alemanes no resisten el examen. ¿Es necesario refutar esa doble suposición, de la que muchos escritores han parecido admitir la importancia. Una Asamblea errante, de miembros dispersos, no hubiera tenido ninguna autoridad sobre Francia. Los diputados republicanos que formaban los dos tercios de la Asamblea no hubiesen seguido a los realistas en su nueva emigración, e impresionados por la llegada de las tropas republicanas, hubiesen ellos mismos suspendido su mandato. En cuanto a los alemanes, a menos de pretender que querían recomenzar la guerra, lo que desmienten los hechos, no hubiesen ya dado más importancia a la sustitución de la Comuna de París como gobierno en la Asamblea de Versalles, del que atribuyeron a la sustitución del ministerio del señor Thiers por los de Trocha o Gambetta. Eran esos

asuntos internos en los cuales no querían mezclarse, a condición sin embargo de que las condiciones del tratado de paz fuesen respetadas... Se hubiera pues admitido, sostenido también, un gobierno cualquiera... Ese gobierno era posible y deseable, pero a condición de imponerlo por la fuerza, que no se supo usar con tal fin. El edificio comunal, para permanecer sólido e inquebrantable, debía reposar sobre los firmes cimientos de la victoria militar. No hubo más que una victoria electoral efímera. Por la falta del Comité central, por la habilidad del señor Thiers, por la ilusoria capitulación de los alcaldes, por la ebriedad del triunfo popular, el 18 de marzo devino una insurrección inútil y la Comuna herida de muerte al nacer, a pesar de la alegría del día de bautismo, tuvo por cuna un ataúd...

No se sabría mejor pasar de premisas exageradamente optimistas a una conclusión exageradamente pesimista. De la victoria posible y fallida, el autor concluye en la inutilidad. El Comité central reveló sus debilidades: hizo su apuesta, jugado su juego, desarrollado su acción, dejando pasar el momento favorable, aquel en que todo era posible. No es sino demasiado fácil abrumarlo y tomarlo por chivo emisario; no hemos adoptado esa actitud. En cuanto a los fracasos del movimiento revolucionario, tienen tanto sentido y alcance como sus victorias. Son también victorias. Lo peor es no entablar la lucha, partir perdiendo y capitular de antemano, sin condiciones (Marx y Lenin).

La razón más profunda del fracaso se sitúa a nuestro entender a nivel del desarrollo de las fuerzas productivas y del modo de producción. El capitalismo de libre competencia estaba entonces en plena ascensión. Estaba lejos de haber penetrado en el conjunto de las provincias francesas; bien que sea desde hace mucho tiempo dominante, todavía no había arreglado del todo las relaciones sociales en el campo, lo que no ocurriría hasta la III República. Deja allí intacta, o reconstituye la clase de los propietarios de bienes raíces, de los hidalguetes, de los notables, de los “señores” de aldea.

Un modo de producción no desaparece sino cuando ha desplegado todas las fuerzas productivas que oculta en su seno (Marx). En la Rusia zarista, ese desarrollo será contrariado por la predominancia del capital extranjero y por la formación de los monopolios bajo su égida.

El capitalismo de monopolio, que suplantó a comienzos del siglo XX al capitalismo de libre empresa, facilita la transición al socialismo, según Lenin, por la creación de grandes organismos económicos, al mismo tiempo que aporta a la burguesía nuevos medios para llevar su política de clase. El imperialismo, indisolublemente solidario del capitalismo monopolista, abre el período de las guerras mundiales y del movimiento revolucionario extendido a los países oprimidos.

Agregaremos que la concentración y la centralización del capital dan un sentido nuevo -concreto, práctico- a la descentralización y al principio federativo, que son los únicos que permiten a los países y a las regiones subdesarrolladas entrar en grandes unidades económicas sin encontrarse allí dominadas y explotadas. Yugoslavia tanto como la U.R.S.S. serán federaciones, en el seno de las cuales el problema de la descentralización se planteará con una urgencia cada vez más aguda, a pesar de las tendencias adversas de centralismo estatista. La Europa de mañana se descentralizará, o será insoportablemente autoritaria.

Además, el desarrollo de la industria, multiplicando las grandes empresas, planteará la unidad de producción (la empresa) como base de la autogestión y de la libre asociación al lado de la comuna territorialmente definida. Así solamente el proyecto descentralizador puede volverse programa y, cesando de representar ideológicamente lo real y lo posible, entrar en la praxis. En fin, hemos puesto en evidencia otra causa del fracaso: la disolución de las estructuras existentes no había alcanzado más que a París. En provincia, superestructuras y estructuras, instituciones y organismos permanecían casi intactos.

En estos análisis y apreciaciones hemos seguido fielmente nuestra metodología: no separar lo posible de lo real, apreciar lo real en función de lo posible y recíprocamente.

¿Por qué venció el señor Thiers?

Nos hemos abstenido de las injurias rituales consagradas al señor Thiers: gnomo, arrapiezo sangriento, etc. Esas injurias y esas cóleras reflejan solamente la impotencia y la derrota históricas.

Hombre de Estado, hombre del Estado, el señor Thiers reunió en Versalles y reconstituyó en provincia ese Estado centralizado con todos sus recursos: ejército, policía, burocracia, finanzas. Habiéndolas retomado y reunido en su mano, pudo aplastar a los que ponían en cuestión al Estado, a los que quebraban la máquina del Estado existente y condenaban al Estado a su desaparición. Con el señor Thiers, es el Estado (la máquina de Estado burguesa, puesta a punto por siglos de rutina y de habilidad administrativa) quien venció a la Comuna. *“París será sometido al poder del Estado como una aldea de cien habitantes”* (Thiers). El Estado, en esa perspectiva es a la vez el hecho, el derecho, el valor supremo, cuya conservación justifica y legitima todos los actos. Cuando el señor Thiers se vanagloria de haber trabajado, durante la Comuna, veinte horas sobre veinticuatro cada día, no miente sin duda. Atiende todos los asuntos: los tratos con Bismarck, las agitaciones de los alcaldes en París, la reorganización del ejército y de las finanzas. Sin

contar sus asuntos personales, los corretajes sobre empréstitos. ¿Por qué no reconocer al señor Thiers genio político? La esencia misma de la Comuna es la desvalorización del Estado y de la política, como tal. El homenaje rendido al señor Thiers reconociéndole ese genio, no comporta ningún tributo de admiración. Digno heredero de Talleyrand, de Mazarino, de Richelieu, el señor Thiers fue hábil, extremadamente hábil, en nombre de una experiencia secular, pacientemente asimilada por él en el curso de decenas de años de vida política.

No había estudiado en vano las guerras de la Revolución y del Imperio. El señor Thiers tenía una táctica y una estrategia. Opositor moderado bajo el Imperio, prepara y quiere una república burguesa parlamentaria. No acepta la guerra con Prusia, lo que lo pone en buena posición en el caso de una derrota que siente venir. Llegada la derrota, busca extraer el mejor partido posible de las circunstancias y *“salvar lo que puede ser salvado”*, desde el punto de vista de la burguesía que representa, y de la cual conoce admirablemente los intereses. Centrista de derecha, necesita neutralizar y quebrar una por una la extrema izquierda y la extrema derecha, pero primero y sobre todo domar a París. Prosigue con tenacidad ese designio: la prueba de fuerza, después la guerra civil. Admite compromisos cuando le convienen (con la derecha), y cuando ello conviene a su estrategia, es intransigente.

Ningún escrúpulo lo detiene en la elección de los medios que emplea. El señor Thiers es el maquiavelismo hecho hombre en la sociedad capitalista, con los medios del Estado burgués. Para ilustración, nos limitaremos a recordar el asunto Dombrowski. El señor Thiers envía emisarios a algunos oficiales de la Comuna, en el momento oportuno, cuando el desenlace se aproxima. Les propone la traición: librar una puerta de París a su ejército para facilitar la entrada. Si Dombrowski acepta, recibirá 500.000 francos (oro) más un pasaporte y la certidumbre de poder volver a su país natal, Polonia. Dombrowski despidió ásperamente al alcahuete, un cierto Veysset (que será fusilado por los federados). Pero el señor Thiers hace expandir por sus agentes en París rumores de traición. La sospecha alcanza a Dombrowski, quien desesperado se hace matar en la calle Myrrha, al pie de Montmartre. Tácticamente, el señor Thiers se sirve de todos los medios, legales e ilegales. Estratégicamente, persigue obstinadamente un objetivo que se ha fijado, a través del encadenamiento de las decisiones de detalle o de conjunto. En una perpetua inquietud de eficacia inmediata, combina los medios con vistas al fin. Para replicarle, hubiera hecho falta un genio político. ¿Pero la Comuna podía tener, podía suscitar un genio así? Sólo su derrota debía mostrar a Lenin que la insurrección es un arte, que la política continúa la guerra por otros medios, es decir que ella supone -en condiciones dadas, aquellas en que el adversario es aún el más

fuerte- habilidad, compromiso, rigor, vigor y al mismo tiempo, táctica, estrategia.

Y sin embargo, esa promoción de la actividad revolucionaria al arte político probará también que las fuerzas fundamentales -el alzamiento irresistible del proletariado en los grandes países industriales- han fracasado. Y es porque el Estado, hasta nueva orden, triunfa en el mundo entero (¿salvo en Yugoslavia?), el ascenso de los países llamados “*subdesarrollados*” o “*ex-coloniales*” traduciéndose por la institución de nuevos Estados, de nuevos aparatos, de nuevas instituciones políticas.

Razón de más para restituir en la integridad de sus significaciones a la Comuna y para volver a traer al día la teoría marxista revolucionaria de la desaparición del Estado.

En ese sentido, la Comuna fracasó en una escala mucho más vasta que París y Francia. Pero ese fracaso mismo es más rico de significaciones que ciertas victorias.

Esbozo de una teoría del acontecimiento

El estudio del acontecimiento revolucionario, considerado como fenómeno total, se ha proseguido simultáneamente en dos direcciones: la restitución en su plenitud del acontecimiento y de su relato, con características singulares, originales, y al mismo tiempo el análisis de sus elementos y de sus condiciones. La búsqueda de la comprensión no se separa de la búsqueda sobre la explicación, es decir la búsqueda de las causas, razones y condiciones.

Hemos desvelado una multiplicidad de condiciones, de causas y de razones, cada una siendo necesaria, ninguna siendo suficiente.

Primeramente las condiciones económicas: Es evidente que una revolución proletaria supone un proletariado, pero ni la descripción de la situación económica ni la de las relaciones de clase bastan para rendir cuenta de la negatividad del proletariado, de su capacidad para contestar a lo existente. En segundo lugar, las condiciones y las causas históricas: el segundo Imperio y su desintegración, la guerra perdida. Esas causas históricas no bastan para explicar la explosión revolucionaria.

Tercera serie de causas: las que se relacionan específicamente con la sociología, a saber el desmoronamiento de las estructuras sociales existentes y simultáneamente, en el corazón mismo de esa destrucción, el ascenso de estructuras nuevas negando radicalmente las antiguas. La búsqueda sociológica revela también otro orden de razones: la

necesidad de un grupo de hombres, más o menos homogéneo (muy heterogéneo en el caso de la Comuna, puesto que estaba constituido por hombres de acción y por ideólogos), capaz de orientar el movimiento espontáneo, de tomar en mano la formación de nuevas estructuras, de proporcionar un objetivo y un programa. Esos hombres deben ser también capaces de afrontar los áleas de la acción, de intentar la chance histórica, de apostar sobre lo posible y lo imposible. Llegamos así a las razones propiamente ideológicas. Es necesario por una parte que las superestructuras ideológicas -representaciones, símbolos, imágenes justificadoras de instituciones, cultura- en vigor, se desvaloricen y, por otra parte, que una ideología proponga un objetivo al movimiento espontáneo. Hemos debido poner el acento sobre la ideología proudhoniana, no solamente en tanto que reformismo sino sobre todo en tanto que proyecto revolucionario, radical: proyecto descentralizador y federativo, transformando la sociedad existente en libre asociación de libres asociaciones. Realizable o no en las condiciones existentes, el proyecto no sería menos total, por lo tanto estimulante y vivo. Indicaba algo posible.

Está claro que el acontecimiento no se explica ni por otro acontecimiento, ni por una sola causa o antecedente. La búsqueda de una consecución lineal, de un encadenamiento causal más o menos mecánico, puede satisfacer a cierto espíritu científico de orientación positivista. Ella no rinde cuenta del acontecimiento.

Somos llevados a distinguir las causas y las razones. Las causas son objetivas y ciegas; obran fuera de la conciencia clara de los actores históricos. Las razones son del orden de la conciencia, de la subjetividad, del discurso, de la ideología por consiguiente.

Igualmente, el conjunto de causas y de razones que hemos podido determinar tiene primera y esencialmente una eficacia negativa. Ese conjunto desembaraza el camino frente a una espontaneidad fundamental. Aparta los pesos que la aplastan. Le permite desplegarse en fin en su profundidad y también en su torpeza vacilante y tanteante: su experiencia de ella misma, de sus aspiraciones, de sus fines al principio inciertos. Así solamente, el pueblo de París pudo volverse comunidad actuante, comunión explosiva. La espontaneidad en el fenómeno total nos aparece a la vez como condición, como causa, como razón, Ella es condición, porque nada se produce sin ella, ni movimiento ni obra. Ella es causa, porque ciega. Ella es razón, porque es también toma de conciencia, recepción de una ideología y de un programa. Supone ella misma la ciudad, el pueblo, y la superación de lo que divide al pueblo, lo dispersa, lo separa de si mismo, lo corta en segmentos exteriores los unos a los otros.

El análisis arriesga siempre relegar a la sombra un carácter esencial del acontecimiento: el hecho de que continúa una totalidad indivisible, original, singular, bien que no surja de una manera irracional, bien que pueda compararse a otros acontecimientos y que en fin tenga un alcance y significaciones generales. Tales fenómenos totales, aunque originales y relacionados con causas singulares, no tienen menos leyes. La siguiente, por ejemplo: sobrevienen *“cuando los hombres no pueden más y no quieren más vivir como vivían”* (Lenin).

El famoso esquema aristotélico de la causalidad proporciona una primera y grosera aproximación. Todavía hay que volverlo concreto, introducir allí lo negativo, restituir los cuatro órdenes de causas en su totalidad, despojando al esquema de su ontología sustancialista: en una palabra, dialectizándolo. Hemos podido distinguir causas materiales (situación económica, existencia de comunas territoriales y primero de la ciudad parisiense); causas formales (negativamente, el hundimiento de las formas y estructuras existentes positivamente la constitución de formas y estructuras nuevas); causas eficientes (la derrota, la entrada de los prusianos en París, la prueba de fuerza querida por el señor Thiers); y en fin causas finales (el proyecto revolucionario, las aspiraciones profundas de la espontaneidad y los fines que ella se ha descubierto).

En cuanto al método de las variaciones, tan a menudo empleado, conscientemente o no, por los historiadores (qué hubiera pasado si...) nos ha permitido, como mucho, descubrir algunas causas, las más superficiales, del fracaso.

Esos esquemas y esas técnicas aún groseras no permiten sino aproximarse al objeto del conocimiento: la praxis tomada en su totalidad, con sus contradicciones internas (práctica creadora y práctica cotidiana), con las tentativas de resolución y de superación de esas contradicciones. A esa luz, la historia puede representarse como una sucesión de tiempos de detención, de estancamientos y de equilibrios (relativos) separados por pulsiones creadoras, las revoluciones, de las cuales el historiador como tal no alcanza a agotar ni el contenido ni el sentido. Esos son los verdaderos acontecimientos. Esos períodos, los unos de creación, los otros de desarrollo más calmo, no se separan. Los segundos llevan a bien los gérmenes lanzados por los primeros. Los primeros están en germen en el seno mismo de los segundos. Aunque el historiador en tanto que tal no pueda aprehender todo el devenir, la cooperación del historiador, del sociólogo, del economista, del teórico de las ideas, del psicólogo, tiende hacia una historia total.

Las Internacionales obreras

Annie Kriegel.

Annie Kriegel
Las Internacionales obreras
Ediciones Martínez Roca.
Barcelona, 1968

1

1

Los grandes comienzos

1. Los antecedentes

Según parece, la toma de conciencia de la existencia de una solidaridad internacional entre los trabajadores de distintos países aparece casi al mismo tiempo que los movimientos obreros organizados. Comprobamos la primera huella de ellos, después de 1830, en un manifiesto de los obreros lioneses a sus hermanos de Inglaterra, publicado en *L'Echo de la Fabrique* del 27 de mayo de 1832.

Pero en los medios de emigrados políticos fue donde la idea de una organización internacional tomó cuerpo. La primera formación notable fue, sin duda, la *Jeune Europe* de Mazzini en 1834. En marzo de 1846, los cartistas y los proscritos fundan en Londres la asociación de los *Fraternal Democrats* que estableció contactos con la *Association Démocratique* creada en Bruselas por los radicales belgas, franceses y alemanes, cuyo vicepresidente es Marx. En Inglaterra, donde en 1853 hay unos 4 380 proscritos (de los cuales 2 500 polacos, un millar de franceses, 260 alemanes), un *Comité Central Democrático Europeo*, formado en 1850 por Ledru-Rollin, Mazzini, A. Ruge y el polaco Darasz nace prácticamente muerto. Pero en agosto de 1856, la reunión de los proscritos de la *Comuna revolucionaria* (fundada en 1852 por F. Pyat, Caus-

sidière y Boichot), los cartistas de un International Committee, socialistas polacos y comunistas alemanes dan nacimiento a una International Association. Aunque de escasa audiencia, salvo en los Estados Unidos, prefigura, antes de desaparecer en 1859, la Asociación Internacional de Trabajadores de 1864. La filiación, por otra parte, es directa, puesto que varios de sus dirigentes van a formar parte del primer Consejo General de la AIT.

2. Movimientos obreros franceses e ingleses alrededor de 1860

Mientras que las primeras agrupaciones internacionales sólo reunieron minorías revolucionarias, turbulentas, pero poco representativas, la AIT, «criatura venida al mundo en Francia y amamantada en Londres» (A. Bibal), nace por el contrario del entendimiento de las dos clases obreras más importantes y avanzadas de Europa, cuyas organizaciones, después de 1848 y sobre todo a partir de 1860, han tomado un nuevo derrotero.

La clase obrera inglesa se organiza poderosamente en el terreno sindical: las principales corporaciones tienen sus *trade-unions* que al principio se alían momentáneamente, después se federan de una forma local, algunas veces nacionalmente en el marco de las grandes sociedades «amalgamadas» como las de los mecánicos (1851), de los carpinteros (1860), de los mineros, o de los fundidores de hierro. En 1860 se forma el London Trades Council, nacido de las solidaridades anudadas en ocasión de la huelga de la construcción de Londres, en 1859; la dirige una junta, W. Allan (mecánicos), D. Guile (fundidores en hierro), G. Odger (zapateros), E. Coulson (albañiles), R. Applegarth (carpinteros). Exigiendo fuertes cotizaciones, este sindicalismo recluta sobre todo obreros cualificados y deja de lado a los *unskilled*. Toma aspectos netamente reformistas en el plano económico; en política sólo se preocupa de la ampliación del derecho de

sufragio, de que se reconozcan y extiendan los derechos sindicales. No obstante, presta de buen grado su apoyo a los movimientos revolucionarios europeos: en 1864 los obreros ingleses acogen calurosamente a Garibaldi.

El movimiento francés no es ni mucho menos tan vigoroso después de la represión de los años cincuenta. Pero a partir de 1860, el Imperio, que por otra parte se halla en situación difícil, esboza una aproximación con la clase obrera; en 1861 tolera una resonante huelga de los tipógrafos parisienses. Por su lado, el movimiento obrero ha evolucionado mucho desde 1848: una nueva generación de dirigentes, impregnada de socialismo prudhonian, procura mantener la lucha obrera al margen de las preocupaciones políticas; matizan sus distancias respecto de la oposición de izquierda (la de los diputados liberales e incluso republicanos, todos burgueses), y preconizan la asociación obrera, la organización de cooperativas, el crédito mutuo. Así, el Imperio autorizó —y en cierta medida financió— el envío a la Exposición Industrial Universal de Londres (1862) de una delegación obrera que volvió maravillada de la eficacia de las *trade-unions* y reclamó el otorgamiento de los derechos de asociación y de coalición. La ley de 24 de mayo de 1864 autoriza la huelga.

3. Constitución de la AIT

Desde el viaje de 1862, se establecen contactos entre los obreros franceses y los ingleses. Estos se hacen más estrechos el año siguiente, cuando los sindicalistas de Londres invitan a los representantes del proletariado parisiense a una manifestación común en favor de la independencia de Polonia: el 22 de julio de 1863, un mitin reúne, con los principales dirigentes de los sindicatos de Londres, seis parisienses, los broncistas Tolain y Perrachon, los mecánicos Aubert y Murat, el albañil Cohadon, el camisero Bibal. Al día siguiente, los sindicalistas in-

gleses acogen a los franceses en una reunión más íntima, en la que se establecen las bases de un entendimiento.

La AIT queda definitivamente constituida en el curso de un nuevo viaje que Tolain y Perrachon, acompañados por el pasamanero Lomousin, hacen a Londres en 1864. El mitin de Saint-Martin's Hall (29 de septiembre) aprueba un proyecto francés de creación de secciones europeas bajo la dirección de un Comité Central. Aunque de raíz obrera y franco-inglesa, la nueva organización no rompe con la tradición: emigrados polacos, alemanes (entre ellos Marx), italianos de tendencia mazziniana y franceses (procedentes de la Comuna revolucionaria, constituirán en Londres una French Branch) participan en su fundación. El comité provisional cuenta 21 ingleses, 10 alemanes, 9 franceses, 6 italianos, 2 polacos, 2 suizos.

Este comité se ocupa después de redactar los estatutos provisionales, en cuya elaboración Marx toma una parte decisiva. En ellos se especifica que un Consejo general «establecerá las relaciones entre las diferentes asociaciones de obreros de tal forma que los obreros de cada país estén constantemente al corriente de los movimientos de su clase en los otros países...». La AIT celebrará congresos anuales.

4. El llamamiento inaugural

En el seno de este Consejo general, Marx va a desempeñar un papel juzgado por algunos como desmesurado. «Como el cuco —dice su adversario J. Guillaume— ha venido a poner su huevo en nido ajeno.» Marx, proscribo, no representa, en efecto, a ninguna organización obrera, ni siquiera a la alemana. Sin embargo va a presidir, en amplia medida, los destinos de la nueva asociación, con una extrema prudencia empero, y sin traza alguna de ese sectarismo del que se le acusa tan gratuitamente.

Desde 1864, en un texto fundamental, el *Manifiesto o Llamamiento inaugural de la Internacional*, hacía el balance de la condición obrera después del fracaso de las revoluciones de 1848:

Es un hecho importantísimo que la miseria de la masa de trabajadores no ha disminuido en absoluto de 1848 a 1864, en el período que se distingue, entre todos, por un desarrollo, sin precedentes, de la industria, por un crecimiento inusitado del comercio.

Y sin embargo las luchas obreras no han sido baldías. Asimismo, las experiencias cooperativas intentadas después de Owen han demostrado que los proletarios eran capaces de prescindir de los capitalistas.

Poco tiempo después, tratando de la aparente contradicción entre la afirmación de la ley tendencial del pauperismo y de la posibilidad para los obreros de obtener por su lucha una mejoría de su condición, preocupado además de responder a los teóricos y sindicalistas ingleses que sostenían que una subida de salarios se traduciría inmediatamente en un aumento de los precios, Marx, en la controversia que le oponía, en 1865, a J. Weston, sostiene, ante el Consejo general, la argumentación que desarrollará en *El Capital* (1867):

1.º Una elevación general de la tasa de salarios produciría una baja general de los beneficios, pero no afectará a los precios de las mercancías; 2.º La tendencia general de la producción capitalista no es la de elevar el salario normal medio sino la de bajarlo; 3.º Los sindicatos actúan eficazmente como centros de resistencia a los desafueros del capital.

Marx subrayaba sin embargo que los sindicatos «fallan totalmente en su objetivo cuando se limitan a una guerra de escaramuzas contra los efectos del régimen existente, en vez de trabajar, al mismo tiempo, en su transformación».

5. Comienzos difíciles

Hasta 1867, la AIT merece (pero sólo entonces) la definición que se ha dado de ella: «Un alma grande en un cuerpo pequeño».

Tras haber representado un papel primordial en su creación, los sindicatos ingleses se mantienen paradójicamente en una prudente reserva. Es cierto que forman el grupo nacional más importante: 17 sociedades obreras en 1866, representando a 25 000 adherentes, aproximadamente. Pero esto sólo constituye un pequeño sector de la masa de los sindicatos ingleses: el London Trades Council rehusó afiliarse (1866). Los obreros ingleses parecían haber visto ante todo en el establecimiento de una cooperación obrera internacional un medio de mellar el arma utilizada repetidas veces por los patronos: la importación de obreros del continente, nefasta al nivel de sus salarios. De hecho, la AIT y el unionismo inglés van a seguir derroteros cada vez más divergentes: la Internacional será fundamentalmente continental.

Ahora bien, en el continente sus progresos fueron muy lentos y su implantación no fue, de inmediato, nada sólida.

En enero de 1865 se constituye en Francia una sección parisiense —con sede en el n.º 44 de la calle Graviilliers—, pero cuenta con pocos afiliados: 200 en 1865 y 600 en 1866. En las múltiples secciones provinciales, formadas de 1865 a 1867, el número de afiliados es, durante mucho tiempo, ínfimo. Algunas se ampliarán, como las de Lyon (fundada en 1865 y con 500 miembros en 1867), Marsella (julio de 1867) y Ruán (1866). Pero la mayoría (Castelnaudary, Caen, Condé-sur-Noireau, Auch, Orleans, Rennes, Nantes...) sólo tienen existencia nominal. Las adhesiones son, por otra parte, exclusivamente individuales, y no existe ninguna sociedad obrera afiliada, excepto, en todo caso, la pequeña sociedad de encuadernadores animada por E. Varlin.

En Suiza, los progresos parecen haber sido más rá-

pidos. En la primavera de 1865, el doctor Coullery funda la sección de La Chaux-de-Fonds, que dispone de un periódico *La Voix de l'Avenir*; en 1866, J. Guillaume la del Locle, con su órgano *Le Progrès*. En 1867 aparecen las de Ginebra, Lausana, Zurich, Basilea, Berna.

Bélgica, el país europeo más industrializado, después de Inglaterra, se ha visto, todavía, poco afectado, a pesar de la existencia de una importante sección en Bruselas y de la activa propaganda desarrollada por algunos dirigentes obreros, como César de Paepe.

Pero la AIT no encuentra eco en España ni en Italia, y muy poco en Alemania, a pesar de la existencia de secciones en Maguncia, Colonia, Magdeburgo, Berlín, Leipzig, Dresde...; el grupo obrero más importante, la Asociación General Obrera, es de inspiración lasaliana, y, ante la irritación de Marx, parece buscar la solución del problema social de acuerdo con el poder bismarckiano. Aparte de Europa, se puede considerar también como insignificante la existencia de dos secciones de emigrados en los Estados Unidos, o los contactos episódicos establecidos entre algunas sociedades obreras americanas y el Consejo General.

6. Liquidación de un pasado

En el terreno ideológico, la situación dista mucho de ser madura.

Un Congreso, previsto para 1865 en Bruselas, no pudo celebrarse y fue sustituido por una Conferencia celebrada en Londres (25-29 de septiembre), en la que se limitaron a estrechar los contactos establecidos en 1864. En el Congreso de Ginebra (3-8 de septiembre de 1866), el tono de los debates corrió a cargo de la delegación francesa, enteramente prudhoniana. Dirigida por Tolain, defendió la idea de la emancipación obrera, propugnando la generalización del mutualismo: era necesario basar «el intercambio en la reciprocidad, mediante un sistema de

crédito mutuo y gratuito, nacional y después internacional; no se trata de destruir la sociedad existente, sino de prepararla». Nada de revolución ni de huelgas.

En el Congreso de Lausana (2-8 de septiembre de 1867) la preeminencia francesa sigue siendo neta, aunque ya empañada. Marx lo muestra con cierto gracejo: «Los señores parisienses tienen la cabeza llena de las vacías frases de Proudhon: hablan de ciencia y no saben nada».

En realidad, el triunfo de las ideas prudhonianas no es más que aparente. Incluso, y sobre todo en Francia, no responden ya a la evolución del movimiento obrero. Las empresas, cooperativas especialmente, que se tildan de «obreras» han fracasado todas. Las huelgas se multiplican desde 1864: entre las más sonadas figuran las dos de los broncistas de París —la corporación a la que pertenece Tolain—, la de 1865 por la jornada de diez horas, y la de 1867, dirigida contra los patronos que pretenden prohibir a sus obreros la adhesión a la Sociedad de Solidaridad, sindicato (sin este nombre) de obreros del bronce. Pero el buró de la sección parisiense se ve mezclado, a pesar suyo, con los asuntos políticos: el poder imperial incoa, el 30 de diciembre de 1867, un proceso por asociación ilícita y persigue, por toda Francia, a los miembros de la AIT.

7. El impulso (1868-1870)

«Tras una época de desarrollo apacible, la AIT ha tomado una amplitud suficiente como para provocar las denuncias insidiosas de la burguesía europea y las demostraciones hostiles de los gobiernos.» (Informe del Consejo General al Congreso de Bruselas). En los países en que estaba ya implantada, la organización toma en efecto una amplitud sin precedente.

La grave crisis económica de 1867 ha suscitado un poderoso movimiento de huelgas. En marzo-abril de 1868,

3 000 obreros de la construcción de Ginebra luchan por la jornada de diez horas y una tarifa mínima. En Bélgica las reducciones de salarios y los despidos provocados por la crisis carbonífera desencadenan un vasto movimiento reivindicativo en 1868 en la cuenca de Charleroi, y en 1869, en el Borinage. En Francia, desde fines de 1868 y durante todo el año de 1869, las huelgas se multiplican en las regiones textiles y mineras y en la mayor parte de las ciudades industriales. Algunas de estas huelgas fueron sangrientas, sobre todo en las minas: en Bélgica las de L'Epine (1868), de Seraing (abril de 1869); en Francia las de La Ricamarie (13 muertos en junio de 1869), de Aubin (14 muertos en octubre).

Los gobiernos atribuyen toda la responsabilidad de estas huelgas a la Internacional. Pero si la Internacional no arrojó los obreros a la huelga, «la huelga los arrojó a la Internacional».

En efecto, en la mayor parte de los casos, la huelga fue el punto de partida de un nuevo movimiento de asociación sindical, aunque en forma de socorros mutuos, de solidaridad, de resistencia.

Duramente conmocionada por las huelgas, Bélgica es también el país en donde la Internacional se desarrolla más rápidamente; en Bruselas, Lieja, Amberes (en enero de 1869 huelga de los obreros de las manufacturas de velas para barcos), Brujas (sección formada en agosto de 1868), Namur (mayo de 1869), Gante... La cuenca de Charleroi cuenta 42 secciones a principios de 1869, 50 en 1870, el Borinage unos 30 000 internacionales en 1869. Las secciones se reagrupan en federaciones: del Borinage, de los valles de la Vesdre (alrededor de Verviers, con su órgano *Le Mirabeau*), secciones del Centro (alrededor de La Louvière), de la región bruselense; en la cuenca de Charleroi hay cuatro federaciones. Un Consejo General belga asume la dirección de todo. En 1868 y 1869 se celebran cuatro congresos nacionales.

A despecho de la represión del poder imperial, que será cada vez más violenta, no por ello los progresos son

menos rápidos en Francia, en donde el movimiento obrero y la Internacional, que se convierte en su guía, evolucionan hacia formas que podríamos calificar ya de sindicalistas revolucionarias. La evolución comienza en 1867 cuando las delegaciones obreras, elegidas para asistir a la Exposición de París, constituyen una comisión, especie de parlamento obrero, que reivindica, por encima de todo, el derecho de constituir cámaras sindicales. Y si bien el Imperio se niega a otorgarlo, termina por prometer, en agosto de 1868, una tolerancia bastante amplia. Pero más aún que esta liberación a medias, es la gran ola de huelgas de 1868-1869 la que hace multiplicar las cámaras corporativas. La Internacional las encuadra: en París, una Cámara Federal, formada entre marzo y diciembre de 1869, reúne a las principales sociedades obreras de la capital; todos sus dirigentes (entre ellos E. Varlin) son internacionales. Paralelamente, a principios de 1870, se constituye una red de secciones de barrios, reunidas a su vez en una Federación de Secciones Parisienses (3 de marzo de 1870): la Cámara Federal y la Federación de Secciones conducen la lucha estrechamente asociadas. Asimismo, la sección de Ruán, dirigida por E. Aubry, ha reagrupado las sociedades obreras de la ciudad y los alrededores en una Federación Obrera Ruanesa. Federaciones similares se constituyen en Marsella bajo el impulso de A. Bastelica, en Lyon bajo la de A. Richard. La Internacional francesa es, de ahora en adelante, una fuerza (cuenta varias decenas de miles de adherentes; algunos le atribuyen uno o dos centenares de miles). Y los internacionales franceses ya no desdeñan mezclarse en política. Combaten al Imperio al lado de los burgueses republicanos radicales, pero sin confundirse con ellos.

A partir de 1869 la Asociación extiende su influjo a países en los que hasta entonces no había puesto los pies. En España se forman secciones y después federaciones en Barcelona, Madrid y las Baleares. En Italia, Nápoles tiene una sección central y una sección de obreros mecánicos, Florencia una sección formada de la unión

de varias sociedades obreras. En Alemania, cierto número de sociedades que han roto con el socialismo lasaliano forman en el Congreso de Eisenach (agosto de 1869) un partido socialdemócrata, bajo la dirección de Liebknecht y Bebel; su programa es muy afín con las ideas desarrolladas por Marx. Y si bien este partido no puede, en virtud de las leyes alemanas, adherirse a la AIT se declara en cambio «solidario de sus aspiraciones»: Liebknecht lo representa en el Congreso de Basilea. Al mismo tiempo, la organización lasaliana inicia una aproximación con la Internacional. Esta tiene también secciones en Austria, Holanda, y Dinamarca. La National Labor Union, en los Estados Unidos, manifiesta el deseo de estrechar sus lazos con el proletariado europeo y envía un observador a Basilea. Incluso parece que las Trade-Unions inciden en tomar una parte más activa en la vida de la Asociación: el Congreso de Birmingham recomienda «calurosamente» a las Uniones que se integren en la AIT.

8. Los Congresos de Bruselas y de Basilea

Los debates de los Congresos reflejan la nueva práctica. En Bruselas (6-13 de septiembre de 1868) los delegados se pronuncian por la legitimidad y la necesidad de la huelga. Reafirman la necesidad de la cooperación obrera, pero con perspectivas muy distintas de las de los congresos precedentes: las asociaciones cooperativas deben formar la base de la futura sociedad socialista emancipada. Por iniciativa de los belgas, el Congreso se declara partidario de la apropiación colectiva de la tierra, de las minas, canteras, bosques, medios de transporte, con la oposición de un postrer sector de los prudhonianos franceses. Dicho Congreso decide la huelga general en caso de guerra, proposición que Marx juzga —dada la débil organización del movimiento obrero europeo— poco menos que utópica.

En el Congreso de Basilea (5-12 de septiembre de

1869), reunión auténticamente internacional (27 franceses, 24 suizos, 10 alemanes, 6 ingleses, 5 belgas, 2 austríacos, 2 italianos, 2 españoles, 1 norteamericano; en total 72 delegados), se confirman las resoluciones colectivas tomadas en Bruselas: por 54 votos a favor, 4 en contra y 13 abstenciones (los votos en contra son franceses), «el Congreso declara que la sociedad tiene derecho a abolir la propiedad individual de la tierra e incorporar ésta a la comunidad». Pero es mucho más importante la resolución —tomada por unanimidad— que afirma la necesidad de una organización sindical internacional: «El Congreso estima que todos los trabajadores deben afanarse en crear sociedades de resistencia en los diferentes cuerpos de oficios.»

9. Bakunin

En el momento que parecen triunfar las tesis del *Manifiesto inaugural*, surgen nuevas dificultades creadas por la oposición entre «marxistas» y «bakuninistas» que acarrearán, por una parte al menos, la dislocación de la Internacional.

El revolucionario ruso Bakunin (1814-1876), escapado de Siberia, se halla instalado en Suiza. Anarquista ya, ha formado un proyecto de revolución radical, negadora absoluta del orden existente. A la búsqueda de una organización que le permita propagar sus ideas, pensó primero en utilizar la francmasonería italiana, y después intentó inmiscuirse en la Liga de la Paz, organización internacional creada por burgueses republicanos. En septiembre de 1868 funda una Alianza Internacional de la Democracia Socialista que solicita adherirse a la Internacional. Según parece, dicha organización sólo tuvo una sección constituida en Ginebra; por prudencia, su programa sólo recoge en forma edulcorada los principales temas anarquistas: ateísmo, igualdad política, económica y social de las clases y los individuos, abolición de la herencia y

el Estado; pero, según los hábitos bakuninianos, la alianza oficial se dobla de otra alianza secreta compuesta por conspiradores seguros. Tras largas vacilaciones, el Consejo General acepta su adhesión (julio de 1869). El influjo del bakuninismo hace entonces rápidos progresos en el seno de la Internacional, sobre todo en los países de desarrollo industrial reciente: casi todas las secciones italianas parecen afectadas; en España, un discípulo de Bakunin, Fanelli, preside la formación de secciones en Madrid y en Barcelona. ¿Empresa superficial o profunda? El socialismo italiano no tardará en abandonar las vías del anarquismo, en tanto que la clase obrera española quedará profundamente marcada. Son también anarquistas los obreros relojeros del Jura suizo, conducidos por J. Guillaume, en los que, sin duda, la costumbre de un trabajo aislado, a domicilio, ha enraizado vigorosas tradiciones de independencia. En Francia se implantan algunos jalones, pero a pesar de la conversión (muy imperfecta) de algunos dirigentes, no se puede decir que antes de 1871 el movimiento francés resultase realmente afectado.

10. La querrela suiza

De acuerdo en la necesidad de la resistencia sindical o de la colectivización, Marx y Bakunin divergen en los medios a emplear y en los objetivos a alcanzar. Marx reprimina a Bakunin la debilidad teórica y la peligrosa precipitación revolucionaria; Bakunin rechaza la organización y la disciplina con las que Marx quiere dotar al movimiento obrero.

Se ha exagerado el alcance de su querrela antes de 1871. No existe aún en el seno de la Internacional un «partido» antiautoritario, ni mucho menos un partido marxista autoritario; las grandes federaciones nacionales tienen otras preocupaciones.

Bakunin, es cierto, lanzó una primera ofensiva en el

Congreso de Basilea, al hacer inscribir en el programa de discusión la abolición de la herencia, una «antigualla san-simoniana» según Marx. La votación fue harto indecisa.

En Suiza, se libra, no obstante, un combate más rudo, pero de alcance limitado. En Ginebra, aunque aceptada por el Consejo General, la sección de la Alianza no ha logrado hacerse admitir en el seno de la Federación de las secciones romanches. Anarquistas y socialistas debaten sobre la participación en la vida política local, los primeros rehusándola, los segundos aceptando la colaboración con la burguesía radical. Ambos se disputan la posesión del diario *L'Egalité* que, tras haber sido el órgano del bakuninismo, pasa en enero de 1870 a manos de los socialistas. La querrela conduce a una escisión en el seno de la Federación romanche. Con motivo de su Congreso de La Chaux-de-Fonds (abril de 1870) la Alianza y las secciones del Jura forman una federación disidente (llamada en noviembre de 1871 Federación jurasiana). El Consejo General se mantiene prudentemente al margen del debate; Marx ha denunciado ya, sin embargo, las intrigas de los bakuninistas para alzarse con la dirección de la AIT en una «comunicación confidencial» a todas las secciones (marzo de 1870).

11. La Internacional, la guerra y la Comuna

Pero, poco después, la Internacional tiene más graves preocupaciones: la guerra franco-alemana estalla el 15 de julio de 1870. Después de que los internacionales parisienses, en un sonado manifiesto (12 de julio), se pronuncien en vano contra ella:

La guerra, por motivaciones de preponderancia o de dinastía, no puede ser, a los ojos de los trabajadores, más que una criminal absurdidad.

Tras la derrota de Sedán y la consecutiva caída del régimen imperial, Marx, en nombre del Consejo General

saluda el nacimiento de la República el 4 de septiembre, poniendo por otra parte en guardia a los obreros contra toda tentativa de revolución prematura:

La clase obrera francesa se halla colocada ante circunstancias extremadamente difíciles. Toda tentativa de derrocar al nuevo poder, cuando el enemigo golpea casi a las puertas de París, sería una locura... Que calmamente, pero con energía [los obreros] aprovechen la libertad republicana para proceder metódicamente a su organización de clase.

Llamamiento del 9 de septiembre.

Pero ya el 28 de septiembre, en Lyon, Bakunin, que se desplaza expresamente desde Ginebra, ha intentado desencadenar las «malas pasiones» populares. Aprovechando una manifestación de descontentos, se adueña del Ayuntamiento en donde proclama la abolición del Estado. Pero Marx apostilla maliciosamente:

el Estado, en la forma y la especie de dos compañías de guardias nacionales burgueses, entró por una puerta que habían olvidado custodiar e hizo desandar apresuradamente el camino de Ginebra a Bakunin.

Finalmente se produjo la insurrección prematura que temía Marx: la Comuna del 18 de marzo de 1871, última de las revoluciones del siglo XIX, insurrección de un proletariado de tipo antiguo aún impregnado de los recuerdos de la Revolución francesa y de una mentalidad jacobina.

La Internacional francesa representó en ella un papel importante pero no decisivo. Había abordado la guerra muy debilitada por la persecución sistemática del Imperio. No obstante, fueron los internacionales quienes animaron durante el sitio los Comités de Vigilancia de los distritos y su Comité Central, después Delegación de los veinte Distritos. En las elecciones del 8 de febrero de 1871 a la Asamblea Nacional, los parisienses designan, en medio de una aplastante mayoría de diputados burgueses radicales, a dos internacionales, Malon y Tolain.

En cambio, los internacionales apenas han tomado parte alguna en la constitución del Comité Central de la Guardia Nacional que ha hecho la insurrección. En el Consejo de la Comuna, una veintena de internacionales se alinean a la «minoría» socialista opuesta a la «mayoría» jacobina y blanquista.

Esta revolución de cuño antiguo, Marx la transfigura por la explicación que da de ella en nombre del Consejo General el 30 de mayo de 1871 (*La Guerra civil en Francia*):

La Comuna era esencialmente un *gobierno de la clase obrera...*, la forma política al fin hallada que permitía realizar la emancipación económica del trabajo.

Los *communards* comenzaron por destruir el Estado opresor, «amputando los órganos puramente represivos del antiguo poder gubernamental», suprimiendo los ejércitos permanentes, la policía, la burocracia, haciendo elegir a todos los funcionarios, rompiendo «el arma espiritual de la opresión, el poder de los sacerdotes» con la separación de la Iglesia y el Estado, sustituyendo el antiguo gobierno «supracentralizado» por la libre federación de todas las comunas de Francia, emprendiendo la liberación del trabajo por medio de la organización cooperativa de la producción. El marxismo tiene de ahora en adelante su teoría del Estado.

12. El fin de la Internacional

Con la derrota de 1871, se dispersan las secciones francesas. La represión de las actividades de la Internacional se extiende a los otros países: en España se la declara fuera de la ley, en Dinamarca se persigue sistemáticamente a sus miembros, así como en Austria-Hungría y en Alemania, donde Bebel y Liebknecht son condenados a dieciocho meses de cárcel el 27 de marzo de 1872.

En cuanto a los trade-unionistas ingleses, la mayoría desaprueba la Comuna; algunos rehúsan firmar el llamamiento del 30 de mayo de 1871.

Sin embargo, no por ello la Asociación ha sido aniquilada; antes por el contrario, hace enormes progresos en Bélgica, en Italia, en España, aunque sólo por poco tiempo. Pero su desaparición viene incubándose en su propio seno, pues ya está desgarrada; querellas de los proscritos *communards* franceses entre sí y con el Consejo General; querella, sobre todo, entre los marxistas y los bakuninistas, entre «autoritarios» y «antiautoritarios». Esta atañe sobre todo a dos puntos: uno acerca del problema de la disciplina interna de la AIT —los bakuninistas exigen la autonomía completa para las secciones o federaciones nacionales y el fin de la «dictadura» del Consejo General; el otro sobre la cuestión de la actitud del movimiento obrero respecto de la política —los anarquistas propugnan la abolición revolucionaria del Estado opresor y, mientras tanto, la abstención total en materia política—; de este modo vuelven, tras algunos años, a las posiciones de los prudhonianos.

Hay a partir de entonces dos partidos netamente definidos. Ante la imposibilidad de celebrar un Congreso en 1871, el Consejo General convoca una conferencia en Londres (17-22 de septiembre). De una manera precavida o casual, ésta cuenta, de los 23 delegados, 13 representantes del Consejo General enteramente fieles a Marx, y sólo 4 opositores, entre ellos el francés Bastelica y el español Anselmo Lorenzo, mientras que el belga De Paepe se esfuerza vanamente en la conciliación. No obstante, se toman decisiones importantísimas. Marx hace triunfar sus tesis en la resolución LX sobre la necesaria acción política de la clase obrera:

«Considerando:

Que contra el poder colectivo de las clases poseyentes el proletariado sólo puede actuar como clase constituyéndose en partido político distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseyentes,

Que esta aglutinación del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su objetivo supremo: la abolición de clases,

Que la unión de las fuerzas obreras ya obtenida por las luchas económicas debe servir también de palanca en manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores,

La Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional que en el estado militante de la clase obrera su movimiento económico y su acción política van indisolublemente unidos.»

Con todo, la lucha continúa con no menor intensidad. Las secciones del Jura, reunidas en congreso en Sonvilier (12 de noviembre de 1871), rehúsan suscribir las decisiones tomadas en Londres. En 1872, el Consejo General denuncia a los anarquistas en el folleto *Las pretensas escisiones en la Internacional*, a la cual replica inmediatamente una *Respuesta de algunos internacionales miembros de la Federación jurasiana*.

La escisión se consuma en el Congreso de La Haya (2-7 de septiembre de 1872). Los delegados jurasianos acuden con el encargo de pedir «la supresión del Consejo General y la de toda autoridad en la Internacional». Pero los «marxistas» poseen una cómoda, aunque heteróclita, mayoría. El Congreso aprueba los términos de la resolución LX de Londres, confirma la autoridad del Consejo General, pronuncia la exclusión de Bakunin y J. Guillaume y, a propuesta de Marx y Engels, se acuerda trasladar el Consejo General a Nueva York.

Esta decisión es como un tiro de gracia. Para Marx, ha terminado una época. Tras la derrota y las experiencias de la Comuna, hay que volver a comenzar sobre nuevas bases:

La Internacional —escribe Engels a Sorge, miembro del Consejo General neoyorquino— ha dominado diez años de historia europea desde determinado aspecto, del aspecto que conduce al porvenir, y puede sentirse orgullosa de la obra que ha llevado a cabo. Pero sobrevive en su forma antigua. Yo creo que la futura Internacional, tras algunos años de influencia de los textos de Marx, será directamente comunista e implantará nuestros principios.

El postrer acto del Consejo General londinense es la publicación de un informe dirigido contra los anarquistas: *La Alianza de la democracia socialista y la AIT*. En Nueva York, sin embargo, la AIT se extingue irremediablemente: el 15 de julio de 1876, la Conferencia de Filadelfia pronuncia la disolución del Consejo General.

13. La Internacional antiautoritaria

Con todo, los antiautoritarios no se declaran vencidos. El 15 de septiembre de 1872, los representantes de cinco federaciones disidentes, jurasiana, italiana, española (que sigue siendo bakuninista a pesar de los esfuerzos del yerno de Marx, Lafargue), además de una esquelética federación norteamericana y una fantasmal federación francesa, celebran un Congreso extraordinario en Saint-Imier. Esta Internacional disidente muestra durante algún tiempo más vigor que la organización oficial radicada en Nueva York: excepto los alemanes, todas las federaciones que subsisten realmente en Europa se unen a ella, y especialmente la aún poderosa organización belga (1876). Ella convoca en Ginebra (1-6 de septiembre de 1873) un VI Congreso que vota, por unanimidad, que se suprima el Consejo General, adopta nuevos estatutos que respetan la autonomía de las secciones, y se pronuncia por la huelga general como medio de emancipar revolucionariamente al proletariado. El año siguiente celebra un VII Congreso en Bruselas, y un VIII en Berna en octubre de 1876. En realidad, no reunió más que a los representantes de minúsculas minorías, en un período de total desorganización de los movimientos obreros. En todo caso, sus fuerzas no cesan de disminuir. Bakunin la abandona a fines de 1874 y fallece el 14 de julio de 1876. Varios *communards* en el exilio la abandonan a su vez, B. Malon, J. Guesde. Impacientes por pasar a acciones revolucionarias, los italianos, que han roto con ella para intentar algunas insurrecciones locales (1874, 1876),

se encuentran ante una corriente moderada que hace la competencia a los organizadores anarquistas. Los belgas sólo se alinean temporalmente, y paulatinamente reanudan el camino del socialismo organizado. Por todas partes, con el renacimiento del movimiento obrero el influjo del anarquismo declina ante el del socialismo. La Internacional antiautoritaria celebra su último Congreso en Verviers (6-8 de septiembre de 1877) y la Federación jurasiana el suyo en La Chaux-de-Fonds el 9 y el 10 de octubre de 1880. El anarquismo continuará en otras formas, pero la época de los partidos socialistas, políticos y nacionales, ya ha comenzado.

segunda parte

La época de la II Internacional

Història del Socialisme

Jacques Droz

Jacques Droz
Història del Socialisme
Edició de Materials
Barcelona, 1968

2

CAPÍTOL PRIMER

LA PRIMERA INTERNACIONAL

1. Els orígens de la Primera Internacional
2. Les lluites i la decadència de l'A.I.T.

La importància de la Primera Internacional en la història del socialisme europeu resideix en el fet que, per primera vegada, hi fou afirmada de manera precisa LA REIVINDICACIÓ PER PART DEL PROLETARIAT DE LA CONQUESTA DEL PODER POLÍTIC. El que Marx intentà de fer comprendre a les masses obres, a través de la Internacional, és que a l'acció isolada, dispersa, esporàdica i explosiva, havia de succeir una acció conscient i massiva; acció que la classe obrera només podia exercir dins el marc d'uns partits socialistes organitzats. Gràcies a aquesta definició del «mitjà polític» tal com fou exposat en la Carta del 1864 i reconegut pels diferents congressos, la significació històrica de la Primera Internacional ultrapassa indiscutiblement les dimensions temporals i espacials de la seva existència real.

1. ELS ORÍGENS DE LA PRIMERA INTERNACIONAL

Els antecedents

La idea de la solidaritat de les classes treballadores es troba exposada, ja en l'època de la Revolució francesa, en els escrits de Thomas Paine i en els manifestos de les *Corresponding Societies* angleses, així com en els escrits de Gracchus Babeuf, i, després, del seu deixeble Buonarrotti. En

el curs de la primera meitat del segle XIX, l'organització internacional dels treballadors es troba realitzada per primera vegada en els ambients de L'EMIGRACIÓ POLÍTICA. Tres agrupaments, en els quals hom ha volgut veure els precursors de la Internacional, van reflectir aquestes preocupacions:

1. LA LLIGA DELS JUSTOS havia estat constituïda el 1826 entre els intel·lectuals i els obrers que treballaven a París en el *faubourg Saint-Antoine*, alguns dels quals, a conseqüència del fracàs de la insurrecció blanquista de les «Saisons» el 1839, havien hagut de refugiar-se a Londres, on s'havien reagrupat sota la direcció d'un tipògraf, K. Schapper. Vacil·lant inicialment entre la ideologia weitlingista i els suggeriments de Marx, van cridar aquest darrer a Londres, i, sota la seva influència, es van transformar en Lliga dels Comunistes, amb una organització centralitzada. Després de la revolució del 1848, la Central de la Lliga s'establí a Colònia, on Marx tenia molts partidaris, però no va sobreviure al procés de què van ésser objecte els seus dirigents davant els tribunals d'aquesta ciutat.

2. La societat dels DEMÒCRATES FRATERNALS fou fundada a Londres el 1845 per un cert nombre de cartistes i de demòcrates proscrius, i llançada, sota la direcció de Harney i de Bronterre O'Brien, una premsa obrera remarcable. Estava en relació amb l'Associació democràtica que havien creat a Brussel·les uns radicals belgues, francesos i alemanys, i el primer vice-president de la qual fou Karl Marx. Però els *Demòcrates Fraternal*s van rebre de valent en la repressió que seguí el fracàs del darrer moviment cartista del 1848 i desaparegueren el 1852.

3. El 1856 es formà a Londres una ASSOCIACIÓ INTERNACIONAL constituïda per la unió d'un grup de proscrius francesos que pertanyien a la «Comuna revolucionària» i uns ex-cartistes anglesos que havien format un Comité Internacional per tal d'oposar-se a la vinguda de Napoleó III a Londres en ocasió de la guerra de Crimea. Si bé d'audiència reduïda, l'Associació Internacional prefigura la futura internacional, i diversos dels seus dirigents entraran més tard al Consell general.

Cap d'aquests moviments no tingué esdevenidor, perquè en llur interior s'havia establert una confusió entre les tendències socials dels elements obrers i l'acció essencialment nacional que perseguïen els proscrius polítics. Aquesta confusió és el que explica, d'altra banda, que Marx vacil·lés a col·laborar en la Primera Internacional quan aquesta es formà.

La fundació

«La Internacional és un infant nascut a França i enviat a dida a Londres»: nasqué, en efecte, de l'acord de les dues classes obreres més evolucionades de l'Europa de llavors, l'anglesa i la francesa.

Al capdavant de la classe obrera anglesa es trobaven els dirigents de les TRADE-UNIONS, que es federaven localment, de vegades nacionalment, dins el marc de vastes societats «amalgamades». L'esperit que animava aquelles *trade-unions* era el que en deien «el sindicalisme nou model»; només agrupaven els obrers qualificats (*skilled*), excloent de manera absoluta els peons, i gairebé només es preocupaven de l'eixamplament dels drets polítics i sindicals, recolzant-se en els dos grans partits polítics anglesos, i especialment en el liberal, per obtenir les reformes desitjades, practicaven una acció reformista, però no constituïen agrupaments revolucionaris, ni tan sols socialistes, en tot cas hostils a la lluita de classes. Això no obstant, les *trade-unions* foren conduïdes, des del punt de vista de llur propi interès, a apellar a la solidaritat internacional dels treballadors: per als anglesos, en efecte, es tractava d'impedir que els industrials poguessin apellar, per trencar les vagues, als obrers del continent que tenien massa tendència a acceptar de treballar a Anglaterra per un salari més baix. D'altra banda, ja feia anys que les *trade-unions* s'interessaven vivament pels problemes internacionals: d'aquí la calorosa rebuda a Garibaldi, el 1860 i el 1864; d'aquí el suport atorgat, en oposició a l'actitud oficial del govern, als nordistes en la guerra de Secessió americana; d'aquí, finalment, el suport prestat, el 1863, als insurrectes polonesos i la crida feta, en aquest sentit, als camarades francesos.

Ja el 1862, en ocasió de la tramesa d'una delegació francesa a l'Exposició Universal de Londres, s'havien pres contactes. La tramesa d'aquesta delegació corresponia a la temptativa feta per Napoleó III per conciliar-se, contra les classes dirigents que li mostraven una desconfiança que cada dia anava en augment, certs elements de la classe obrera francesa, sense que per això fos derogada encara la legislació existent que prohibia tota coalició obrera. Els membres de la delegació francesa a Londres, el més notable dels quals era H. TOLAIN, obrer cisellador, eren adeptes del socialisme proudhonià, que prohibia als obrers tota preocupació política: hostils a l'acció directa dels blanquistes, i tot mante-

nint distàncies respecte a l'oposició republicana d'esquerra, partidaris de l'organització de cooperatives i del crèdit mutu, creien que era per mitjans pacífics i a través de la formació intel·lectual com el proletariat podria emancipar-se un dia; de moment, reclamaven la possibilitat per als obrers d'organitzar-se, de dirigir llurs propis afers. En tot cas, es van sentir meravellats de l'eficàcia de les *trade-unions* i a llur retorn van reclamar l'atorgament del dret d'associació i de coalició; la llei del 24 de maig de 1864, dos anys més tard, els concedia el dret de vaga.

Però no fou fins pel juliol del 1863, en ocasió de la invitació dels obrers anglesos, que es constituí a Londres un comitè i que fou redactada una crida per G. Odger, secretari del *London Trades Council*, al qual havia conferit un gran prestigi l'èxit d'una vaga del ram de la construcció. La crida insistia en la necessitat d'organitzar congressos que agrupessin els obrers de tots els països, amb vista, d'una banda, a establir un mitjà de pressió sobre els governs (era evident que els seus autors pensaven en Polònia) i, de l'altra, a lluitar contra certes pràctiques emprades pel món capitalista, com per exemple la de fer venir obrers estrangers per abaixar els salaris i trencar les vagues.

Un any més tard, després d'un llarg bescanvi de correspondència, el 28 de setembre de 1864, se celebrà a Londres EL MITING DE SAINT-MARTIN'S HALL. De fet, les deliberacions, extremament confuses, porten la marca del caràcter virolat de l'assistència: trade-unionistes anglesos, emigrats polítics (polonesos, hongaresos amics de Kossuth, italians sectaris de Mazzini), membres de l'Associació de treballadors alemanys, acabada de fundar sota l'impuls de Lassalle, proudhonians francesos (Tolain, Limousin i Perrachon), i finalment alguns amigrats alemanys, com Eccarius i Marx. La intervenció més important en el curs dels debats fou la de Tolain: «Treballadors de tots els països que voleu ésser lliures, ara us toca a vosaltres de celebrar congressos!... Cal que ens unim per oposar una barrera infranquejable a un sistema funest que dividiria la humanitat en dues classes, una plebs ignorant i famèlica, i uns mandarins pletòrics i panxuts. Salvem-nos per mitjà de la solidaritat». Però, de fet, el congrés es limità a aprovar la creació d'unes seccions europees sota la direcció d'un Comitè central a Londres. El mot «socialisme» no havia estat pronunciat; no havia estat definida cap ideologia ni s'havia previst cap activitat sindical.

Allà fou on intervingué la personalitat de KARL MARX. Com escriurà més tard el suís J. Guillaume, «com el cucut, Marx anà a pondre el seu ou en un niu que no era el seu». Val a dir que Marx havia assistit passivament a la sessió del 28 de setembre, i no sense vacil·lacions acceptà d'aportar la seva col·laboració al Comitè provisional encarregat d'elaborar els estatuts de la Internacional. Qüestions de salut li impediren encara de participar en les primeres sessions. Això no obstant, Marx tingué un paper essencial en l'elaboració dels estatuts, fent rebutjar dos projectes: l'un, degut a un deixeble de Mazzini, el major Wolff, que ho centrava tot en la idea d'emancipació nacional; l'altre, procedent d'un owenista anglès, Weston, de caràcter utòpic. Marx fou encarregat al mateix temps de redactar l'*Endreça inaugural de la Internacional*. En aquests diversos documents, Marx no intentà en absolut d'imposar una doctrina; volgué que es desenvolupessin lliurement les grans associacions proletàries existents, sense fer cas dels errors de què podien ésser víctimes; ni tan sols intentà atacar de front el proudhonisme. L'Associació només és concebuda com «un punt central de comunicació» entre les diverses societats obreres, i la sobirania hi pertanyerà a un Congrés compost dels delegats de les diverses branques de l'Associació, que es reunirà cada any i elegirà el Consell general, responsable davant seu. Marx, però, insistí en dues idees fonamentals per a ell: que «L'EMANCIPACIÓ DE LA CLASSE OBRERA SERÀ OBRA DELS MATEIXOS TREBALLADORS» i que LA CLASSE OBRERA NO POT ÉSSER INDIFERENT A LA CONQUESTA DEL PODER POLÍTIC. La idea essencial que desenvoluparà en aquells anys de lluita és que, contra el poder col·lectiu de les classes posseïdores, el proletariat només pot actuar constituint un partit polític distint, que aquest partit no pot abstenir-se ni de l'acció electoral ni de l'acció parlamentària, i que ha de sostenir les reivindicacions legals idònies per a millorar en el present la situació material dels treballadors. Per fer triomfar les seves idees, Marx donarà proves de prudència; no hi ha en ell ni ombra d'aquell sectarisme del qual serà acusat més tard; però, actuant sempre entre bastidors, s'imposarà per la seva activitat manobrera i la seva força dialèctica, i adquirirà ràpidament en el Consell general una autoritat que serà augmentada encara, a partir del 1870, per la presència d'Engels al seu costat, a títol de secretari corresposal per a Alemanya i Itàlia.

2. LES LLUITES I LA DECADÈNCIA DE L'A. I. T.

Efectius i mitjà d'acció de l'A. I. T.

AVIAT ES FORMÀ UNA LLEGENDA SOBRE LA IMPORTÀNCIA NUMÈRICA DE LA INTERNACIONAL, propagada alhora pels seus enemics i pels seus partidaris. En ocasió del procés contra la secció francesa de la Internacional, pel juny del 1870, el fiscal general fixà els efectius de la Internacional en 811.513 membres, dels quals uns 443.000 corresponien a França; un francès, O. Testut, que visquè en la fòbia contra la Internacional, parla en el seu *Llibre blau* de cinc milions de membres. Són xifres sense cap relació amb la realitat. És sabut que les finances del Consell general sempre van ésser insignificants. De fet, cal distingir entre els adherents personals, que foren molt poc nombrosos (uns 2.000 a França, i menys de 300 a Anglaterra) i els membres de les grans organitzacions sindicals i dels partits que, en un moment donat, van declarar que s'adherien col·lectivament al moviment de la Internacional. Però ni tan sols aquests van ésser mai tan nombrosos com alguns han pretès: en el punt més fort és indubtable que hi havia a Anglaterra 50.000 adherents, que no és gaire, si pensem que les *trade-unions*, en la mateixa època, tenien 800.000 membres; a França, unes quantes desenes de milers, a tot estirar, i un màxim de 6.000 a Suïssa. El reclutament no es féu pas en les noves indústries sorgides de la revolució industrial, sinó dins els vells oficis, sovint en les indústries en decadència, més en el ram tèxtil que no en la metallúrgia; només a Bèlgica sembla que la gran indústria fou tan afectada com l'artesanat clàssic.

Contràriament al que hauria pogut suposar-se, LA INFLUÈNCIA DE LA INTERNACIONAL FOU FEBLE EN ELS MEDIS SINDICALISTES, els quals, tot i que havien contribuït a la seva fundació i eren vastament representats en el Consell general, manifestaven respecte a la Internacional una reserva que cada dia anava en augment. El *London Trades Council* es negà categòricament a afiliar-s'hi (1866). Deixant de banda els mòbils egoistes de competència, les *trade-unions*, que són organitzacions reformadores i realistes, van fer molt poc cas de la Internacional. En canvi, l'A.I.T. OBTINGUÉ UN GRAN RESSÒ ENTRE LES ORGANITZACIONS OBRERES DEL CONTINENT, perquè INTERVINGUÉ EN LES VAGUES EN DIVERSES OCASIONS I AMB ÈXIT, i muntà

una organització internacional de socors. El cas més remarkable fou el de la vaga dels obrers bronzistes de París, el 1867, els quals, intimats per llurs amos a abandonar llur societat de crèdit mutu i amenaçats amb un *lock-out* si s'hi negaven, van apellar a la Internacional, i, gràcies a la seva ajuda, van poder obligar els amos a cedir. Seguiren d'altres exemples: «La vaga ha fet bé —constata després de la vaga dels obrers de la construcció de Ginebra un delegat d'aquesta ciutat al congrés de Brusselles del 1868—. Els burgesos, encara que es tracti d'una república, van ésser pitjors que enlloc, i els obrers van aguantar ferm. Abans de la vaga només hi havia dues seccions; ara són vint-i-quatre, amb un total de quatre mil membres.» Certament, no totes les vagues són victorioses; però fins i tot quan fracassen, com la dels cintaires de Basilea el 1869, provoquen un moviment de solidaritat que beneficia l'A. I. T. Amb raó s'ha pogut dir que «si la Internacional no llançà els obrers a la vaga, la vaga els llançà a la Internacional». El Consell general de Londres constata després de la vaga dels cotonaires de Ruan del desembre del 1968: «El fracàs material d'aquesta revolta econòmica fou àmpliament compensat pels seus resultats morals. Allistà els obrers cotonaires de Normandia a l'exèrcit revolucionari.» Després d'esdeveniments d'aquesta mena, els efectius d'una secció s'inflen, de vegades desmesuradament, per a baixar altra vegada després, i fins i tot desaparèixer.

L'obligació en què es troben els agrupaments de l'A. I. T. de sostenir els obrers en vaga la porta forçosament a endurir la seva política, a prendre posició contra els patrons i el govern. A conseqüència d'això, dins la Internacional, els reformistes perden terreny en benefici dels partidaris de l'acció revolucionària. Aquesta evolució és particularment discernible en el cas de les seccions franceses, la xarxa de les quals adquirí, a partir del 1868, una gran densitat. La primera oficina de la secció parisenca de la Internacional, establerta a la *Rue dels Gravilliers*, i que originalment compta amb 200 membres, és d'inspiració proudhoniana «estricta»: Tolain la dirigeix dins un esperit mutualista, cooperativista, amb gran cura de no comprometre l'A. I. T. en els afers polítics; per això és vist amb desconfiança no solament pels blanquistes, sinó també pels republicans, els quals denuncien les seves preteses concomitancies amb el govern de Napoleó III, i les seves simpaties pel que en diuen un «socialisme imperialista». L'Imperi, originalment, no fou sistemàticament hostil a la Internacional; però molt aviat s'a-

donà que aquesta sostenia els moviments subversius, que participava en certes manifestacions dirigides contra el règim, com l'homenatge retut a l'heroi de la revolució veneçiana del 1848, Manin. Pel desembre del 1867 la Internacional és sotmesa a procés, com a associació no autoritzada de més de vint membres. La conseqüència és que la segona directiva que es constitueix el 1868 i que és dominada per la personalitat d'EUGÈNE VARLIN adopta una posició més radical: proudhonià «ampli», Varlin no pot concebre un moviment obrer sense perspectives polítiques, es declara partidari d'un «collectivisme antiestatista» i adopta respecte a la vaga una actitud més positiva. En el curs del procés al qual serà sotmès pel maig del 1868 i que conduirà a una nova dissolució de la secció parisenca, declararà: «Si, davant la llei, vosaltres sou jutges i nosaltres acusats, davant els principis uns i altres som dos partits, vosaltres el partit de l'ordre, i nosaltres el partit dels reformadors, el partit socialista. Preneu el pols a l'època actual i hi copsareu un odi sord entre la classe que vol conservar i la que vol adquirir.» L'onada de vagues de 1868-1869 afavoreix el desenvolupament del moviment, que controla la Cambra federal formada per les principals cambres sindicals de la capital i que ha format una xarxa de federacions de barri, aplegades a llur torn en una federació de les seccions parisenques. Una tasca anàloga ha estat realitzada en les grans ciutats de províncies, a Roan per E. Aubry, a Lió per A. Richard, a Marsella per Bastelice. La Internacional ha esdevingut un poder susceptible de mobilitzar masses considerables, com per exemple el dia del funeral de Victor Noir, i que intervé en el plebiscit del 1870 per aconsellar l'abstenció. El govern es decidí, el 30 d'abril del 1870, a adoptar mesures d'arrest contra els seus caps, i Varlin només se'n pogué escapar fugint a Brusel·les.

Si a França —com a Bèlgica— són les associacions obres allò que constitueix la força principal de l'A. I. T., aquesta pot comptar, a Alemanya, amb el suport d'un partit organitzat. En aquest país, fou un demòcrata, refugiat a Suïssa després de la revolució del 1848, J.-P. Becker, l'òrgan del qual és el *Vorbote*, qui creà la majoria de les seccions de la Internacional. Marx comptava, d'altra banda, a Alemanya, amb un fervent deixeble, W. Liebknecht, el qual, havent-se separat del moviment lassallià, el patriotisme prussià del qual combatia, havia fundat amb Bebel una Unió de les associacions obreres, el congrés de la qual, el 1868, a Nurem-

berg, es pronuncià a favor de les idees de la Internacional; i quan fou constituït el 1869, per la fusió de la Unió amb certs grup lassallians dissidents, el primer PARTIT SOCIAL-DEMÒCRATA a Eisenach, aquest acceptà, sense adherir-se a l'A. I. T. (cosa que li era prohibida per les lleis alemanyes), de reconèixer la direcció moral del Consell general de Londres. Si el nou partit és lluny de correspondre als ambiciosos projectes que Marx havia nodrit pensant en Alemanya, és, de tots els agrupaments que es consideren de l'A. I. T., el que es troba més a prop del pensament marxista.

Els conflictes ideològics

De fet, Marx no cessà, en el curs de la breu vida de la Primera Internacional, de topar amb UNA DOBLE OPOSICIÓ, LA DELS PROUDHONIANS I LA DELS BAKUNINISTES. El 1871 Marx escrivia: «La història de la Internacional ha estat una lluita contínua del Consell general contra les sectes i les temptatives d'aficionats que intentaren sempre de mantenir-se contra el moviment real de la classe obrera dins la mateixa Internacional. Aquesta lluita fou menada en els congressos, però més encara en les negociacions privades del Consell general amb cada secció en particular.»

Reclutats sobretot dins la delegació francesa, els proudhoniàns desitjaven una evolució pacífica i progressiva, i rebutjaven tota mena de consigna revolucionària; així, Fribourg veu en la Internacional «un instrument per a ajudar el proletariat a conquerir pacíficament, legalment i moralment el lloc que li pertoca en la civilització». Desconfiant de les vagues, que ells consideren de vegades inevitables, però sempre indesitjables, condemnen igualment tota mena de legislació social, tota intervenció de l'Estat en les relacions entre el capital i el treball. Marx sent per ells una viva hostilitat; parla en la seva correspondència del «sentimentalisme», de la «fraseologia horrible» dels socialistes francesos, i en la seva veement reprovació li fan costat els trade-unionistes anglesos; això no obstant, evita d'atacar-los de front, i està disposat a àmplies concessions. D'altra banda, als primers anys, els proudhoniàns reeixiren a imposar llur punt de vista. Quan es reuní, el 1865 —en substitució d'un congrés impossible—, la primera conferència dels secretaris de secció, els francesos van fer fracassar la votació d'una resolució a favor de la reconstitució de Polònia, perquè es trac-

tava d'una qüestió «política» que no tenia lloc en una assemblea obrera i perquè la resolució s'inspirava en el principi de la nacionalitat, la nocivitat del qual havia estat demostrada per Proudhon. En el CONGRÉS DE GINEBRA (1866), Tolain i Fribourg van definir el principi de l'emancipació obrera per mitjà de la generalització del mutualisme, i s'oposaren amb èxit a la vaga com a mètode de combat revolucionari; malgrat tot, no van aconseguir de fer acceptar el principi que l'ingrés a l'A. I. T. havia d'ésser reservat als treballadors manuals. En el CONGRÉS DE LAUSANA (1867), la preponderància francesa encara és clara, però ja minva; el proudhonisme es descompon a poc a poc; en particular el belga César de Paepe, poc abans encara anarquista proudhonià, es pronuncià a favor de la collectivització de les terres. En els dos congressos següents es manifestarà la victòria definitiva del collectivisme per damunt del proudhonisme. A BRUSSELLES, el 1868, el Congrés, a proposició de César de Paepe, es pronuncià a favor de l'apropiació col·lectiva del sòl, de les mines i dels ferrocarrils; i votà una resolució a favor de la creació de societats cooperatives destinades a explotar les riqueses que pertanyien a l'Estat. Finalment, el CONGRÉS DE BASILEA, la importància del qual prové del fet que revesteix un caràcter plenament internacional, declara, el 1869, per una majoria molt forta, que la societat té dret a abolir la propietat individual del sòl i a fer-lo entrar dins el domini de la comunitat.

És precisament en el congrés de Basilea on BAKUNIN farà la seva primera aparició en l'escena de la Internacional i on s'emportarà el seu primer triomf. Establert des del 1864 a Itàlia, intentà utilitzar els agrupaments creats per Mazzini, del qual, d'altra banda, condemna la ideologia nacionalista i religiosa, per constituir una mena de Fraternitat internacional de caràcter secret. Per afermar la seva influència, intenta entrar en relació, però sense èxit, amb la Lliga de la pau i de la llibertat, organització internacional creada per burgesos republicans i que celebrà el 1868 un congrés a Ginebra. Finalment funda L'ALIANÇA INTERNACIONAL DE LA DEMOCRÀCIA SOCIALISTA, que demana d'adherir-se a la Internacional; el Consell refusà la seva introducció en bloc, però autoritzà finalment l'adhesió individual de les diverses seccions de l'Aliança; i així fou com Bakunin, en qualitat de representant de la secció de Ginebra, assistí al congrés de Basilea. Hi aconseguí un triomf contra Marx en fer aprovar el principi de la supressió completa de l'herència.

L'oposició entre Marx i Bakunin es basa no solament en les qüestions de doctrina —Bakunin és anarquista i federalista—, sinó en els mètodes que la classe obrera ha d'emprar per a assolir la victòria: Bakunin condemna la participació en les eleccions, la lluita per les reformes socials; més que amb les minories selectes i obrers, compta amb els camperols pobres i amb els intel·lectuals per a realitzar la revolució. Finalment, pel que fa a l'organització de l'A. I. T., BAKUNIN ES MOSTRA, EN CONTRA DE MARX, HOSTIL A TOTA MENA DE CENTRALITZACIÓ, I COMBAT, EN CONSEQÜÈNCIA, L'AUTORITAT DEL CONSELL GENERAL PER DAMUNT DE LES SECCIONS. Si tenim en compte les diferències fonamentals de temperament, la rusofòbia de Marx i la germanofòbia de Bakunin, comprendrem que l'oposició entre els dos homes era insuperable.

De fet, Bakunin imposa igualment als moviments revolucionaris que crea una subordinació absoluta de l'individu a l'organisme director. En particular la *Fraternitat internacional*, tropa de xoc dins l'*Aliança democràtica*, és sotmesa a una disciplina rigorosa respecte a aquesta. Bakunin reconeix en una lletra a A. Richard del 1870 que per a dirigir una revolució cal una dictadura, una «dictadura sense faixa, sense títol, sense dret oficial, i justament més poderosa perquè no tindrà cap de les aparences del poder». En la seva política de creació de cèl·lules dins les seccions, no cedeix en res a les maniobres de Marx per restar amo de la Internacional. En el fons és partidari de la teoria blanquista de les «minories actives», però en la seva polèmica amb Marx fou induït a insistir en el perill que constituïa tot autoritarisme, en el valor de l'espontaneïtat de les masses i en l'autonomia de les federacions.

La influència de Bakunin no trigà a exercir-se en diferents seccions de la Internacional, feblement a França, on gairebé només foren conquistats Richard i Bastelica, molt més fortament en els països econòmicament poc desenvolupats i en aquells on l'artesanat continuava essent el factor essencial de la producció industrial. A Itàlia, la influència bakuninista s'exerceix, a través de la *Fraternitat internacional*, organització secreta paral·lela a l'*Aliança democràtica*, en un cert nombre d'intel·lectuals, napolitans la majoria, decebuts per la manera com s'havia realitzat la unitat de llur

país, així com en un medi econòmic que sofreix la preponderància del Nord; l'*Egalianza* és llur òrgan; del garibaldisme passa al bakunisme A. Costa; del marxisme C. Cafiero. També és un italià, G. FANELLI, qui posa les bases de l'organització anarquista a Barcelona, dins un món obrer profundament decebut per l'experiència liberal burgesa durant els anys 50, en una població exasperada; és en el congrés de Barcelona, pel juny del 1870, on s'agrupen les 150 societats de la federació espanyola, la qual disposa de la *Solidaridad* a Madrid i de la *Federación* a Barcelona per a propagar les seves idees; Marx envia el seu gendre P. Lafargue a Madrid i crea l'*Emancipación*, però això no constitueix una resposta eficaç. Finalment, a la Suïssa francesa, i en particular en la regió de fabricació rellotgera, la influència de Bakunin s'exerceix en homes com el tipògraf J. GUILLAUME, l'obrer rellotger Schwitzguébel, que insistiren, contra el doctor Coullery, editor de la *Voix de l'Avenir*, en el caràcter apolític de la Internacional i fundaren una federació dissident, d'inspiració anarquista, en el congrés de la Chaux-de-Fonds (abril de 1870), que l'any següent adoptà el nom de «FEDERACIÓ JURASSIANA». La posta essencial entre socialistes i anarquistes suïssos és el diari de Ginebra *L'Egalité*, que continua en mans dels partidaris de Marx. En ocasió de la querella suïssa, Marx denuncià les intrigues dels bakunistes en una «nota confidencial» enviada a totes les seccions.

La prova de la guerra del 1870 i de la Comuna

No seran pas les proves de la guerra i de la Comuna les que, contràriament al que hom podria creure, enterraran l'A. I. T. Aquesta, al contrari, les travessà sense perdre l'essencial de la seva cohesió i de la seva influència.

La guerra franco-prussiana provocà entre els socialistes alemanys reaccions diferents. Sota la influència de Marx i d'Engels, que, com ho demostra llur correspondència, tenien tendència a veure en la victòria dels exèrcits alemanys la de llur pròpia ideologia sobre el proudhonisme («els francesos necessiten una bona pallissa», escrivia Engels el 20 de juliol de 1870), el comitè de Brunsvic, que presideix els destins del Partit socialdemòcrata, considera que Alemanya fa una guerra defensiva; en canvi BEBEL I LIEBKNECHT, DIPUTAT DEL REICHSTAG DES DEL 1867, S'ABSTENEN, EL 19 DE JULIOL, EN LA

VOTACIÓ DELS CRÈDITS MILITARS. Però la ràpida desfeta dels exèrcits francesos i la proclamació de la república a París va reunificar contra llur govern els internacionalistes alemanys; el 5 de setembre, el comitè de Brunsvic, segons l'opinió del Consell general, va reconèixer la República francesa i protestà contra tota temptativa d'anexió de l'Alsàcia i la Lorena. El *Volkstaat*, l'òrgan socialdemòcrata, escrivia llavors: «Fins al 4 de setembre la guerra era per a Alemanya una guerra de defensa. Però aquesta guerra s'ha acabat. Si continuava, seria una guerra de conquesta, una guerra de la monarquia contra la república, una guerra de la contrarevolució contra la revolució, una guerra que la democràcia alemanya té el deure de combatre al costat de la República francesa.» Bebel i Liebknecht, el 4 de setembre, havien de refusar els crèdits necessaris per a la continuació de la guerra, la qual cosa provocà llur detenció; el 1872 foren objecte d'un procés espectacular per traïció.

Les seccions franceses de la Internacional, afeblides per les persecucions sistemàtiques de què havien estat víctimes a la fi de l'Imperi, no van tenir un paper preponderant ni en els esdeveniments que van seguir la proclamació de la República (la temptativa de Bakunin per apoderar-se de Lió el 28 de setembre no durà gaire), ni durant el setge de París, ni en la insurrecció del 18 de març, que fou obra de la Guàrdia nacional. DINS EL CONSELL DE LA COMUNA, ELS «INTERNACIONALS», EN NOMBRE D'UNA TRENTENA, PERÒ MOLT DIVIDITS ENTRE ELLS, NOMÉS OCUPEN LLOCS SECUNDARIS de caràcter econòmic o administratiu; resten molt moderats en llurs reivindicacions socials, per oposició a la majoria «jacobina», i constitueixen una força de ponderació. Quant al Consell general de l'A. I. T., no encoratjà en absolut la revolta del 18 de març; això no obstant, seguí amb interès i simpatia la Comuna, procurant de donar a conèixer a les diverses seccions «la veritable significació d'aquesta grandiosa manifestació parisenca», respecte a la qual Marx, tot i que envià a París un amic seu, Serrailleur, i adreçà cartes de consell als membres de la Comuna, no havia fet cap al·lusió. Marx transfigurà aquesta revolució amb la interpretació que en dóna en nom del Consell general en escriure el seu estudi, *La Guerra civil a França*, en el qual presenta la Comuna com l'herald d'una societat nova; la felicita per haver «destruït l'Estat opressor, amputant els òrgans purament repressius de l'antic poder governamental», destrossant la màquina de l'Estat burgès, suprimint la policia, la burocràcia, els exèrcits

permanents, afeblint el poder dels capellans per mitjà de la separació de l'Església i de l'Estat, anorreant la centralització gràcies a la lliure federació de les comunes de França, emprenent la reforma del treball per mitjà de l'organització de cooperatives de producció. Als ulls de Marx, la Comuna constituïa el tipus d'organització política transitòria que corresponia a la dictadura del proletariat, en el qual l'Estat es transformava d'opressor en emancipador.

Certament, la Comuna tingué per a la Internacional conseqüències serioses. Sota el cop de la repressió, la branca francesa desaparegué, i J. Favre envià, pel juny del 1871, una circular a les potències demanant d'adoptar conjuntament mesures contra la Internacional; Bismarck preparà una conferència internacional que només la resistència del govern anglès fa fracassar; la repressió es llança contra les seccions d'Alemanya i Austria-Hongria. A Anglaterra, finalment, els trade-unionistes Odger i Lucraft es neguen a signar la declaració a favor de la Comuna i es retiren del Consell general. Tanmateix, la Comuna no paralitzà en absolut l'activitat de l'A. I. T.; a causa de l'esperança i de l'entusiasme que ha suscitat, constatem el 1871 un nou i no menys poderós esforç d'organització a Itàlia, a Espanya, a Dinamarca, a Holanda i sobretot a Bèlgica, que disposa ara de diaris importants, com l'*International* de Brussel·les, on E. Steens intenta una campanya d'explicació dels esdeveniments de París. Engels pot parlar d'«èxits colossals» en aquests països. La Comuna, finalment, provocà la formació en els països txecs de Bohèmia dels primers agrupaments internacionals.

La fi de la Internacional

NO VAN ÉSSER, DONCS, ELS ESDEVENIMENTS DE 1870-71, ELS QUE VAN PROVOCAR LA DISSOLUCIÓ DE L'A. I. T., SINÓ LES DIVISIONS INTERNES que, fins, el 1870, només havien tingut un paper secundari, però que, situades altra vegada en llur context nacional, esdevingueren el factor essencial de descomposició. De fet, no es tracta tant d'un conflicte entre marxisme i anarquisme com d'una protesta general, però particularment viva, a l'interior dels joves moviments dels països mediterranis, contra la pretesa «dictadura» del Consell general, per tant, d'UNA ACTITUD «ANTIAUTORITÀRIA» que es troba en relació amb la nacionalització, ja creixent, dels moviments obrers.

Si en la CONFERÈNCIA DE LONDRES (setembre de 1871) Marx, disposant encara del ple suport del Consell general, reeixí encara a imposar els seus punts de vista, a fer votar una resolució sobre l'acció política de la classe obrera, i a obtenir la condemnació de la federació jurassiana bakuninista, l'oposició no trigaria a materialitzar-se, inicialment en el congrés de la secció del Jura a Sonvillier, que es negà, sota la influència de J. Guillaume, a subscriure les decisions de Londres i després en el congrés de Rímmini, que fou testimoni de la fusió de la federació de les seccions italianes i que decidí de trencar completament amb el Consell general, mentre Marx i Engels denunciaven en *Les preteses escissions de la Internacional* la voluntat de Bakunin d'apoderar-se de l'A. I. T. El conflicte tingué el seu epíleg en el CONGRÉS DE LA HAIA (setembre de 1872), en el curs del qual Marx, que continuava disposant, gràcies al suport del Consell general, d'una forta majoria, féu excloure Bakunin i J. Guillaume, però féu decidir al mateix temps el trasllat del Consell general de Londres a Nova York, la qual cosa constituí de fet per a la Primera Internacional el cop de gràcia. ¿Creia Marx que la Internacional recobriria una nova joventut als Estats Units, com en formulà l'esperança al seu amic Sorge, membre del Consell general de Nova York? Al contrari, està convençut que l'A.I.T. es troba massa dividida a Europa per a poder continuar útilment la seva tasca; la majoria de les seccions dels Estats meridionals han esdevingut bakuninistes; els proscrius francesos a Londres són blanquistes; els anglesos són trade-unionistes; l'únic element amb el qual Marx pot comptar, a part uns quants emigrants que viuen a Londres, és la socialdemocràcia alemanya, però aquesta es troba massa implicada en les seves dificultats nacionals per a poder-li aportar una ajuda eficaç: cal, doncs, renunciar. MARX NO VOL QUE L'A. I. T. CAIGUI A LES MANS DELS SEUS ADVERSARIS, però desitja, en canvi, que cedeixi el lloc a noves formes de lluita, més adequades a les circumstàncies, i que es generalitzaran en el curs dels anys següents.

L'A. I. T. s'extinguí suaument: el congrés de Filadèlfia del juliol del 1876 decretà la dissolució del Consell general. Les seccions antiautoritàries, els ideals de les quals s'expressen des de 1872 en el *Bulletin de la Fédération Jurassienne*, havien celebrat a Saint-Imier, sota la presidència de Bakunin i d'A. Costa, un congrés en el curs del qual rebutjaren les decisions de La Haia i es presentaren des de llavors com la veritable Internacional; comptant amb el suport general,

llevat dels grups alemanys, pogueren reunir el 1873 un nou congrés a Ginebra, que reorganitzà la Internacional sobre la base de l'autonomia de les seccions i presentà la vaga general com a mitjà d'emancipació revolucionària del proletariat. De fet, la desunió no trigà gens a manifestar-se, i molts estaven cansats de la dictadura de Bakunin, el qual abandonà el moviment el 1874, mentre que els anarquistes italians es comprometien, el 1874 i el 1876, en insurreccions sense esdevenidor. LA INTERNACIONAL ANTIAUTORITÀRIA celebrà el seu darrer congrés a Verviers el 1877, les seccions jurassianes a la Chaux-de-Fonds el 1880. Una temptativa per reorganitzar la Internacional, empresa a Ginebra el 1877, i en la qual participaren homes com Liebknecht, César de Paepe i l'anarquista Kropotkin, havia restat sense resultats.

Certament, la Primera Internacional no havia arribat mai a les masses, especialment les afectades per la gran indústria moderna; la seva organització havia estat constantment deficient, els militants mancats d'experiència, les cotitzacions mal pagades, els adherents massa sovint infidels. No és gens segur que els membres de la Internacional haguessin estat sempre capaços de comprendre el missatge de solidaritat internacional que els anava adreçat, i molts van caure en el *chauvinisme*, com tants obrers francesos després de la guerra del 1870. ¿En què consisteix, doncs, la importància de la Internacional? A haver propagat, a través del Consell general i dels emigrats polítics, un cert nombre de principis comuns, a haver establert una certa unitat en les consciències, sense la qual hauria estat inconcebible el desenvolupament del socialisme després del 1880. La Internacional no fou un «mite» com sovint s'ha dit, sinó un moviment real que cristallitzà les aspiracions profundes de la classe obrera i tingué el paper d'agent catalitzador per a la formació de la consciència de classe del proletariat. El punt essencial de la Primera Internacional, doncs, no és tant les seves realitzacions com les seves anticipacions, no és tant la vida efímera de les seccions com els impulsos que els foren dictats des de dalt: «Una ànima gran dins un cos petit.»

DOCUMENTS

1. PREÀMBUL I ESTATUTS DE LA INTERNACIONAL

Considerant:

Que l'emancipació dels treballadors ha d'ésser obra dels mateixos treballadors, que els esforços dels treballadors per conquerir llur emancipació no han de tendir pas a constituir nous privilegis, sinó a establir per a tots els mateixos drets i els mateixos deures;

Que la subjecció del treballador al capital és la font de tota servitud: política, moral, material;

Que, per aquesta raó, l'emancipació econòmica dels treballadors és la gran meta a la qual cal subordinar tot moviment polític;

Que tots els esforços fets fins ara han fracassat per manca de solidaritat entre els obrers de les diverses professions a l'interior de cada país, i d'una unió fraternal entre els treballadors de les diverses contrades;

Que l'emancipació dels treballadors no és pas un problema simplement local o nacional, sinó que, al contrari, aquest problema interessa totes les nacions civilitzades i la seva solució va necessàriament subordinada a llur concurs teòric i pràctic;

Que el moviment que s'acompleix entre els obrers dels països més industrials d'Europa, en fer néixer noves esperances, formula un solemne advertiment de no recaure en els vells errors, i aconsella de combinar tots aquests esforços isolats;

Per aquestes raons,

Els sotassignats, membres del Consell elegit per l'assemblea celebrada el 28 de setembre de 1864 a Saint-Martin's Hall, a Londres, han pres les mesures neces-

sàries per a fundar l'Associació internacional dels treballadors...

Dins aquest esperit han redactat el reglament provisional de l'Associació internacional.

ESTATUTS

ARTICLE PRIMER. És establerta una associació per proporcionar un punt central de comunicació i de cooperació entre obrers de diferents països que aspiren a una mateixa finalitat: l'ajut mutu, el progrés i l'afranquiment complet de la classe obrera.

ART. II. El nom d'aquesta associació serà: *Associació internacional dels treballadors*.

ART. III. El 1865 tindrà lloc, a Bèlgica, la reunió d'un congrés general. Aquest congrés haurà de fer conèixer a Europa les aspiracions comunes dels obrers; establir el reglament definitiu de l'Associació internacional; examinar els millors mitjans per a assolir l'èxit de la seva tasca, i elegir el Consell general de l'Associació. El congrés es reunirà una vegada l'any.

ART. IV. El Consell general tindrà la seva seu a Londres i es compondrà d'obriers que representaran les diferents nacions que formen part de l'Associació internacional. Enclourà, segons les necessitats de l'Associació, els membres del *bureau*, tals com president, secretari general, tresorer i secretaris particulars per als diferents països.

ART. V. A cada congrés anual, el Consell general farà un informe públic de les tasques de l'any. En cas d'urgència, podrà convocar el congrés abans del terme fixat.

ART. VI. El Consell general establirà relacions amb les diferents associacions obreres, de tal manera que els obrers de cada país es trobin constantment al corrent dels moviments de llur classe en els altres països; que sigui feta simultàniament, i dins un mateix esperit, una enquesta sobre l'estat social; que les qüestions proposades per una societat, i la discussió de les quals siguin d'interès general, siguin examinades per totes, i que quan una idea pràctica o una dificultat interna-

cional reclami l'acció de l'Associació, aquesta pugui actuar d'una manera uniforme. Quan això li semblarà possible, el Consell general prendrà la iniciativa de proposicions a sotmetre a les societats locals o nacionals.

ART. VII. ...Els membres de l'Associació internacional hauran de fer tots els esforços, en cada país, per reunir en una associació nacional les diverses societats d'obriers existents així com per crear un òrgan especial... obstacles legals a part, cap societat local no és dispensada de mantenir contacte directament amb el Consell general a Londres.

ART. VIII. Fins a la primera reunió del congrés obrer, el Consell elegit pel setembre actuarà com a Consell general provisional. Intentarà de posar en contacte les societats obreres de tots els països. Agruparà els membres del Regne Unit. Prendrà les mesures provisionals per a la convocatòria d'un congrés general, discutirà amb les societats locals o nacionals les qüestions que hauran d'ésser plantejades davant el congrés.

ART. IX. Cada membre de l'Associació internacional, en canviar de país, rebrà l'ajut fraternal dels membres de l'Associació.

ART. X. Si bé unides per un llaç fraternal de solidaritat i de cooperació, no per això les societats obreres deixaran d'existir sobre les bases que els són particulars.

*Extret de La Première Internationale.
Recueil de documents publiés sous la
direction de J. Freymond, t. I, Ginebra,
Droz, 1962, pp. 10-12.*

2. RESOLUCIONS DE LA CONFERÈNCIA DE LONDRES DEL 1871

K. Marx recorda als membres de la Internacional la necessitat per al proletariat de constituir-se en partits polítics:

Considerant a més:

Que, contra aquest poder col·lectiu de les classes posseïdores, el proletariat no pot actuar com a classe sinó constituint-se ell mateix en partit polític distint,

oposat a tots els vells partits formats per les classes posseïdores;

Que aquesta constitució del proletariat en partit polític és indispensable per a assegurar el triomf de la revolució social i de la seva finalitat suprema: l'abolició de les classes;

Que la coalició de les forces obreres ja obtinguda per mitjà de les lluites econòmiques ha de servir també de palanca a les mans d'aquesta classe en la seva lluita contra el poder polític dels seus explotadors,

La Conferència recorda als membres de la Internacional: que en l'estat militant de la classe obrera, el seu moviment econòmic i la seva acció política es troben indissolublement units.

Extret de *La Première Internationale...*, t. II, p. 236.

3. EL PUNT DE VISTA BAKUNINISTA

I.— *El congrés romand (de la Suïssa francesa) de la Chaux-de-Fonds adopta, per l'abril del 1870, la resolució següent:*

Considerant que l'emancipació definitiva del treball només pot tenir lloc per mitjà de la transformació de la societat política, fundada en el privilegi i l'autoritat, en societat econòmica, basada en la igualtat i la llibertat;

Que tot govern o Estat polític no és altra cosa que l'organització de l'explotació burgesa, explotació la fórmula de la qual és anomenada dret jurídic;

Que tota participació obrera en la política burgesa governamental no pot tenir altres resultats que la consolidació de l'ordre de coses existent, cosa que paralitzaria l'acció revolucionària socialista del proletariat,

El congrés romand recomana a totes les seccions de l'Associació internacional dels treballadors de renunciar a tota acció que tingui per fi d'operar la transformació social per mitjà de reformes polítiques nacionals i d'aportar tota llur activitat a la qüestió fe-

derativa dels cossos d'oficis, únic mitjà d'aconseguir l'èxit de la revolució social. Aquesta federació és l'única veritable representació del treball, que ha de tenir lloc absolutament a l'exterior dels governs polítics.

Extret de J. FREYMOND, *Études et Documents sur la Première Internationale en Suisse*, Ginebra, Droz, 1964, pp. 225-226.

II.— *Bakunin, en una lletra a un amic italià, Rubicone Nabruzzi, del 23 de juliol de 1872, expressa la seva opinió sobre Marx:*

Marx és un comunista autoritari i centralista. Vol el mateix que volem nosaltres: el triomf complet de la igualtat econòmica i social, però dins l'Estat i pel poder de l'Estat; per mitjà de la dictadura d'un govern provisional, molt fort i, per dir-ho així, despòtic, és a dir, negant la llibertat. El seu ideal econòmic és l'Estat convertit en únic propietari de la terra i de tots els capitals, creant la primera per mitjà de les associacions agrícoles, ben retribuïdes i dirigides pels seus enginyers civils, i finançant per mitjà dels segons les associacions industrials i comercials.

Nosaltres volem aquest mateix triomf de la igualtat econòmica i social, per mitjà de l'abolició de l'Estat i de tot el que se'n diu el dret jurídic i que, segons nosaltres, és la negació permanent del dret humà. Nosaltres volem la reconstitució de la societat i la constitució de la unitat humana, no de dalt a baix per via de cap autoritat, sinó de baix a dalt, per la federació lliure de les associacions obreres de tota mena, emancipades del jou de l'Estat.

...Hi ha una altra diferència, aquesta vegada completament personal, entre nosaltres. Enemics de tot absolutisme doctrinari, així com pràctic, nosaltres ens inclinem amb respecte no pas davant les teories que no podem acceptar com a veritables, sinó davant el dret de cadascú de seguir i propagar les seves... No és pas aquesta l'actitud de Marx. Marx és tan absolut en les teories com ho és, quan pot, en la pràctica. A la seva intel·ligència, realment eminent, uneix dos defec-

tes detestables: és vanitós i gelós. Sentia horror per Proudhon, només perquè aquest gran nom i aquesta fama tan legítima li feien ombra. No hi ha cosa infame que no hagi escrit contra ell. Marx és personal fins a la demència. Diu: «les meves idees», negant-se a comprendre que les idees no pertanyen a ningú, i que si ho mirem bé descobrirem que precisament les millors, les idees més grans han estat sempre el producte del treball instintiu de tothom; allò que pertany a l'individu no és sinó l'expressió, la forma...

Marx és un jueu alemany, com molts d'altres caps i sots-caps del mateix partit a Alemanya. En aquest aspecte, d'altra banda, els mazzinians comencen a assemblar-se als marxistes. Diries que tots els autoritaris s'assemblen.

Extret de M. MOLNAR, *Le Déclin de la Première Internationale. La conférence de Londres 1871*, Ginebra, Droz, 1963, pp. 161-162.

4. CONDEMNACIÓ PER MARX DE L'ALIANÇA DEMOCRÀTICA DEL 1873

Després del congrés de La Haia, K. Marx publicà sota el títol de L'Aliança de la democràcia socialista i l'A. I. T. (Londres, juliol de 1873) un atac contra els anarquistes. Heus aquí com acaba:

Tot deixant la llibertat més completa als moviments i aspiracions de la classe obrera en els diferents països, la Internacional havia reeixit, però, a reunir-la en un sol feix i a fer sentir, per primera vegada, a les classes dirigents i a llurs governs el poder cosmopolita del proletariat. Les classes dirigents i els governs van reconèixer aquest fet concentrant llurs atacs contra l'òrgan executiu de la nostra Associació, el Consell general. Aquests atacs s'havien accentuat cada vegada més des de la caiguda de la Comuna. I heus aquí el moment escollit pels aliancistes per declarar per llur banda guerra oberta al Consell general! Segons ells, la seva influència, arma poderosa a les mans de la Internacional, no era sinó una arma dirigida contra

ella. Era el preu d'una lluita, no contra els enemics del proletariat, sinó contra la mateixa Internacional. Segons ells, les tendències dominadores del Consell general havien triomfat damunt l'autonomia de les seccions i de les federacions nacionals. Bastava decapitar la Internacional per a salvar l'autonomia.

En efecte, els homes de l'Aliança sabien que, si no aprofitaven aquest moment decisiu, estava llesta la direcció secreta del moviment proletari somiat pels cent germans internacionals de Bakunin. Llurs invectives trobaren un eco d'aprovació en la premsa policíaca de tots els països.

Llurs frases sonores d'autonomia i de lliure federació, en un mot, llurs crits de guerra contra el Consell general, no eren, doncs, sinó una maniobra per a emascarar la veritable finalitat: desorganitzar la Internacional i sotmetre-la així al govern secret jeràrquic de l'Aliança.

Autonomia de les seccions, lliure federació dels grups autònoms, antiautoritarisme, anarquia —heus aquí unes frases que escauen a una societat de «desclassats», «sense carrera ni sortida», que conspiren a l'interior de la Internacional per tal d'asservir-la a una dictadura oculta i per imposar-li el programa del senyor Bakunin!

Despullat dels seus oripells melodramàtics, aquest programa es redueix a això:

1. Totes les turpituds en les quals es mou fatalment la vida dels desclassats sortits de les capes superiors són proclamades virtuts ultrarevolucionàries.

2. Hom formula en principi la necessitat de pervertir una petita minoria ben escollida d'obriers, que són afalagats separant-los de les masses per mitjà de la iniciació misteriosa, fent-los participar en el joc d'intrigues i d'impostures del govern secret i predicant-los que donar lliure curs a llurs «males passions» és capgirar de dalt a baix la vella societat.

3. Els principals mitjans de propaganda consisteixen a atreure la joventut per mitjà de ficcions —mentides sobre l'extensió i el poder de la societat secreta, profecies sobre la imminència de la revolució que aquesta prepara, etc., i a comprometre enfront dels governs els homes més avançats de les classes posseïdores per tal d'exploitar-los pecuniàriament.

4. La lluita econòmica i política dels obrers per llur emancipació és substituïda pels actes *pandestructius* de la carn de presó, darrera encarnació de la revolució. En un mot, cal llançar el brètol... i posar així gratuïtament a la disposició dels reaccionaris una banda ben disciplinada d'agents provocadors.

No sabem què domina en les elucubracions teòriques i en les temptatives pràctiques de l'Aliança, si el grotesc o l'infame. Això no obstant, ha reeixit a provocar a l'interior de la Internacional una lluita sorda que, durant dos anys, ha obstaculitzat l'acció de la nostra Associació, i que ha acabat amb la secessió d'una part de les seccions i federacions. Les resolucions preses pel congrés de La Haia contra l'Aliança eren, doncs, un deure estricte; el congrés no podia deixar caure la Internacional, aquesta gran creació del proletariat, en els paranys que li posava el rebuig de les classes explotadores. Quant als qui volen despullar el Consell general de les atribucions sense les quals la Internacional no seria sinó una massa confusa, escampada, i, parlant en el llenguatge de l'Aliança, «amorfa», només sabem veure-hi uns traïdors o uns cànids.

Extret de *La Première Internationale*, t. II, pp. 455-456.

LECTURES COMPLEMENTARIES

No existeix encara cap història completa de l'A. I. T. Trobareu el punt de vista autoritari dins:

J. GUILLAUME, *L'Internationale. Documents et souvenirs 1864-1878*, 4 vol., París, 1905-1910.

Els principals documents són publicats dins:

La Première Internationale, recull, publicat sota la direcció de J. FREYMOND, 2 vol., Ginebra, Droz, 1962.

Cf. també:

Répertoire international des sources pour l'étude des mouvements sociaux aux XIX.^e et XX.^e siècles. La Première Internationale, 3 vol., París, Colin, 1958-1963.

Els treballs del colloqui de París sobre la història de la Primera Internacional han estat resumits per:

J. ROUGERIE, «Sur l'Histoire de la Première Internationale» (*Le Mouvement social*, Éditions ouvrières, abril-juny de 1965).

Entre els estudis de detall, hom pot consultar:

L. VALIANI, *Storia del movimento socialista. I. L'epoca della Prima Internazionale*, Florència, 1951.

A. LEHNING, *Michel Bakounine et l'Italie 1871-1872*, 3 vol., Amsterdam, 1961-1965.

R. P. MORGAN, *The German Social Democrats and the First International 1864-1872*, Cambridge, 1965.

J. DUCLOS, *La Première Internationale*, París, Éditions Sociales, 1964.

J. BRUHAT, *La Première Internationale et les syndicats*, París, s. d.

J. FREYMOND, *Études et documents sur la Première Internationale en Suisse*, Ginebra, Droz, 1964.

M. MOLNAR, *Le Déclin de la Première Internationale. La conférence de Londres*, Ginebra, Droz, 1963.

R. COLLINS i C. ABRAMSKY, *Karl Marx and the British Labour Movement: Years of the First International*, Londres, 1965.

Hi ha un recull interessant de records dins: ,

F. BRUPBACHER, *Socialisme et liberté. Les Cahiers Pensée et Action*, París i Brusselles, 1964.